

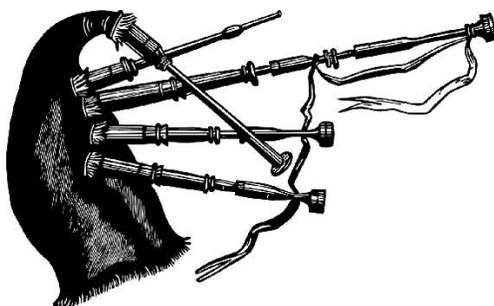
Un highlander
para

ADELA



AZAHARA VEGA

UN HIGHLANDER
PARA
ADELA



AZAHARA VEGA

Primera edición: diciembre 2019.

Todos los derechos de la obra: © Azahara Vega.

Registro Safecreative: 1912162689438.

Portada: ©Azahara Vega.

Imágenes: Pixabay.

Maquetación y corrección: © Azahara Vega.

Lectoras cero/corrección: E. La Torre, Elena GV, Cristina Oujo, Ángela Suárez, Teruca Álvarez.

Queda totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright. También queda prohibida la traducción a otros idiomas sin permiso y autorización de la autora.

ÍNDICE:

AGRADECIMIENTOS:

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

EPÍLOGO

El sueño de Loquillo

AUDENTES FORTUNA JUVAT

RECETA CALDO GALLEGO

AGRADECIMIENTOS:

Adela nació de un sueño, como casi todas mis novelas. Cuando la comencé escribir tuve muchas dudas porque pertenece a un género que no estoy acostumbrada a tocar, pero, poco a poco, capítulo a capítulo, me fue atrapando las inseguridades de la protagonista, sus preocupaciones, sus sueños... Hasta que llegó el final de la historia y...

No, no voy a adelantar nada. ¡Nada de spoilers! Solo espero que os sorprenda, os haga reír –que es lo que busco con esta novela– y podáis pasar un buen rato disfrutando de la historia.

Quiero agradecer la ayuda de Cristina Oujo, quien escucha con gran paciencia mis locuras, con quien comparto una amistad de hace tiempo. Eres una mujer con gran corazón y una paciencia infinita. Espero que cuando seamos mayores tengamos la misma ilusión que tenemos hoy en día, quedemos para pasear y hablar, para imaginar nuevos mundos y sigamos deseando que nos llegue nuestra carta para asistir al Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería. Por cierto... ¡Viva Slytherin! (Sí, ya sé que eres de Gryffindor pero se te quiere igual jajaja)

También quiero agradecer su ayuda y su amistad a E. La Torre, una gran autora, amiga y persona. Gracias por todo, guapísima. Lástima que no vivas más cerca porque así nos tomábamos un café cada poco tiempo. Pese a la distancia siempre estás presente en mi vida y quiero darte las gracias por ello. Eres una gran persona, con un corazón enorme y quien te conocemos, somos muy afortunadas por ser tus amigas.

Y no me olvido de ti, Ángela Suárez. Ya te lo dije por privado pero quiero hacerlo en público, que quede constancia de mi admiración, agradecimiento y cariño que te tengo. Admiro tu trabajo, tu dedicación, tu humildad y buen corazón. Quiero agradecerte tu cariño, tus palabras de ánimo y tus silencios cuando escuchas mis

locuras y mis problemas. ¡Gracias por tu amistad y por tu ayuda para que Adela viera la luz!

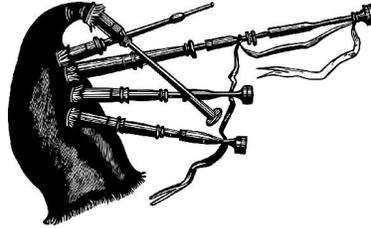
Quería aprovechar para volver a agradecer de manera pública todo el cariño, la paciencia y la ayuda que siempre ofreces sin esperar nada a cambio, Elena. Ya lo he dicho un montón de veces, pero te admiro mucho. Eres una gran mujer con un corazón de oro, siempre dispuesta a escuchar y a ayudar en lo que puedas. ¡Gracias por todo!

Teruca, ¡gracias por todos los años de amistad! Por dejarme formar parte de tu día a día, por enviarme fotos y vídeos de la hermosísima pequeña que te robó el corazón y sin duda, a quien más amas en este mundo. Esta novela... se la dedico a ella, a mi sobrino y a todos los niños y niñas que les roban el corazón a sus padres, a sus madres, a sus familias, desde que llegan a sus vidas.

Y por último, quiero agradecerte a ti, lectora, que le hayas dado una oportunidad a esta historia. Gracias por apostar por mí, por animarte a leerla. ¡Qué nervios! Ya me diréis qué os parece.

Feliz lectura.

PRÓLOGO



Ourense, finales de julio de 2018

—¿Cómo que te vas a Edimburgo?

Adela depositó el estropajo sobre la pila de platos sucios y se giró un instante para mirar a su abuela. Ella era quien la cuidó desde que perdió a sus padres en un trágico accidente cuando era niña. Era la mujer más importante en su vida pero también, debía reconocer, que su “abu” se volvía un poco gallina protegiendo sus huevos cuando veía que se alejaba del camino que ella creía que debía seguir.

Suspiró y se miró las manos llenas de jabón, sabía que iba a ser complicado convencerla de que estaba haciendo lo mejor. Cuando confirmó que su futuro iba a estar ligado a Edimburgo, pensó cómo decírselo a la anciana. Lo reconocía, no le iba a contar nada hasta un día antes de que tuviera que coger el avión pero... Tuvo que llegar a casa la carta de confirmación del vuelo y que su abuela la abriera para curiosear, sorprendiéndose y enfadándose de que su nieta le ocultara que se iba a otro país en cuestión de pocos días.

—Abu, ya sabes que no me gusta que me abras las cartas, ¿cuántas veces te lo he dicho ya? —preguntó Adela sin esperar una respuesta, perdió la cuenta de las veces que tuvo esa conversación

con ella. Era un caso perdido de cotilla que revoloteaba a su alrededor queriendo controlar cada detalle de su vida.

—¿Y si te llega algo importante? Por eso abro toda la correspondencia que llega a casa.

—Ya —chasqueó la lengua Adela, retomando la labor de enjabonar los platos sucios antes de pasarlos por agua—, ¿acaso no vivo aquí contigo? —«Y todos los demás», pensó, maldiciendo que sus planes iniciales se hubieran torcido y todo por culpa de la curiosidad de su familiar—. Si me llega una carta importante ya la abro yo.

Catuxa se cruzó de brazos y miró fijamente a la joven. Su nieta estaba fregoteando los platos y los vasos sin muchas ganas, ese día se había levantado tarde, a las diez de la mañana, y tuvo que estar pendiente de ella para que la ayudara con las labores del hogar. Estaba cansada de la frase: “estoy de vacaciones”, ¿es que acaso cuando estabas de vacaciones dejabas de comer o de limpiar los baños? ¿Cuándo había comenzado las vacaciones si hacía ya meses que no iba a trabajar?

Negó con la cabeza al ver que su nieta era como las nietas de sus amigas: una perezosa que no sabía lo que era trabajar duro. Cuando era ella joven tuvo que dejar de asistir a clases para poder trabajar, para ayudar a la familia con lo poco que ganase. En el pueblo tuvo que cavar, recolectar, plantar árboles, acompañar a las vacas al monte, fregar de rodillas el suelo de las casas que limpiaba; en cambio Adela... Catuxa suspiró y volvió a hacer un gesto de negación. Su Adela estudió, acabó el curso que hizo de cocina en Santiago, se preparó para ser cocinera pese a que no dejaba de protestar que su vocación era otra, y acabó visitando cada mes el INEM buscando un curso que hacer. ¿De qué valió todo el gasto que hizo para estudiar en Santiago? Ella tenía la respuesta: no sirvió para nada. Tanto tren, tantas horas fuera de casa dejándola sola para que acabara tirada en el sofá tachando anuncios de trabajo en el periódico.

En resumen: era una perezosa que no sabía lo que era el trabajo de verdad.

—Abuela, ¿me escuchas?

Catuxa parpadeó y buscó los ojos de la joven. La quería muchísimo, la había criado cuando su hijo murió junto a su nuera, tuvo que quedársela ella ya que su otro hijo no quería hacerse cargo de una niña pequeña cuando estaba luchando por conseguir un ascenso en su trabajo. Al final, acabó ejerciendo de madre para Adela y, en estos últimos años, de abuela para los nietos que su hijo le dio.

Y ahora su *netiña* quería irse lejos, ¿dejándola sola?

Adela suspiró al ver que su abuela no le estaba haciendo caso. Se parecía mucho a ella, se apartaba del mundo cuando se sumergía en sus pensamientos y luego le costaba reconocer que no estaba atendiendo a la conversación, era uno de los muchos defectos que compartía con esa mujer.

Lo que no le quedaba claro era saber si lo hacía a posta o era algo innato en su ADN como le sucedía a ella. Su abuela se hacía la tonta muchas veces, sorprendiéndola luego de todo lo que sabía, de toda la información que conseguía y lo atenta que estaba de la vida de cada miembro de su familia.

—¿Por qué tienes que irte tan lejos? ¡Te puede pasar algo! ¡Me puede pasar algo a mí! —protestó Catuxa, tras unos segundos de silencio en los que ambas se contemplaron con fijeza.

Iba a ser una batalla sin cuartel en la que ganaría la que más testaruda fuera.

—¡No intentes hacerme sentir culpable por querer vivir mi propia vida! —explotó Adela al comprobar que sus temores se cumplían. Su abuela no iba a permitirle que se alejara de ella. Tenía el concepto de que la mujer debía quedarse en casa cuidando de sus mayores hasta que estos muriesen, sin importar que no pudiera desarrollar una carrera profesional o incluso formar su propia familia. Era su deber cuidar de ella para devolverle el favor que le hizo cuando la acogió en el momento en que quedó huérfana. Muchas veces le dijo que debía cuidarla, que era su deber, que no podía dejarla sola. En esas ocasiones, Adela se negaba a discutir con la anciana y pasaba del tema, mientras luchaba por labrarse un futuro, pero ahora no iba a ceder por mucho que su abuela intentara

hacerla sentir culpable—. No puedo quedarme porque no encuentro trabajo ni de lo mío ni de nada, ni siquiera me quieren para envolver regalos en Navidad. Gracias al INEM he conseguido un trabajo de media jornada en un restaurante de Edimburgo, así que, no solo voy a ganar dinero sino que también mejoraré mi inglés. —Enjuagó el último vaso antes de separarse del fregadero y secarse las manos con el trapo de cocina que llevaba colgado del hombro—. Deberías estar feliz por esta buena noticia, no intentando sabotearme, chantajeándome emocionalmente para que me quede aquí.

Catuxa no iba a ceder. Su nieta era muy egoísta. La había cuidado, la había acogida en su casa, estuvo a su lado cuando la necesitó, la cuidó cuando estuvo enferma y ahora la abandonaba. La necesitaba con ella, ¿quién le iba a hacer la compra? ¿O limpiar los baños? ¿Pasar la aspiradora? ¿O acompañarla hasta el banco para que pudiera sacar la pensión y no se la robaran por el camino? ¿O acompañarla al médico dos veces por semana al centro de salud? Su hijo no podía ayudarla, el pobre trabajaba mucho y no podía pedirle que la acompañara cuando lo veía descansando en casa.

—¿Cómo puedes dejarme cuando soy una anciana que necesita ayuda y...?

—¡Vive con su hijo, su nuera, los dos críos adolescentes de estos, que ni tiran de la cadena cuando van al baño y el maldito gato de la familia; que, por si no lo sabes, me da alergia —acabó explotando Adela al ver que su abuela no iba a dejar de atacarla para que cambiara de opinión y acabara atada a su lado. ¿Por qué no podía felicitarla? ¿Alegrarse por ella?—. ¡Si hasta he tenido que ir a dormir al sofá cama porque no había más habitaciones disponibles, cediendo mi dormitorio a esos dos macarras a los que tengo que cuidar cuando sus padres se quieren ir por ahí. ¡Claro! Con la excusa de como estoy en paro, dispongo de todo el tiempo libre del mundo y no puedo quejarme, porque además es mi obligación al ser su prima. —Estaba cansada de sentirse más como una chacha que como un miembro más de la familia. ¿Por qué tenía que limpiar toda la casa cuando en ella vivía dos adolescentes de catorce y dieciséis años, además de la madre y el padre de estos? ¡Que ayudaran ellos también en las labores del hogar!—. ¡No ves

que esta ya no es mi casa! No me encuentro a gusto aquí. —Eso era lo más suave que podía decir de su actual situación. Desde hacía tres años se veía presa en su propio hogar, siendo relegada a un segundo o más bien tercer plano, en el que sus opiniones no importaban nada—. Te estoy muy agradecida por cuidarme como si fueras mi madre, pero ya no puedo vivir en estas condiciones. Necesito volar lejos del nido, encontrar mi lugar en el mundo, formar mi propia familia en un futuro. En dos días me iré a Edimburgo y espero que te alegres por mí, y si no, lo siento, lo voy a hacer igual. ¡Quiero vivir! ¡Y no vas a estar sola! Contigo viven cuatro personas más y el maldito gato, ¡pídeles a ellos que te ayuden!

Adela salió de la cocina sin mirar atrás, sin esperar la respuesta de su abuela, lanzando el trapo húmedo sobre la mesa antes de abandonar la cocina, notando un nudo en el estómago y la molesta sensación de que iba a romper a llorar.

Fue directa al baño y se encerró, sin dar un portazo, ya no era una cría por mucho que su abuela le dijera lo contrario, solo quería un rincón para estar sola y, en esa casa, ya no había un lugar al que pudiera llamar suyo. El destino le había quitado a sus padres en un maldito accidente, tuvo que vivir su infancia y adolescencia con el estigma de ser la “huérfana” de colegio y, ahora, su querido tío y la víbora de su esposa le quitaron la atención de su abuela; y sus primos, su cuarto, mandándola a un rincón del salón en el que tenía que guardar sus pertenencias en dos maletas y tres cajas de cartón y soportar la presencia del gato, por mucho que este le hiciera estornudar por culpa de la alergia.

¡Ya no lo aguantaba más! Necesitaba irse lejos de esa locura de casa, alejándose de su familia a la que no tragaba y a la que, claramente, ellos tampoco.

Ya lo había decidido, se iría a Edimburgo y se esforzaría para mejorar su inglés y que sus jefes estuvieran contentos con ella. Gracias al anuncio que vio en la oficina del INEM pudo anotarse en la oferta de trabajo del restaurante *Loch Ness* de Edimburgo. Lo hizo como muchas veces antes, sin creer que le fueran a responder; pero, cuál sería su sorpresa, que en apenas unos días la llamaron informándole, que si aún estaba interesada, la esperaban en la ciudad el uno de agosto. Por lo que averiguó cuando miró en

Google, ese mes era muy importante para Edimburgo ya que celebraban varias fiestas en las que acudirían mucha gente, sobre todo turistas, y desde hacía unos años, muchos de ellos procedentes de España.

No tenía ni idea de qué vieron en su currículum para aceptarla pero le daba igual. Iría a Edimburgo, se presentaría en su puesto de trabajo y lucharía para que pasaran de contratarla de media jornada a jornada completa. Si tenía que comenzar una nueva vida en Escocia, lo haría. No temía al reto, sino al fracaso.

Adela se miró en el espejo y abrió el grifo del agua fría y se lavó la cara un par de veces, deseando que el sonrojo que se percibía a simple vista en sus mejillas desapareciera, pese a saber que eso era imposible al sufrir de rosácea desde hacía tres años; mientras notaba el corazón latir furioso en su pecho. Estaba nerviosa, ilusionada y sí, lo reconocía, tenía algo de incertidumbre. Nunca antes había salido de España y ese viaje iba a ser la primera vez en un país extranjero.

—Tierra de *highlanders* —murmuró para sí misma, antes de echarse a reír. Era una tontería pero lo que más ilusión le hacía era poder visitar los paisajes que imaginó cuando leía las novelas de Julie Garwood. Sí, era una lectora empedernida de romántica y las que más le gustaban eran las novelas de vampiros y las históricas ambientadas en las *Highlands*. Incluso intentó escribir su propia historia, pero era incapaz de permanecer día tras día frente a al ordenador escribiendo. Tenía muchas ideas aunque no era capaz de plasmarlas en un documento en blanco. Lo suyo, definitivamente, no era escribir, sino devorar novelas, empaparse de las románticas historias que adquiría en tiendas de segunda mano y a través de su Kindle.

Leía de todo, desde viajes en el tiempo, género paranormal, histórica... le daba igual si eran libros de autoras españolas o extranjeras, solo quería que fueran novelas con humor y mucho amor, con las que poder evadirse unas horas de la dura realidad que vivía cada día.

Como los vampiros no existían y tampoco le ponía eso de morder y chupar sangre, iba a cumplir uno de sus sueños al pisar Escocia.

—*Hello, my name is... Adele* —susurró practicando ante el espejo, sonriendo animada, enterrando el miedo en lo profundo de su mente y de su corazón. Adela era una perdedora que vivía con su familia, una familia a la que molestaba y el único miembro que la quería, parecía que la trataba como una chacha en lugar de su nieta.

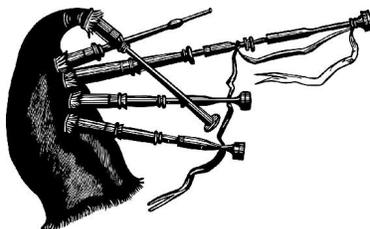
Adela no encontraba trabajo, no tenía novio y las pocas amigas que tenía ya estaban casadas, con hijos y se habían olvidado de ella. Adela apenas tenía mil euros en el banco, tuvo que vender su coche de tercera mano por una miseria al no poder pagar los gastos que generaba y olvidar el sueño de estudiar Biología en la universidad, conformándose con hacer tres ciclos de formación de grado medio el último de ellos, el de cocina, para ver si así ampliaba su formación y accedía de una vez en el mercado laboral. Lo más que consiguió fue trabajar durante seis meses como auxiliar de enfermería en una residencia de ancianos en Cabeza de vaca, a las afueras de la ciudad, y otros tres meses como auxiliar de veterinaria en una clínica cerca del CHUO (el Complejo Hospitalario Universitario de Ourense).

Tres ciclos de grado medio para apenas nueve meses de trabajo y otros tantos de prácticas para poder conseguir el título de manera oficial, porque no iba a contar los cinco meses que estuvo trabajando de camarera en dos restaurantes sin contrato, cubriendo bajas, durante los meses de verano y la campaña de Navidad.

—Adele —volvió a repetir, intentando poner un acento inglés a su nombre. Adela quedaría olvidada en España, y en cuanto pisara Edimburgo... nacería Adele. Una luchadora, una triunfadora que cumpliría cada uno de sus sueños, y quizás... acabaría casada con unos de esos *highlanders* que describían en las novelas románticas.

Adele era su futuro, y estaba deseando que llegara.

CAPÍTULO 1



Quince días después
Cocina del Loch Ness, Edimburgo

Estaba agotada. ¿Media jornada? ¡Ja! Adela estuvo a punto de romper a reír pero no lo hizo porque estaba tan cansada que no era capaz de hacer nada más que desear llegar a su “casa” y tirarse en la cama para dormir.

Llevaba trece días en Edimburgo, trece días en los que el sueño de que Adele naciera se hundió como el Titanic. Debía reconocerlo, seguía siendo Adela, esa muchacha perdedora que rozaba los treinta y tres años y que no dejaba de escuchar que su vida no tenía arreglo, que no iba a cobrar una pensión cuando fuera vieja y, para más inri, que se le iba a pasar el arroz.

—¡Date prisa, española! La pila de platos sigue sin bajar.

Adela se sobresaltó ante el grito de su jefe. Estuvo a punto de dejar caer el plato que estaba fregando y se volvió un poco para poder observar al hombre que tenía a su espalda y que no dejaba de murmurar insultos variopintos contra ella. Le temblaban las manos, tras trece días de tensión y estrés, cada pequeño sonido le hacía saltar, provocando que no fuera la primera vez que dejara caer al suelo lo que llevara en las manos, logrando que los gritos regresaran con más fuerza.

—Pero ¿es que eres tonta o qué? ¡Friega más rápido! ¿Es que acaso no sabes hacer eso? No comprendo cómo pudieron contratar

a una española, todo el mundo sabe que no hacéis más que dormir siesta y perder el tiempo. ¡Trabaja!

Adela estuvo a punto de llorar cuando notó como su jefe la empujaba al pasar por su lado. Podía sentir las miradas del resto de los empleados de la cocina sobre ella, por ese motivo, apretó los dientes y contuvo las lágrimas, parpadeando varias veces y recordando que debía aguantar, aunque fuera hasta que consiguiera otro empleo.

Llevaba una semana entregando currículos en otros locales, en tiendas de venta de artículos para turistas y hasta en los supermercados y librerías de la ciudad. Pero en muchos, ni siquiera le aceptaban el papel al no saber hablar gaélico ni un inglés perfecto. Las pocas horas que disponía para descansar las empleaba para dormir y ver la televisión, empapándose del acento y las noticias locales. Debía esforzarse más para poder mejorar con el inglés y encontrar un trabajo mejor.

Se sentía como una mierda, rechazada desde el primer día en que se presentó en el restaurante *Loch Ness*. Su jefe, nada más verla, la evaluó de pies a cabeza y puso una mueca de asco, dejándole claro que si por él fuera solo contrataría a escoceses. En numerosas ocasiones le echaba en cara lo que pensaba de los españoles, tachándola de vaga pese a que era la que más trabajaba en aquella cocina. Era la primera en llegar y la última en irse, realizando eficazmente las tareas que le ordenaban y que, en su mayoría, consistía en limpiar, limpiar y volver a limpiar.

De poco valió que les dijera a los cocineros que estaba ahí para trabajar como cocinera, ya que quien la contrató quería implantar platos españoles en el menú. Solo consiguió que se rieran de ella; los cocineros dos de ellos de Londres y otro de Glasgow, presenciando cómo intentaban hacer tortilla de patatas “a la española”, fracasando estrepitosamente ya que, según ellos, eso que hacía no era para nada tortilla de patatas.

Entonces ¿para qué fue?

Para fregar platos.

Miró sus manos, sumergiéndolas en el agua caliente. No le dejaban usar guantes y, tras dos horas fregando, ya tenía los dedos arrugados. Le dolían, sobre todo cuando los doblaba y las muñecas

le molestaban cuando las giraba. Las uñas las tenía rotas y debilitadas al estar tanto tiempo en contacto con el agua y los jabones que usaban para limpiar.

«Y pese a todo lo sigues soportando», se quejó una voz dentro de ella. Esa vocecita que la acompañaba a lo largo del día, repasando cada hora y llegando a imaginar otros escenarios en los que ella le acababa rompiendo un plato en la cabeza a su jefe con tal de que este se callara y dejara de insultarla y menospreciarla.

Sí, lo aguantaba todo, desde los gritos, los gestos, las miradas de desprecio, los comentarios con doble sentido que los obviaba como si no los hubiera entendido.

Necesitaba el dinero. Era así de sencillo. Estaba en un país extranjero, viviendo en un *Bed&Breakfast*, en el que disponía de una habitación para ella, desayuno incluido y un baño comunitario para otros tres huéspedes más. No era lo que esperaba pero al menos los dueños, una pareja de recién casados, chapurreaban español y la ayudaban cuando les pedía consejos.

Fueron ellos los que le hablaron del bono bus para ahorrar unas libras, le aconsejaron los mejores supermercados a los que acudir al ser más económicos y hasta le dejaron libros en inglés para que practicara y pudiera mejorar. Sin duda, eran lo mejor de Edimburgo, un aliento de frescura en medio de un ciclón de emociones que era cada día su vida desde que llegó a esas tierras.

Debía aguantar hasta que encontrara otro empleo y pudiera gritarle a la cara a ese energúmeno todo lo que pensaba de él.

Pero mientras tanto, no le quedaba más remedio que apretar los dientes, fijar la mirada en lo que estaba haciendo y hacer oídos sordos a los insultos que le dijeran y a las miradas de burla y odio que recibía.

Tras unos segundos en los que se sumergió en sus pensamientos dejándose arropar por la angustia y la desesperación, Adela volvió a centrarse, comenzando a fregar de nuevo. De nada le valía compadecerse, no tenía más opción que aceptar que durante un tiempo lo iba a pasar mal, y centrarse en encontrar otro trabajo con el que permitir que Adele resurgiera de las cenizas.

Miró a su alrededor, comprobando que el resto del personal de cocina cuchicheaban entre ellos señalándola de vez en cuando. Los

ignoró. No estaba ahí para hacer amigos, solo quería que le pagaran lo que le debían cuando cumpliera los quince días de trabajo. En el contrato lo dejaba bien claro, pagaban cada quincena del mes, dividiendo el sueldo en dos partes. Le resultaba un arreglo extraño, pero no se iba a quejar. Esos días estaba gastando el poco dinero que tenía en la cartilla, que le pagaran dentro de dos días era lo mejor que podía pasar.

Adela soltó un suspiro y comenzó a enjabonar con más fuerza, restregando el estropajo con rabia contra la bandeja de metal de horno que le pusieron cerca de ella. No acababa nunca. Cuando ya creía que había fregado todo, le ponían más platos, bandejas, ollas, vasos, copas y otros utensilios que se usaban en la cocina, sobrecargándola de trabajo. Ella era cocinera, no pinche de cocina ni friegaplatos, pero por más que protestara no le iban a hacer caso.

Buscó el reloj que había colgado en la pared. Le quedaban dos horas para que pudiera huir de ese lugar y refugiarse en la habitación que alquiló. Esa noche miraría un poco la televisión y continuaría con la novela que compró en una tienda de segunda mano.

«¡Al fin libre!», pensó Adela mientras dejaba el delantal en su taquilla y agarraba la cazadora de cuero azul oscuro. Aunque fuera agosto ella tenía frío. No podía remediarlo. Pese a que hiciera sol y más de veinte grados, sentía frío, como si estuviera en otoño.

Cerró su taquilla y salió del vestidor de mujeres, sobresaltándose cuando al abrir la puerta se encontró cara a cara con su jefe.

Soltó un chillido y dio un bote en el sitio ante su inesperada visión. ¿Qué hacía ahí?

—Disculpa —murmuró Adela mientras pasaba por su lado con rapidez. Tenía la molesta sensación de que debía huir lejos, alejarse cuanto pudiera de ese hombre. Le ponía los pelos de punta cuando se encontraba a solas con él. Era un desgraciado amargado, con una barriga que le hacía parecer una pelota de baloncesto, con cuatro pelos negros en la cabeza y unas gafas redondas que hacían más pequeños sus horribles ojos.

Era la imagen típica del jefe amargado que disfrutaba humillando a sus trabajadores, o en este caso, a ella.

Si él le dijo algo, no lo escuchó. Avanzó por el pasillo hasta la salida sin mirar atrás, sin atender a nada más que su necesidad de alejarse cuanto pudiera. En el momento en que abrió la puerta del exterior y se encontró frente a la puerta de servicio del restaurante, Adela suspiró, relajada, dejando salir toda la tensión que sintió a las puertas del vestuario.

—Necesito dormir —reconoció para sí misma, riéndose un poco de lo que había sucedido. Quizás era fruto de su mente agotada, del estrés del ambiente tóxico de trabajo o de la vergüenza y desilusión que sentía al ver que su sueño no hacía más que resquebrajarse en cachitos pequeños, que caían al suelo para ser pisoteados.

Avanzó por la ciudad, agotada, ignorando a las personas que se cruzaban en su camino y sin llegar a detenerse en los escaparates de las tiendas de segunda mano que había en ese barrio. Cuando vivía en Ourense le encantaba visitar las tiendas de segunda mano, sobre toda las de libros o ropa, ya que siempre encontraba algo que le llamaba tanto la atención que no podía negarse a comprarla. En Edimburgo había decenas de esas tiendas, con llamativos escaparates y precios de locura pero... estaba tan cansada que solo le apetecía llegar a su “casa”, tirarse en la cama y dormir.

Suspiró al notar cómo el estómago le rugía. No había comido nada desde las doce del mediodía. Le dolía ver cómo la trataban, como si fuera un estropajo, una trabajadora de segunda, ya que los demás sí que llegaban a comer en la cocina cuando acababan su turno, pero a ella no le permitían picotear nada, mandándola al fregadero a que terminara su tarea.

Decidió entrar en el primer supermercado que apareciera para poder comprar un sándwich y una botella de agua y así cenar algo en la calle antes de llegar al hostal.

No tuvo que andar mucho, a pocos metros localizó una tienda en la que vendían un poco de todo. La verdad es que no era la primera vez que entraba ahí, ya la conocía. Era una tienda pequeña en la que se vendía desde libros, revistas, artículos de papelería, de parafarmacia y hasta de alimentación.

Nada más entrar se quedó parada por la sorpresa.

—¡Manos arriba!

«¡No puede estar pasando esto!», murmuró en *shock* para sus adentros.

—¿Estás sorda? ¡Manos arriba!

Adela obedeció al hombre que gritaba a menos de un metro de ella. ¿Cómo no iba a hacerlo si la estaba apuntando con un gran cuchillo?

Levantó los brazos por encima de la cabeza y tuvo que recordar que debía respirar para no acabar desmayada en el suelo.

Estaba aterrorizada mientras contemplaba lo que estaba pasando. Pero ¿cómo le podía pasar eso a ella? Solo quería un sándwich y una botella de agua, nada más. No ser testigo de un robo con intimidación.

—Entrégame tu bolso, ¡vamos!

Le costó entenderlo, pero hizo lo que le pidió. Con manos temblorosas se sacó el bolso bandolera y se lo tendió. Esperando a su reacción porque...

—Pero ¡qué mierda es esto! ¿Y tú móvil? ¿Tus tarjetas de crédito?

Adela tragó con dificultad al ver que el ladrón se le acercaba con aquel gran cuchillo en una de sus manos y en la otra zarandeaba su bolso.

—No tengo —acabó confesando con voz temblorosa, deseando que alguien hubiera llamado a la policía para que detuvieran a ese hombre.

A su alrededor la tienda permanecía en silencio, roto en ocasiones con murmullos nerviosos y llantos de las personas que estaban en ese lugar.

El ladrón tiró el bolso al suelo, provocando que su contenido se esparciera por la madera. Adela se mordió el labio por el miedo y la vergüenza, una mezcla que estaba asfixiándola en esos momentos. Todo el cuerpo le temblaba, sentía la boca seca, el corazón burbujeando en su pecho como si fuera una locomotora vieja subiendo una cuesta empinada y estaba a punto de caer de rodillas si ese hombre seguía apuntándola con el cuchillo. No podía parar de mirar desde el afilado metal a la máscara que llevaba el ladrón.

Iba a tener pesadillas con *Hello Kitty*. En serio, ¿qué ladrón elige una máscara de este personaje para entrar en una tienda a robar?

—Debes estar de broma, ¿cómo es posible que no tengas móvil? ¡Todo el mundo tiene móvil! ¡Entrégamelo! Si intentas engañarme voy a pincharte y...

Ahora sí, iba a desmayarse, a caer al suelo como un saco de patatas.

Lo vio acercarse, en cámara lenta, paso a paso, con el cuchillo a la altura de su pecho, gritándole sin parar entremezclando palabras en varios idiomas alterándola todavía más.

Cuando ya estaba segura de que iba a cumplir su amenaza...

Boom. Resonó con fuerza el golpe que le dieron en la cabeza al ladrón, tumbándolo al suelo.

Los aplausos que rompieron el tenso silencio fueron ensordecedores y sacaron de su estupor a Adela, quien no dejaba de mirar con la boca abierta a su salvador.

¿Quién en su sano juicio se acerca a un atracador que va armado con un cuchillo?

Lo observó con atención. El hombre apenas le echó un vistazo antes de girarse y comenzar a dar órdenes a los nerviosos empleados de la tienda que se encontraban agazapados tras el mostrador. Estos se levantaron y se movieron con rapidez siguiendo las indicaciones que le gritaban.

Sin poder creer lo que veía, Adela no sabía qué hacer. Dar media vuelta y salir corriendo sin mirar atrás, acercarse hasta su olvidado bolso y recoger el contenido que se volcó en el suelo o ponerse a gritar como una loca, dejando salir todo el miedo que la ahogaba en su interior.

No tuvo necesidad de seguir comiéndose el coco con lo que iba a hacer ya que el hombre que consiguió tumbar al ladrón se acercó hasta ella y le dejó muy claro lo que debía hacer, con un tono de voz autoritario que le recordó a un capitán de un barco pirata que iba a pasar por la quilla a los que se atrevieran a desobedecerle.

—Recoge tu bolso y vete. Con el vídeo de la cámara de seguridad y el testimonio de los empleados podrán condenarle por intento de robo. No te quedes ahí parada como una estatua, la policía está a punto de llegar y solo vas a entorpecer su labor.

Adela se quedó sin habla, y solo pudo asentir con la cabeza antes de pasar al lado del atracador, y apurarse a recoger el

contenido de su bolso.

No levantó la mirada del suelo, centrándose en meter lo más rápido que pudiera lo poco que llevaba en su bolso bandolera. Menos mal que ese día no fue con su maxi bolso, que era más parecido a un agujero negro por todo lo que contenía y que, incluso a ella, la llegaba a sorprender. Metía y metía sin acordarse después de lo que contenía, convirtiéndose en una búsqueda del tesoro cada vez que exploraba algo en su interior. Pero para ir a trabajar le gustaba más un bolso más pequeño, más práctico, en el que llevaba las llaves del hostel, una compresa XXL por si acaso, un desodorante tamaño viaje, unas toallitas húmedas, un labial sabor a fresa y una piruleta de condón de fresa que le regalaron cuando iba en el instituto y que llevaba con ella en todo momento como amuleto de la buena suerte; y sí, también para recordarle lo patética que era su vida sexual, ya que llevaba años sin catar a un hombre.

En el momento en que alcanzó la piruleta le temblaron las manos y acabó de nuevo en el suelo. Miró de reojo a su alrededor deseando que nadie la estuviera observando. No tuvo suerte.

El peculiar héroe del día la miraba fijamente, esbozando una irónica sonrisa que bien parecía una mueca de burla al ver lo que tenía en sus manos.

Ella desvió la mirada, notando cómo las mejillas le ardían, sospechando que en esos momentos luciría sonrosada, pero era lo que menos le importaba en esos momentos.

OK. El día fue una mierda. Llegó a tener miedo cuando se encontró a su jefe a la salida de los vestuarios. Estaba tan agotada que no tenía vida social y era incapaz de disfrutar de esa maravillosa ciudad y ahora, cuando solo quería un sándwich y una botella de agua para poder cenar, tenía que ser testigo en primera persona de un atraco, para luego ser salvada por alguien que consiguió avergonzarla con solo observarla.

Un día para recordar y para anotar en su agenda de *Mr.Wonderful*. Si hubiera emoticono de caquita partiéndose el culo de risa lo usaría, anotando en mayúscula: «hay días que es mejor no levantarse de la cama».

Y sí, ese era uno de esos días, en lo que todo iba a ser un golpe de realidad, recordándole que su vida era un caos, una mierda,

hablando claro.

Metió con malos modos la piruleta en el bolso y lo cerró con rabia, estando a punto de romper la cremallera. Por suerte, no sucedió, ese mes iba pelada de dinero y no podía darse el lujo de comprarse otro bolso, aunque fuera en una de esas tiendas de chinos en los que adquirir casi cualquier cosa.

«Quiero un kilo o dos de autoestima y otro tanto de dignidad», pensó con burla al tiempo que se levantaba y se colocaba el bolso.

«Pues espérate bonita que ahora te toca seguir pasando vergüenza».

—Te olvidas eso —le indicó su salvador señalando a un punto a su espalda.

Adela se giró y estuvo a punto de jadear en alto al ver que se había olvidado un tampón. Ok. ¿Por qué su bolso parecía un bazar? ¿Por qué no lo vio antes?

—Gracias —masculló entre dientes antes de rescatar al pobre *tampax* y guardarlo en su bolso de nuevo.

Al pasar al lado de su salvador, se fijó que dos de los empleados estaban atando las manos y las piernas del ladrón con unas cuerdas.

Iba a detenerse ante el hombre que consiguió neutralizar al atracador pero... vio su reflejo en un espejo que había de exposición y...

Sí, estaba roja, pero muuucho. Iba a necesitar usar la crema antibiótica durante unos días para que le calmara un poco la rojez y la sensación de ardor que era muy molesta y un golpe directo a su autoestima; y quien dijera lo contrario, mentía. Verse cada día con las mejillas rojas, inflamadas y hasta con pápulas, algunos días, era traumático, algo que costaba años adaptarse y controlar.

«Nada de situaciones de estrés», recordó el consejo de su dermatólogo.

Ya, sin estrés. ¿Cuenta vivir en primera persona un robo? ¿O sentir que todo el mundo te mira cuando estás recogiendo un viejo condón de fresa con forma de piruleta y una compresa que parece un pañal?

¿Y los días sin estrés para cuándo?

Con los ojos llorosos, Adela dejó de mirarse en el espejo y caminó hacia la salida. Cuando pasó al lado de su salvador le murmuró un escueto: «gracias».

Necesitaba llegar al hostel, darse una ducha de agua templada, mojarse la cara con agua bien fría y rebuscar entre sus maletas a ver dónde tenía la crema antibiótica.

Lo bueno de todo eso es que se le había quitado el hambre. Esa noche no iba a cenar. Y menos mal... porque estaba segura de que le iba a sentar mal lo poco que comiera, por culpa de los nervios.

¿No quería empezar una dieta para perder los siete kilos que le sobraban?

Pues esa noche la comenzaría, forzosamente.

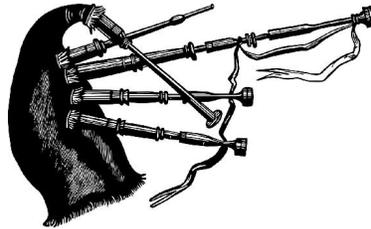
Era incapaz de tragar nada.

El nudo en la boca de su estómago la acompañaría el resto de la tarde y la noche, impidiéndole pegar ojo.

El nacimiento de Adele... temía que nunca se produjera.

Adela era una mujer sin suerte y seguía demostrárselo cada día, daba igual si fuera en Ourense o en Edimburgo.

CAPÍTULO 2



Si el día anterior se parecía a Heidi, aquella mañana era como una *zombie* salida de una película de terror. Si hasta estuvo a punto de echarse a llorar cuando se miró al espejo nada más levantarse.

Pero no podía quedarse en el hostel auto compadeciéndose, así que no le quedó otro remedio que darse una ducha rápida en el baño que compartía con las otras habitaciones y maquillarse a conciencia con su BBcream favorita.

A la hora del desayuno bajó al salón, saludando con un breve gesto al matrimonio de ancianos que se hospedaban en la habitación de al lado desde hacía una semana. Apenas hacían ruido y lo agradecía, ya que los primeros días que estuvo le tocó soportar a una pareja de recién casados que no comprendían el concepto de: si chillas como si te estuviesen matando, te van a escuchar los que te rodean. Fueron tres días o más bien, tres noches en las que no pudo pegar ojo por culpa del vigor de aquellos dos que no dejaban de “celebrar” que ya eran marido y mujer.

Ese día no desayunó, más bien engulló todo lo que pudo hasta que el estómago le dijo basta. Estaba hambrienta y se aprovechó de que el desayuno venía incluido con el precio de la habitación.

Adoraba las galletas de mantequilla y comió unas cuantas, tantas que no quiso ni contarlas, ¿para qué hacerlo? ¿Para llorar más tarde pensando en todas las kilocalorías que se acababa de meter en el cuerpo?

La dieta quedó olvidada durante esa media hora en la que desayunó como nunca, consiguiendo con esa cantidad de azúcar, no pensar en lo que le deparaba ese día.

Fregar y fregar pilas de platos, vasos y cubiertos.

Soportar los gritos de su jefe.

No pensar en el ardor que sentía en la cara, en que parecía que comenzaban a asomar los molestos granitos tan típicos de su “odiada” compañera de por vida que tenía un nombre que recordaba a las flores, lo cual resultaba muy irónico ya que englobara una afectación que golpeaba con fuerza cuando la sufrías.

Y para complicarlo aún más, las pocas veces que consiguió pegar ojo, no dejaba de ver a su salvador bailando la conga con el atracador mientras un buen puñado de *Hello Kittys* los aplaudían y jaleaban para que siguieran moviéndose al ritmo de una musiquilla que le recordó a un anuncio de helados de la televisión.

¿Pesadilla o un sueño loco?

Daba igual. Apenas durmió unas horas y no llegó a descansar, y por más que quisiera quedarse pegada en la cama hasta perder la noción del tiempo, no le quedaba más remedio que espabilar, si no quería llegar tarde a su “adorado” trabajo.

Yupi.

Le tocaba correr para pillar el autobús a tiempo.

Le dio un último trago al café antes de ponerse en marcha, despidiéndose de la pareja de ancianos y de la mujer del dueño del hostel, quien la saludó desde la entrada moviendo la fregona con la que...

Zas.

Fregona. Suelo mojado. Una Adela que se creía una atleta de competición.

Todo ello, entremezclado...

Deja a una Adela tirada en el suelo, al haber resbalado.

El golpe la dejó sin aliento. Mantenía los ojos cerrados luchando por respirar y notando cómo comenzaba a dolerle el trasero, más concretamente en el huesecillo ese entre las nalgas que acabó llevándose todo el golpe al caer de culo.

¿Por qué le pasaba eso a ella?

Por correr como una loca hacia la salida cuando ves que la dueña del hostel está con la fregona en las manos.

Debió de pensarlo mejor y asegurarse que el suelo no estuviera mojado.

Debió...

Ahora ya no importaba los debió, importaba que iba a llegar tarde al trabajo, era incapaz de moverse por el golpe y a su alrededor comenzó a llenarse de gente que la señalaba y le preguntaba cómo se encontraba, pero ninguno de ellos hizo el amago de ayudarla a levantarse.

Durante un segundo pasó por su mente la imagen del *Batkilt*, que fue como llamó al hombre que noqueó la tarde anterior al atracador. Bat por Batman, ya que era su héroe favorito de DC y *kilt* porque era lo que llevaba puesto junto a una camisa blanca y un bolso que según se informó gracias a Google se llamaba *sporrán*.

¿No podía estar Batkilt en esos momentos para ayudarla a levantarse del suelo y llevarla en brazos hasta el hospital?

No. Los sueños no eran más que eso, ilusiones que proyectaba su mente agotada para alejarse durante unos segundos de la dura realidad.

Una realidad que dolía y en la que tuvo que rodar para conseguir levantarse, en la que jadeó en alto al notar que era incapaz de tocar la zona en la que se golpeó. ¿Se había roto algo? No lo sabía y por más que la dueña del hostel llorara pidiéndole disculpas y le dijera que la llevaba en coche hasta el hospital, no podía hacer eso. Si se había roto el hueso del culo, ¿qué iban a hacerle? ¿Cómo iban a escayolar esa zona? Además, si iba de urgencias tendría que pagar una tasa que no podía darse el lujo de abonar. Ya le habían informado que, pese a estar trabajando, debía desembolsar dinero cuando fuera atendida en urgencias, algo que le sorprendió y la cabreó.

Así que no, no iría a urgencias por mucho que su pandero le gritaba que fuera, que seguro que tenía algo roto.

Avergonzada por su estrepitosa caída, Adela aseguró que estaba bien a todos los curiosos que se acercaron al recibidor a ver qué sucedía, y salió del hostel conteniendo las ganas de llorar por el dolor que sentía. Con cada paso que daba notaba un ramalazo de dolor que subía desde su dolorido trasero hasta la nuca, recordándole, una y otra vez, que la mala suerte era su inevitable compañera de viaje y que había días en que era mejor no levantarse

de la cama. Aunque, últimamente, días así eran demasiados para poder recuperarse de cada golpe que sufría.

El último tramo de trayecto tuvo que recorrerlo a zancadas rápidas para no perder el autobús. Punto para ella: no lo perdió.

Llegaría a tiempo al trabajo.

¡Yupi!

Dos horas después

—¿Qué cojones te pasa hoy?

«Ahí vuelve a la carga el imbécil», pensó Adela soltando un suspiro al escuchar la voz de su jefe. Ese hombre era un desquiciado que no dejaba de berrear desde que llegaba al restaurante hasta que se iba. No valía para su puesto, era el típico amargado que lo pagaba con los demás, buscando cada error que lo rodeara para poder sentirse mejor vejando a sus empleados.

Debía reconocer que no era la única que sufría la ira de él, pero sí la que la tenía el honor de ser el blanco número uno de los insultos e improperios de ese hombre.

Estaba cansada, y por más que necesitaba ese trabajo, no tenía ni idea de cuánto tiempo podría aguantar.

«Regresa a Galicia», escuchó una voz en su mente.

La ignoró deliberadamente. No regresaría. No podía hacerlo. Eso sería darle la razón a su abuela y mostrar al resto de su familia que era una inútil que no podía hacer nada con su vida. ¿Qué le esperaba en Ourense? Un piso atestado de gente al que ya no podía llamar hogar, miradas y palabras de reproche y burla y sentir que era la criada personal de su abuela.

Claro que la echaba de menos. Era la mujer que la cuidó cuando sus padres murieron. Era su segunda madre, pero también sabía que era una persona muy egoísta que parecía que quería que se quedara a su lado con tal de cuidarla, sin importarle si se convertía en una mujer amargada sin familia propia que no hacía nada con su vida.

No iba a regresar.

Lucharía por alcanzar su sueño en esa ciudad o en cualquier otra, con tal de poder vivir de su trabajo y sentir que era valiosa, que

encontraba su lugar en el mundo.

¿De verdad pedía tanto? Ella creía que no, pero el destino no dejaba de dar patadas a sus sueños infantiles y mostrándole que la vida era más dura de lo que una vez esperó.

—¿Es que no me has escuchado? ¡Esto está mal fregado!

Adela se sobresaltó ante el grito de su jefe y el estruendo que provocó el que este tirara al suelo un plato, rompiéndolo en varios pedazos.

Eso sí que no se lo esperaba. Estaba sorprendida, asustada y con el corazón bombeando frenéticamente en el pecho. Le temblaban las manos y no podía dejar de mirar los restos del plato en el suelo.

—Es indignante. ¡No sirves ni para fregar! Debería echarte ahora mismo y contratar a alguien que pueda realizar bien su trabajo.

Necesitaba ese empleo, cierto, pero ya había llegado a su límite. Estaba agotada, cansada, en un país que no era el suyo, le dolía el cuerpo sobre todo la zona que se golpeará por la mañana... No iba a aceptar que la siguiera tratando de esa manera, ya había llegado a su límite y...

Adela gritó asustada al notar el sabor del agua con el jabón en la boca. ¡El muy cabrón le había tirado agua del fregadero!

—¡Atiéndeme! Debí contratar a un escocés, estoy hasta los huevos de tratar con inútiles como tú que...

William, así es como se llama su jefe.

Pues bien, si William estaba hasta los huevos de ella, también lo estaba de él.

Y se lo demostró. Oh, sí. Se lo dejó muy claro.

Le acabó dando un rodillazo en la entrepierna, directa a esos huevos que tanto mencionó minutos antes.

Un golpe que lo dejó sin aire y con el que acabó de rodillas en el suelo, gimiendo como un cerdo.

—Yo también estoy hasta los ovarios. Eres un maldito loco que no merece el puesto de trabajo que tienes. Abusas de los demás porque eres un desgraciado con una vida miserable. Debería haberte golpeado el primer día que te atreviste a gritarme, pedazo de cabrón —le gritó Adela sin poder contenerse, tirando el estropajo

sucio al suelo. Estaba tan nerviosa que no se percató de que lo hizo en español, le daba igual. Estaba segura de que le dejó bien claro lo que pensaba de él.

La cocina se volvió un caos. Sus compañeros de trabajo se acercaron hasta ella y la empujaron, recriminándole lo que había hecho, mientras uno de ellos ayudaba a William a levantarse.

Adela los fulminó a todos con la mirada al tiempo que golpeaba a la ayudante de cocina que intentó agarrarla del brazo. Ellos no la habían ayudado cuando el jefe la gritaba, es más, disfrutaban al ver cómo la humillaba; y ¿ahora se ponían en su contra? ¿Solo porque le había devuelto el golpe a ese desgraciado? No hablaba de sus huevos, ahora con razón.

—¡Que alguien llame a la policía! Esta perra ha golpeado a William —chilló la ayudante de cocina.

Adela se preocupó al ver el camino que tomaba su acción, así que hizo lo primero que se le ocurrió. Dar media vuelta y salir corriendo de la cocina sin hacer caso a los gritos que llegaban de ella.

La víctima de aquello era ella. Era ella la que sufrió los gritos e insultos durante días hasta que explotó.

Quizá no le debió golpear, pero qué bien se sintió cuando vio a su jefe de rodillas con las manos en sus doloridas partes y el rostro enrojecido y jadeante.

Ese día había perdido el trabajo. Aún no le habían pagado lo que le debían y dudaba mucho de que lo hicieran. No le quedaba más remedio que huir esperando que William no llegara a denunciarla y ver qué hacer cuando llegara al hostal.

¿Encontraría otro trabajo en esa ciudad? ¿Se arriesgaría a quedarse ahí esperando a que la atraparan si era denunciada? ¿No le quedaría otro remedio que regresar a España para convertirse en aquello que su abuela quería que fuera?

¿Cómo su sueño de una vida mejor había acabado así?

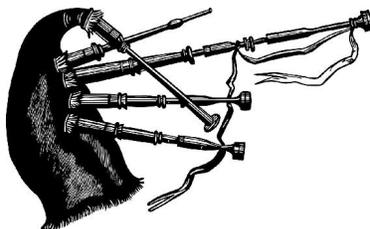
No lo entendía.

Con lágrimas en los ojos, Adela fue directa a los vestuarios para coger su bolso, ni siquiera se cambió, no cuando temía que la siguieran, no cuando escuchó pasos y gritos a su espalda.

Agarró su bolso y huyó a la calle sin mirar atrás.

Corriendo por las calles de Edimburgo sin dejar de llorar, sabiendo que con cada paso que daba su sueño se rompía en miles de pedazos.

CAPÍTULO 3



Llegar al hostel fue toda una odisea. No dejó de mirar hacia atrás cada poco temiendo ver aparecer a la policía para detenerla. Sabía que había cometido una estupidez pero, en esos momentos, no se le ocurrió otra cosa. Había llegado a su límite y acabó explotando de mala manera.

Ahora estaba sin trabajo, casi sin dinero y sin saber qué hacer.

Perfecto. ¿Qué más le podía pasar? Mejor no preguntar para no tentar la suerte.

Nada más llegar a la casa, fue directa a su habitación. No quería encontrarse con nadie. Estaba segura de que si alguien la veía en su actual estado la interrogaría y acabaría estallando de nuevo, o rompiendo a llorar de manera histérica.

Cerró la puerta de su habitación con cuidado y fue directa al espejo que había en el pequeño armario, al lado de la cama. El cuarto era pequeño y contaba con poco mobiliario; una cama individual, un armario, un escritorio con una silla y una mesita de noche; al menos, disponía de una ventana que daba al exterior y por la que podía ver el parque que había frente al hostel.

En cuanto se puso delante...

No se reconoció. Esa mujer no podía ser ella.

El reflejo que le devolvía el espejo le mostraba a una joven ojerosa, con las mejillas enrojecidas, los ojos llorosos, pálida y más delgada, una mujer abatida y agobiada con los problemas.

Esa mujer que le devolvía la mirada estaba derrotada, hundida y con ganas de echarse a llorar, ahogándose en la pena ante todo lo que estaba viviendo.

¿Qué podía hacer?

Huir. Fue lo primero que se le pasó por la cabeza. Necesitaba irse lejos, buscar refugio en otra ciudad para intentar comenzar de nuevo. Una última oportunidad con la que encontrar su lugar en el mundo, antes de darse por vencida y tener que regresar a España para volver a sumergirse en un ambiente tóxico en el que se sentía que no era querida.

Se limpió las mejillas con las manos, dejándolas más enrojecidas de lo que estaban. Llorar no le iba a ayudar por mucho que quisiera dejarse llevar por el dolor y la desesperanza. Debía ser fuerte, reponerse de ese día y luchar por alcanzar el futuro que deseaba.

—Me iré, al norte. Es lo mejor. No puedo quedarme en Edimburgo. Solo espero que ese desgraciado no me denuncie. —«Quizá debería ser yo la que le denunciara, pero...». Dudó, aún no hablaba bien el inglés y temía que, ante su denuncia, la policía investigara más a fondo y la detuvieran por agresión. ¿Cómo iba a demostrar los insultos y vejaciones de su jefe si no había grabado nada? Sus compañeros y compañeras de trabajo seguro que no testificarían a su favor, ¿cómo iban a hacerlo? Podían perder el trabajo, o tal vez, la odiaban. No lo sabía, pero lo único cierto, era que no tendrían ayuda si iba a juicio contra William.

Con esa idea en la mente, fue al armario a por ropa limpia. Se daría una ducha relajante antes de hablar con los dueños del hostel. Les diría que se iba al día siguiente y les preguntaría si podían recomendarle algún lugar al que ir en el norte. Quizás ellos podían ayudarla.

¿O tal vez no?

Castillo de Edimburgo

—¡27£! —volvió a repetir Adela sin poder creérselo—. ¡Qué caro! —masculló para sí misma mientras se adentraba en el castillo, dejando atrás la taquilla en la que pagó su entrada—. ¿Cómo pueden cobrar tanto por una visita guiada? —Le daba igual que los turistas que pasaban por su lado se la quedaran observando al verla hablar sola.

Estaba cansada. La noche anterior no había ido tal y como esperaba. Los dueños del hostel no quisieron devolverle el dinero correspondiente al fin de semana. Al haber pagado por adelantado la semana completa hasta el lunes, le indicaron que no hacían devoluciones, así que tenía dos opciones: quedarse hasta el lunes siguiente o irse por la mañana, perdiendo dinero.

Optó por quedarse hasta el lunes. No le quedaba otro remedio. El poco dinero que tenía en el banco no podía malgastarlo y, hasta inicios de septiembre, no le iban a ingresar la paga de orfandad que cobraba.

Apenas durmió unas horas por los nervios y cuando se levantó, se quedó observando el techo sin saber qué hacer. ¿Cómo podía matar las horas?

Hacer turismo.

Era lo mejor. No iba a quedarse encerrada en la habitación, comiéndose el coco.

Así que, nada más levantarse, fue a desayunar, guardándose un plátano y unas galletas de mantequilla en el bolso para tener algo que comer al mediodía.

¿Y qué fue lo primero que decidió ir a visitar?

El famoso castillo de la ciudad, una antigua fortaleza que llevaba tiempo queriendo descubrir pero que, por culpa del trabajo, no pudo pisar.

Pasear por Edimburgo a esas horas de la mañana era mágico, sobre todo cuando pasó por el cementerio de Old Calton, de camino a Calton Hill.

Desde niña siempre se sintió atraída por los cementerios, por curiosidad, pero ante todo por comprobar el paso del tiempo, descubrir tumbas antiguas de esas en las que era muy difícil leer la inscripción. Pasear por los estrechos caminos de muchos de ellos, rodeada de lápidas de piedra, algunas acompañadas de figuras de motivos religiosos; le producía un cúmulo de sensaciones que no podía describir.

Nunca supo por qué motivo le gustaba visitar los cementerios aunque, por mucho que la llamaran rara, le gustaba ver los camposantos de los lugares a los que viajaba. Poder ver el amor de

los familiares que acudían a visitar a los que ya no estaban entre ellos, inundando de flores el silencioso lugar.

Lo primero que le llamó la atención, nada más entrar en el cementerio, fue encontrar lápidas rotas y tiradas por el suelo, como si hubieran sido saqueadas y olvidadas. Le llevó más de una hora recorrer aquel lugar, deteniéndose en las tumbas que más le llamaron la atención, mientras intentaba recordar lo que había leído de Old Calton en uno de los folletos turísticos que cogiera en la estación de autobuses de la ciudad nada más llegar.

Recordaba algo acerca de saqueos de tumbas y que tenían que vigilar el cementerio por las noches para atrapar a los ladrones, además de la leyenda de que estaba plagado de fantasmas que podías vislumbrar y escuchar si te atrevías a acudir a partir de las doce de la noche.

Ella no creía en nada de eso, o más bien, era lo que se decía para convencerse, ya que nunca había presenciado nada paranormal, ni quería; pues estaba segura, que de pasarle algo de ese estilo acabaría ingresada en urgencias con un ataque de ansiedad tremendo.

Así que... no, no iba a hacer ninguno de los *tours* de fantasmas que vio anunciados en la entrada al cementerio. Descubrir la historia del lugar, sí, pero ni loca iba a tentar la suerte a la búsqueda de espectros.

Era un poco *friki* pero no tanto.

Y menos cuando podía toparse con un fantasma cara a cara.

Era lo último que le faltaba.

De vuelta al castillo

Pasear por el castillo era como trasladarse a otra época, y más, mientras escuchaba las curiosidades de la audioguía que le entregaron junto a la entrada. Esa melodiosa voz de mujer le estaba narrando cada detalle de las estancias por las que paseaba, desde la curiosa presencia de las *Laird's Lugs*, unas pequeñas rendijas en la pared por la que podían espiar sin ser vistos; como que, más tarde, tocaba visitar una curiosidad de la fortaleza, un cementerio de

mascoas de los militares que fue creado en el año 1840, aproximadamente.

Mientras paseaba por un pasillo de piedra, escuchando el retumbar de sus pasos, recordó el día en que estuvo en el castillo de San Antón, en A Coruña. Le fascinó descubrir que esa antigua fortaleza, además de ser un edificio defensivo, tuvo mucha historia antes.

A finales de la Edad Media, en ese pequeño islote, construyeron una capilla dedicada a San Antón, en la que se acogía a los marineros enfermos, y posteriormente se usó como lazareto, un hospital aislado en la que se trataba, sobre todo, enfermos con la temida lepra y tuberculosis. No fue hasta el año 1587 que comenzaron a edificar una fortaleza defensiva para la ciudad, muy efectiva en los numerosos ataques que sufrió A Coruña. Convirtiéndose posteriormente, en una prisión hasta el año 1960, momento en que fue cedido a la ciudad para ser un museo en el que descubrir desde un *drakkar* vikingo, piezas del neolítico a la oscura historia que esconde ese edificio de piedra.

Pero el castillo de Edimburgo era como transportarte a otro mundo, o más bien, a otra época, recordándole las escenas de la famosa serie de televisión *Outlander*.

¿Qué mujer no quería un Jamie en su vida?

Rompió a reír ante los pensamientos que rondaron su mente, y es que, un hombre sexy vestido con una falda... bueno, con un *kilt*, sin nada debajo, era una tentación que la atraía muchísimo. Desde que leyó su primera novela romántica de *highlanders*, siempre deseó visitar las *Highlands* y... ¿enamorarse?

Volvió a reír, negando con la cabeza, plantada frente a un gran espejo con un marco de oro en uno de los salones. Podía imaginar su reflejo vestida con un traje de otra época, luciendo un recogido complicado lleno de horquillas y...

Se giró para continuar las instrucciones de la audioguía y acabó chocando con alguien, tropezando hacia atrás, cayendo al suelo. El grito de dolor que soltó al impactar su trasero contra la alfombra resonó con fuerza en la sala, atrayendo la atención de los turistas que como ella, estaban paseando por el castillo maravillándose de cada mágico rincón.

—¡Oh, mierda! ¡Mi culo! —chilló, colocándose de lado. Le dolía mucho, tanto que estaba a punto de echarse a llorar.

Notó cómo alguien se agachaba y le tocaba el brazo mientras le decía algo que ni siquiera atendió. Solo podía notar el dolor que le subía desde el bajo de su espalda hasta la nuca.

—No me toques. ¡Me has roto el hueso del culo! —gritó en español, olvidándose dónde estaba o que debía levantarse y dejar de intentar rodar por la alfombra como una croqueta.

Bueno, la verdad es que fue ella quien provocó su lesión, no la persona con la que acababa de chocar, pero en esos momentos, no podía pensar con claridad; solo quería que el dolor parara y continuar con la visita, olvidándose de que se estaba convirtiendo en la atracción de los turistas ese día.

«¡Fotos, no!», estuvo a punto de chillar cuando vio el flash de una cámara. ¿Quién en su sano juicio sacaba una fotografía a una extraña que lo estaba pasando mal? No quería pensar si la estaban grabando en vídeo o subiendo un directo a Instagram. El mundo se estaba yendo a la mierda, si en lugar de ayudar, se dedicaban a inmortalizar el momento para lograr más “me gusta” y más seguidores en sus redes sociales.

—¿Abrirte el ano? —escuchó la voz de un hombre, en inglés con un marcado acento escocés.

«No, no, no, no, no», repitió Adela como un mantra una y otra vez, al reconocer esa voz.

No podía ser verdad. ¿Por qué le pasaba eso a ella? ¿Qué había hecho en sus otras vidas para tener tan mala suerte?

—Tú, no —fue lo único que pudo responder al hombre que estaba agachado cerca de ella y que la miraba fijamente.

«Sí, era él», resonó la voz de su interior con sorna, riéndose de ella.

Y es que no todos los días volvías a encontrarte con *BatKilt*, con el héroe que la salvó de un ladrón y ahora...

—¿Te he abierto el ano? ¿Cómo es eso posible? —volvió a repetir el hombre, consiguiendo que Adela deseara que la tierra se abriera y la tragara. Era lo único que le faltaba.

—¿Entiendes el español? —«¡Bravo, Adela! No se te ocurre otra cosa que preguntarle en una situación como esta».

El hombre esbozó una mueca de sorpresa, pero aún así, acabó asintiendo con la cabeza al tiempo que decía:

—Un poco.

Necesitaba que la viera un médico, urgentemente, y no, no era por su dolorido culo, sino porque ese “un poco” le sonó muy erótico, con ese acento marcado que destrozaba el castellano pero con ese tono de voz grave que era una flecha directa hacia su deseo.

—Estoy jodida —masculló entre dientes sin percatarse de que lo había dicho en alto, golpeándose mentalmente al ver que su cabeza estaba electrocutándose por todo lo que le sucedía esos días. ¿Cómo era posible que se pusiera cachonda ante un hombre que no conocía de nada, al que apodó con un mote ridículo y cuando estaba lesionada, tirada en el suelo, rodando sobre sí misma?

—¿Quieres sexo? —exclamó *BatKilt* en alto mostrando incredulidad. Seguro que pensaba que era una loca que andaba suelta por Edimburgo.

—¡No! No quiero sexo —chilló, consiguiendo que los espectadores se rieran de ella, señalándola. Sí, seguro que estaba roja, sudorosa y con las mejillas humedecidas por las lágrimas que brotaron de sus ojos a causa del dolor, pero, tras escuchar esas carcajadas, quería hacerse una bola y olvidarse del mundo, o, más bien, que este se olvidara de ella.

Intentó levantarse pero gimió de dolor, deteniéndose de golpe. Cuando intentaba doblar las rodillas, notaba un pinchazo directo en su trasero que subía veloz por su columna hasta la cabeza, dejándola mareada.

¿Cómo podía doler tanto el hueso del culo?

¿De verdad se lo había roto? De ser así, ¿cuánto tiempo tardaría en sanar? ¿Sanaría del todo? ¿Qué debía hacer? Quizá, sí le tocaba visitar al médico y...

—¡Fuera, todos! ¡Ahora mismo!

Adela dio un respingo ante la orden del hombre, que consiguió que los curiosos se dispersaran entre murmullos indignados, dejándolos solos en el salón.

—Vamos, ¡arriba! —Le tendió la mano y la ayudó a levantarse, atrapándola entre sus brazos cuando ella perdió el equilibrio y acabó cayendo hacia delante—. Tienes que ir a urgencias.

Fue en ese momento en que Adela reaccionó y se separó, pese a la vocecita en su interior que le chillaba enloquecida que no lo hiciera.

—¡No! No quiero ir al médico. No lo necesito. —Se negaba a ir, solo quería salir del castillo y marcharse al hostel a descansar, después de una buena ducha. Y mañana... pasarse el día en cama, lamentando su vida, pues el lunes tomaría un autobús rumbo a Inverness. Allí buscaría trabajo en la oficina de turismo, a ver si podían ayudarla a iniciar una nueva vida en esa ciudad.

—Sí, lo necesitas, estás herida.

Adela se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—No, no lo estoy. Solo un poco magullada.

BatKill entrecerró los ojos.

Joder, qué sexy se veía con esa expresión entre enfado y molestia. Ahora qué conseguía observarle con atención sin temor a que un loco con una máscara de *Hello Kitty* —sí, lo juraba, ahora el dibujo japonés le producía pesadillas—, era todo un placer pasear la mirada por su cuerpo.

Era muy alto, le sacaba casi dos cabezas y media, con un cuerpo fornido, marcado por la camiseta de manga corta de color azul marino, cabellos cortos del color del plumaje del cuervo salpicados de hilos plateados como el mercurio, ojos negros intensos y una nariz prominente que le recordó un poco a la idea que se hizo de Severus Snape cuando leyó por primera vez los libros de Harry Potter. Coño, *BatKilt* era una mezcla del profesor de pociones de Hogwarts y un guerrero de las *highlands* de Julie Garwood, una tentación para su deseo y un golpe de realidad.

Daba igual cómo luciera, no era más que un extraño que tuvo la mala fortuna de toparse en su camino en dos situaciones que eran surrealistas y escenas muy buenas para una novela de comedia absurda.

Un robo.

Una caída en medio del castillo de Edimburgo.

¿Qué era lo siguiente?

¿Un rescate del monstruo del lago Ness?

Estuvo a punto de reírse en alto por el derrotero de sus pensamientos pero se tragó las carcajadas. No quería que ese

hombre creyera que estaba más loca de lo que debía pensar que estaba.

—Sí, lo estás y te estás portando como una cría al no acudir al médico. Si no tratas ahora tus heridas, puede que más tarde se compliquen y...

—Sí, sí, ¡gracias por el consejo! Pero tengo prisa.

Optó por la vía rápida. La huída fingida con la excusa de que tenía prisa. Sí, la tenía, pero para meterse en cama y descansar, o tal vez, mirar algún drama lacrimógeno coreano de esos que te dejaban huella en el corazón durante días.

Llevaba consigo el portátil pequeño y el disco duro cargado de series coreanas descargadas de Internet con las que se aislaba del mundo cuando tenía un mal día. Era una manía que descubrió cuando no soportaba más la presión ejercida por su familia, sobre todo, por su abuela y el desprecio del resto de sus parientes.

Ver series coreanas se convirtió en una pasión que la acompañaba desde hacía cinco años y por la que pudo descubrir historias de amor que merecían todos los premios del mundo, que se quedaron grabadas en su alma y en su corazón, por los hermosos mensajes que transmitían.

¿Cómo podían transmitir tanto con una mirada y un simple roce?

No hacía falta nada más.

Y como en un buen drama coreano, la protagonista femenina, o sea, ella, salía huyendo sin mirar atrás, con todo el orgullo del mundo; pese a que cojeara un poco, luciera sonrosada, con la ropa arrugada y agarrara con fuerza el maxi bolso como si fuera su escudo ante una batalla.

Si estuviera en una serie coreana, se volvería a reencontrar con el sexy escocés pero... en la vida real, deseaba no hacerlo.

Le había visto en sus peores momentos en esa ciudad, no quería saber qué pensaba de ella, tampoco debía importarle, aunque no podía negarse que lo hacía. ¿A quién no le importaba lo que pensaban los demás? A ella, mucho, por culpa de la inseguridad que sentía y que por más que se dijera que debía ignorarla, no lo conseguía. Era incapaz de hacerlo.

Visitar el cementerio de Old Calton. Listo.

Visitar el castillo de Edimburgo. Bueno... casi, listo.

Caerse de culo en medio de uno de los salones del castillo.
Hecho.

Volver a sentir vergüenza ajena y desear que la tierra se abriera en dos y la tragara. Hecho.

Reencontrarse con *BatKilt* pese a que Edimburgo fuera tan grande. Asombroso, pero sí, hecho.

¿Qué tocaba ahora?

¿Fantasmas? ¿Otro atraco? ¿Viajar al pasado y acabar en una época en la que no sabían lo que era una buena ducha de agua caliente?

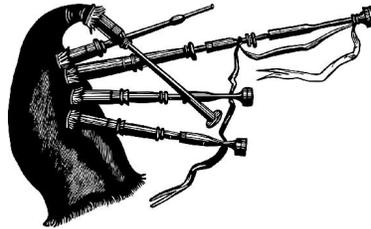
No quería saberlo. Había días que era mejor no hacer planes porque todos se iban a la mierda.

Welcome Edimburgo, Adele.

Bienvenida a Edimburgo, Adela. Seguro que no olvidarás tu estancia en la ciudad.

Seguro.

CAPÍTULO 4



—¡Imbécil! ¿Cómo pudiste? —chilló Adela, mientras se sonaba la nariz y tiraba el pañuelo al suelo, al lado de la cama. Llevaba cinco horas devorando el drama elegido para esa tarde sin poder dejar de llorar, de suspirar, de despotricar contra los protagonistas, sobre todo, contra el masculino.

Y la serie elegida para un día como aquel era: *Moon Lovers: Scarlet Heart Ryeo*. No era la primera vez que la veía, perdió la cuenta de las veces que lo había hecho, pero cada vez que lo hacía no dejaba de llorar, de reír, de soñar con que el final fuera tal y como ella deseó la primera ocasión en que la vio.

Era un drama histórico con viajes en el tiempo incluido que la acompañaba cuando tenía un mal día, para poder llorar a gusto con la excusa de que era culpa de la serie; junto con *Goblin* y *Scent of a Woman*. Esos tres eran sus series coreanas para llorar. Y sí, también tenía unas cuantas para ver cuando estaba de buen humor o las cosas le iban bien, sin embargo, en esos momentos no quería ni abrir sus carpetas.

—¿Por qué lo hiciste? —volvió a insistir, señalando al personaje con el que estaba hablando. No estaba loca. Solo... vivía intensamente esa hermosa historia de amor—. ¡Estúpido! Ohhh, ¡pero qué bonito es este drama! —Se sonó de nuevo con otro pañuelo que acabó en el mismo lugar que el resto de sus compañeros, en el suelo, sobre una pila que recogería más tarde, cuando apagara el ordenador.

Casi no parpadeó en los últimos minutos del episodio final, llorando sin parar, notando cómo las lágrimas se deslizaban por sus

mejillas y llegaban a empaparle el pijama grueso de invierno que llevaba puesto. Era liberador poder llorar así, maldiciendo a los guionistas de esa serie, deseando volver a verla y suspirar con cada episodio, enamorándose de nuevo del argumento y los personajes que aparecieron a lo largo del drama.

Pero...

—¡Mierda! ¡Qué tarde es! —Se sorprendió al ver la hora. Las once y media de la noche. ¡Y no había cenado! Esa noche tendría que ayunar porque ya no encontraría ningún lugar abierto en el que cenar y no disponía de nada en la habitación, ni siquiera unas míseras galletas. Las que tenía ya se las había comido para almorzar, junto al plátano del desayuno, y un sándwich vegetal que compró en otro supermercado cercano al hostel. No volvería a pisar aquel en el que vivió el amago de atraco.

Adela suspiró y apagó el ordenador, dejándolo sobre la cama mientras esperaba a que la pantalla se pusiera negra.

Se levantó y estiró los brazos por encima de la cabeza, haciendo crujir la espalda. Después de darse una larga ducha de agua caliente nada más llegar, se sentía un poco mejor. Seguía dolorida, con las mejillas con pleno brote pero, al menos, ya no se sentía como si un tractor le hubiera pasado por encima.

Esta vez no quiso mirarse en el espejo del armario ya que estaba segura de que, al llevar casi una hora llorando a moco tendido, se asustaría ante lo que viese.

Se agachó y recogió la gran pila de pañuelos usados y los tiró en la bolsa de plástico que guardaba en una esquina de la habitación como improvisada papelera. Al día siguiente le tocaba tirarla y, de paso, hacer un poco más de turismo por la ciudad antes de tomar el primer autobús del lunes rumbo a Inverness.

Estaba muy nerviosa, no sabía qué esperar de esa aventura, y ni siquiera había llamado a su abuela desde hacía una semana.

«Tampoco ellos te han llamado, ni te han enviado un wasap», se recordó, ignorando el pinchazo de pesar que sintió al ver que su familia pasaba de ella. Era algo a lo que debía estar acostumbrada, pero aún le dolía. Cuando perdió a sus padres se encontró sola, perdida, sin saber cómo actuar o cómo aceptarlo. Un día, era una niña feliz y, en apenas unas horas, pasó a convertirse en la huérfana

que era sorteada entre sus parientes para ver quién se hacía cargo de ella.

Ganó su abuela, o perdió, según se mire.

Al final, fue Catuxa quien se hizo cargo de ella pero, sin permitirle olvidar ni un solo día, que la acogió cuando nadie más podía, ni quería; haciéndole sentir que era una carga y una molestia a la que tuvieron que aceptar porque no les quedaba otro remedio.

Eso, y que era muy jugosa la pensión de orfandad que recibía y de la que dispuso su abuela para sufragar los gastos de la casa, mientras era pequeña.

«No me llegaba mi paga y criar a una niña supone muchos gastos», rememoró la excusa que le dio su abuela cuando, a los dieciocho años, le preguntó que cómo era posible que no hubiera ahorrado su pensión de orfandad para que pudiera estudiar en la universidad lo que ella quisiera.

Lo tuvo que aceptar, al igual que tuvo que seguir aportando dinero a la economía familiar, trabajando en lo que le salía, dejando a un lado sus sueños de adolescencia que no eran más que ecos de un pasado que la marcó y la convirtió en la mujer desconfiada y con baja autoestima que era.

Y sí, amaba muchísimo a su abuela, pero como lo hacía, no podía negar que era una mujer con muchos defectos que no supo cómo lidiar con una niña pequeña que no dejaba de llorar la pérdida de sus padres.

Simplemente, la mandó callar y que dejara de llorar, diciéndole que debía ser fuerte, silenciando su dolor que se convirtió en una mancha en su alma de la que era incapaz de deshacerse.

—¡Ya basta! —se dijo a sí misma—. El pasado ya no se puede cambiar, he de mirar hacia delante.

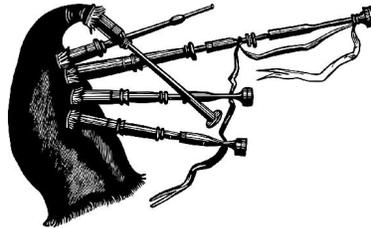
Por mucho que costara, lo conseguiría, alcanzaría su sueño de ser independiente, de sentirse realizada y encontrar un hogar en el que fuera amada tal y como era, con sus imperfecciones, sus muchos defectos y sus pequeñas locuras.

¡Lo conseguiría!

De eso estaba segura, aunque le llevara mucho tiempo hacerlo.

Pero mientras tanto... ¡a dormir! Quedaban pocas horas para que comenzara un nuevo día e iba a aprovecharlo a tope.

CAPÍTULO 5



¿Quién dijo que iba a aprovechar ese último día en Edimburgo?

Si fue ella, era gafe, en serio.

Nada más levantarse, se sorprendió al escuchar un estruendo que provenía del exterior. Cuando se acercó hasta la ventana y recorrió la cortina, creyó estar en Ourense en pleno invierno, no en agosto en una ciudad en la que, según la aplicación del tiempo de su móvil, ese día iba a hacer mucho calor y un sol extremo.

Sus planes para pasear tranquilamente se fueron al garete por culpa de la lluvia o, más bien, de la tromba que caía que daba miedo.

Así que no le quedaba otra que buscar lugares donde refugiarse mientras intentaba sacarle jugo a la jornada. No le apetecía quedarse en la habitación del hostel todo el día, se sentía un poco agobiada por todo lo vivido y lo único que quería era despejarse un poco y poder despejar la cabeza.

Rebuscó entre sus pertenencias hasta que encontró un chándal viejo que abrigaba, los tenis blancos de Primark que compró hacía meses y que, ahora, se veían más grises que del color original pese a que los limpiaba con toallitas húmedas cada vez que los usaba, y el paraguas pequeño.

Aprovechó que la parte de arriba del chándal era ancha para poder ponerse una camiseta de tiras, una de manga corta y un jersey fino con el que combatir el frío que hacía. Sí, era una chica del norte pero tan al norte... sentía frío, pese a que en Escocia estaban en pleno verano.

Se hizo un moño rápido, recogiendo sus largos cabellos rizados y se puso un protector solar factor 50, ignorando las rojeces que seguían presentes en sus mejillas y en su nariz. Debía aceptar que la rosácea la acompañaría hasta el final de su vida convirtiéndola en una versión adulta de Heidi. Sí, esos mofletes enrojecidos y la nariz como Rudolf era el pan de cada día y un recuerdo de que debía cambiar de vida.

Nada de chocolate. Nada de alcohol, ni de picante. Nada de estrés o tomar el sol.

Conocía de memoria cada factor que desencadenaba la enfermedad crónica que padecía pero... ¿es que debía encerrarse en una burbuja o no salir a la calle cuando estaba en pleno brote?

No. Lo seguiría haciendo aunque le doliera que la gente se la quedara mirando fijamente, poniendo mala cara o aconsejándola que comenzara a maquillarse con varias capas de base para ocultar todas esas imperfecciones.

Por mucho que la gente dijera que la belleza estaba en el interior, en lo primero en que se fijaban era en el exterior. Todo el mundo.

Sonrió con pesar mientras se contemplaba en el espejo del armario. El chándal era de un color negro que la favorecía al destacar sus cabellos rojizos, pero... también destacaba mucho las rojeces de su cara y el tono apagado de su piel. Estaba muy blanca al no poder tomar el sol y no conseguía evitar pensar en todo lo que le gustaría cambiar de su cuerpo, desde el color de sus cabellos, a deshacerse de los molestos rizos, a que sus ojos aparecieran milagrosamente de un color azul como el cielo de verano o perder unos cuantos kilos y que su cuerpo se reafirmara y eliminara las blanquecinas estrías de sus muslos.

¿Era la única con complejos? No, no lo creía, pero cuando se hallaba ante el espejo, en soledad, todas las dudas, los miedos, los sueños por cumplir... surgían en su mente, rozando su corazón y recordándole que debía ser ella quien luchara por alcanzar todo aquello que deseara.

Para los demás, a ella no le importaba nada, ni siquiera cuando se ponía tan mal que debía acudir al dermatólogo para que le recetara antibióticos tanto orales como en crema.

Se colgó el bolso, en el que guardó el paraguas a mayores de todo lo que llevaba, que un día de estos debería revisar y tirar lo que ya no necesitara; y decidió salir, sin llegar a detenerse para desayunar. Era tarde y ya no había servicio de desayuno.

Se despidió de la dueña del hostel que la saludó desde recepción e intentó interrogarla para saber cómo se encontraba después de la caída. Optó por ser diplomática y respondió con escuetos monosílabos, consiguiendo liberarse de ella en apenas unos minutos.

Nada más salir, miró hacia el cielo. Gris, nubes oscuras, lluvia intensa, un viento que movía las ramas de los árboles.

Cerró los ojos, inspiró con fuerza y se sintió en casa.

La lluvia era algo que llevaban en la sangre los gallegos.

Abrió el paraguas y se dirigió hacia la parada de autobús. Ese día se dejaría llevar, si no podía pasear por los parques que quería descubrir o ir a las calles del centro, donde estaban las tiendas de segunda mano que siempre le llamaron la atención, cambiaría los planes.

Llevaba más de dos semanas en la ciudad y quería descubrirla.

Lloviera o no.

Iba a comerse Edimburgo.

«O Edimburgo me va a comer a mí», fue lo que pensó Adela, maldiciendo en alto ante las puertas del Museo Nacional de Edimburgo.

En la parada del bus preguntó cuál debía coger para visitar el museo, no tardó mucho en llegar pero cuando se plantó a las puertas del gran edificio de piedra, masculló en alto varios insultos en gallego al ver que estaba cerrado.

Justo tenía que ser el día en que cerraban al público.

Agarró con fuerza el paraguas y suspiró con pesar. Ya no iba a ver a la oveja Dolly o descubrir un poco más de la historia de la ciudad y de Escocia.

Se giró y miró a su alrededor sin tener ni idea de dónde se encontraba. Desde que comenzó a trabajar apenas se movía por la ciudad, iba del trabajo al hostel y del hostel al trabajo, como mucho,

parándose en los diferentes supermercados o tiendas de 24 horas de alimentación que encontraba por el camino.

—Debí salir más —se quejó en voz baja, aceptando que los planes no siempre salían como esperabas. Si no podía visitar el museo iría a otro lado, tal vez a un centro comercial en el que refugiarse unas horas y, de paso, comer algo.

Paseó sin rumbo por la ciudad, disfrutando del olor de la lluvia, el sonido del golpeteo de las gotas contra el suelo y la belleza de Edimburgo. Era un lugar mágico que te transportaba a otra época en la que el tiempo pasaba más lentamente, sin el estrés del día a día. Adela observaba todo a su alrededor con curiosidad, admirando cada pequeño detalle, como los llamativos letreros de las tiendas, la altura de los edificios de piedra, el bullicio en la calle pese a que hacía mal tiempo y el tráfico de coches o los autobuses tanto turísticos como los urbanos.

«Quizás me anime a subir a uno de esos buses turísticos», pensó, sopesando la posibilidad. Era un medio rápido para conocer la ciudad sin mojarse y sin agotarse.

—Pero antes comeré algo —dictaminó al escuchar cómo su estómago rugía por el hambre. No estaba acostumbrada a no tomar nada por la mañana, aunque fuera solo un café. Sin su café nada más levantarse no era persona, era una *zombie* gruñona capaz de atacar si alguien se le ponía delante.

Media hora después

Estaba en la famosa Princess Street, una de las calles más conocidas de la ciudad. Sin duda fue una caminata larga aunque muy gratificante, disfrutando de la paz y tranquilidad que otorgaba pasear por los jardines que discurren a lo largo de la calle desde donde contemplar las mejores vistas del castillo de Edimburgo y la zona medieval.

Lo reconocía. Se detuvo unas cuantas veces para fotografiar el paisaje. Aunque, para ello, montara un espectáculo porque, como llovía, debía agarrar el paraguas apoyando la mejilla contra el hombro, sujetar el mango y hacer malabares para sacar la fotografía evitando que el móvil se mojara. Aún así, valió la pena.

Eligió la primera cafetería que se encontró cerca de la Oficina de Turismo de la ciudad. En cuanto acabara el café, iría a ese lugar a preguntar las mejores opciones para descubrir cada rincón de Edimburgo.

Abrió el bolso y rebuscó en su interior agarrando el móvil.

Revisaría las fotografías que sacó mientras acababa de desayunar. Aún tenía mucho día por delante y estaba emocionada por ver qué le deparaba.

Un rato después *En la Oficina de Turismo*

Llevaba quince minutos esperando para que la atendieran. Adela se apoyó contra la pared y suspiró al ver que tenía, al menos, diez personas delante de ella.

Era desquiciante esperar, pero no le quedaba otro remedio que hacerlo. Se giró y paseó la mirada por las docenas de folletos en varios idiomas que había a disposición de los que entraban. Se acercó a ellos por pura curiosidad y rebuscó entre los que le llamó la atención, tomando varios de recuerdo, sobre todo los que mostraban los *tours* a las Tierras Altas esperando tener más información de Inverness.

Estaba nerviosa por lo que iba a suceder al día siguiente. No sabía qué esperar o a lo que se iba a enfrentar. Iba un poco a lo loco, buscando una nueva vida en otra ciudad, dejando que la suerte decidiera si allí encontraría trabajo o un lugar de alojamiento.

Era necesario que buscara un hostel o, más bien, un *Bed&Breakfast* (nunca se acostumbraría a ese nombre, por eso ella lo llamaba hostel) para tener un lugar en el que vivir mientras preguntaba en los restaurantes, y en los pubs si buscaban una camarera o una cocinera.

Mientras revisaba los folletos, estaba atenta a los números por los que iban llamando las trabajadoras de la oficina. No atendía mucho a lo que sucedía a su alrededor, hasta que escuchó una voz.

Una que reconoció al instante y que le produjo un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

Paralizada, agarró con fuerza los planos y publicidad de los *tours* que tenía en las manos hasta llegar a arrugarlos.

No quería darse la vuelta. No quería que la vieran. No quería...

—Cuarenta y siete.

—Joder —masculló Adela al escuchar su número. Pero ¿qué le pasaba al destino? ¿Quería fastidiarla? ¿La odiaba?

¿Por qué tenía que tocarle ahora mismo cuando ese hombre estaba en el mostrador?

¿Acercarse o no hacerlo? ¿Perder la vez y tener que esperar más tiempo en la oficina o...?

—Cuarenta y siete.

Adela suspiró y acabó dando media vuelta para acercarse al mostrador. No quería malgastar más tiempo en ese lugar, no cuando podía estar metida en un bus escuchando la mecánica voz de la audioguía y disfrutar del paseo.

—Tengo el cuarenta y siete —le indicó a la mujer que esperaba tras la gran mesa. Esta la observó con atención antes de esbozar una sonrisa falsa. Trabajar de cara al público era lo peor. Pese a tener un mal día estabas obligado a mostrarte amable y encantador ante los clientes. Ella sería incapaz de hacerlo, por eso le gustaba trabajar en la cocina, ahí no tenía que sonreír falsamente a la olla o mientras pelaba una patata.

—Bienvenida a Edimburgo, me gustaría que me informara de su lugar de procedencia y el motivo de la visita a la ciudad.

Adela dejó el papel del número dentro de la papelera del mostrador y comenzó a darle los datos que le solicitaba la mujer; mientras tanto procuraba mantener la mirada clavada en los folios que había esparcidos por la mesa, no quería mirar a su derecha, no quería que la reconocieran y...

—¡Tú! Parece que estamos destinados a encontrarnos y...

—Perdona, pero ¿no ves que estoy ocupada? ¿Acaso te he dado algún motivo para que me hables cada vez que nos vemos? —Sí, salió su lado borde. Era el problema de ser Aries, cuando estaba al límite acababa atacando sin pensar dos veces en lo que soltaba. En el momento en que acabó su discurso, se golpeó mentalmente ante lo que había hecho. Pero ¿cómo le soltaba eso? ¿Qué culpa tenía ese hombre de que no hicieran más que encontrarse en situaciones

extrañas? Ninguna. Sin embargo, ella estaba al límite y acabó explotando con quien no debía.

Tras sus palabras, se hizo un silencio y pudo notar sobre ellos las miradas de los que los rodeaban, sobre todo de las empleadas quienes dejaron lo que estaban haciendo para atender a lo que sucedía. El trabajo en la oficina de turismo era muy monótono y no desaprovechaban la oportunidad de cotillear cuando ocurría algo.

—No, no me lo has dado, pero estaba preocupado tras tu caída de ayer. Iba a preguntarte cómo te encontrabas aunque ya veo que perfectamente, el que te... ¿cómo lo dijiste? El que te hayas roto el hueso del culo no ha conseguido limar tu agradable carácter.

Adela tomó aire y contó hasta diez, o al menos lo intentó, porque cuando llegó a siete, volvió a explotar soltando varios tacos en gallego que provocó que el hombre se riera de ella.

—Deberías verte, me recuerdas a un gato que acaban de tirar al agua. ¿Practicas cada día para ver si puedes mejorar en...?

—¡Cállate! No me conoces, no te conozco, no quiero saber nada de ti y tú tampoco de mí. Dudo mucho que te importe realmente cómo estoy, y si es así, lo siento, estoy pasando unos días horribles y...

Acabó apretando los dientes para evitar llorar, le afectaba comportarse así, le dolía ver que explotaba contra quien no lo merecía o que se frustrara al sentir que no tenía el control de su vida, que no era más que una hoja dejándose mecer por un huracán que estaba trastocando sus sueños y sus emociones.

—¿Motivo de su visita a Edimburgo?

Escuchó Adela. No supo si se lo volvió a preguntar la misma mujer que la atendía o si era una compañera suya dirigiéndose a otro turista pero respondió de todas maneras, sin poder callarse:

—Joderme la vida.

Y sin esperar la respuesta de nadie, dio media vuelta y salió de la oficina, ignorando las miradas curiosas de los que presenciaron la escena. Sabía que se había portado como una loca pero se encontraba mal, lo reconocía. No era feliz, no sabía qué le deparaba el futuro y tenía miedo. Más miedo del que se atrevía a reconocer y la estaba asfixiando, envenenándola por dentro.

Nada más salir y notar el aire frío, dejó brotar las lágrimas que contuvo a duras penas. Sin importarle si se mojaba o no, comenzó a caminar rumbo al parque, necesitando un momento de soledad, vaciar la mente y acallar los murmullos de su interior que no dejaban de burlarse de lo que le estaba pasando, de recordarle lo que tuvo y ya no tenía, y de la incertidumbre que se planteaba ante ella.

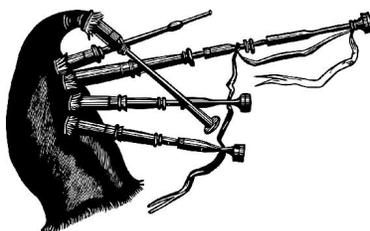
Cuando bajaba las escaleras que daban acceso al parque notó que alguien le apoyaba una mano sobre el hombro. Sobresaltada, se giró e intentó dar un manotazo a quien la había asustado, con tan mala suerte que perdió el equilibrio y cayó hacia atrás.

Adela solo cerró los ojos y chilló al ver que iba directa hacia el suelo de piedra desde una altura considerable.

¿Otra vez caía al suelo?

¿Por qué a ella?

CAPÍTULO 6



—Ya pasó, tranquila.

Adela negó con la cabeza mientras se aferraba con fuerza a su salvador. Tenía la cara enterrada en su pecho y no podía dejar de llorar. No conseguía acallar el miedo, no cuando notó la ingravidez en los segundos en que comenzó a caer hacia atrás al perder el equilibrio en las escaleras.

Daba igual lo que le dijeran en esos momentos, solo quería llorar, liberarse de la amarga sensación de terror que aún paladeaba en su boca.

—Vamos, te invito a una tila.

Se aferró con más fuerza, antes de separarse del hombre. Se sentía avergonzada pero se armó de valor para alzar la cabeza y mirarle a los ojos.

BatKilt al rescate... de nuevo.

—Gracias —murmuró con la voz rota, sin importarle cómo lucía. ¿Qué importaba en esos momentos? Le daban igual las mejillas enrojecidas, los ojos llorosos, la nariz de Rudolf o que estaba a un paso de sorber los mocos por la nariz al notar que debía que respirar por la boca al tener la zona de la frente oprimida por el llanto.

Él esbozó una sonrisa y se movió, alejándose del muro de piedra en el que se apoyara tras el incidente, apartándose de las escaleras, y de paso, cubriéndose de la lluvia gracias a la cornisa del edificio de la oficina de turismo.

—Oye, si al final vas a ser agradable y todo. ¡No me lo puedo creer!

Adela soltó una carcajada, tomándose a broma las palabras de *BatKilt*.

—La verdad es que he sido un grano en el...

—¿Culo? —acabó él la frase, riéndose junto a ella—. Sí, lo has sido. Comencemos de nuevo. Me llamo Roderick MacKinnon, encantado de conocerte.

Le estrechó la mano al tiempo que le respondía:

—Adela Rodríguez, y gracias por todo. Tanto por salvarme del atraco como por...

—¿Evitar que vuelvas a romperte algún hueso más?

—¿Me lo vas a seguir restregando por la cara? —Su parte Aries comenzaba a estar presente, volviendo a ponerse a la defensiva.

Él se encogió de hombros y confesó sin un atisbo de arrepentimiento:

—No puedo jurar que no lo volveré a hacer. Cada vez que nos hemos encontrado no has dejado de gritar que te has roto el hueso del trasero.

—Muchas gracias por ahondar más en la herida. —Se cruzó de brazos Adela y lo fulminó con la mirada. Era alucinante que tuviera esa clase de conversación con un completo extraño. La verdad, es que lo que estaba pasando no figuraba en su lista de “cosas que hacer antes de abandonar Edimburgo sin rumbo fijo al norte”.

Él se rio y negó con la cabeza, tomándola de la mano, rompiendo el gesto de enfado de la joven.

—Vamos, gruñona. Te invito a un té.

—Prefiero un buen café con mucho azúcar.

Media hora después

Roderick se detuvo y la miró con atención. Pese a que no era una gran belleza había algo en esa mujer que lo atraía, o más bien, que provocó que no pudiera sacársela de la cabeza desde que intervino en el atraco. Era asombroso que se la volviera a encontrar en el castillo cuando fue a sacar fotos para el *book* publicitario de la nueva ruta turística que querían crear en la empresa familiar de viajes por la Escocia mágica. Su hermano no dejaba de insistir que era el momento de aprovecharse del éxito de la serie *Outlander*, que

debían planear varias rutas por las que los turistas llegados de todo el mundo pudieran apreciar la belleza de sus tierras.

Apenas llevaba una semana en la ciudad y, en ese tiempo, lo más destacado de su viaje de negocios fue conocer a esa extraña mujer. Primero en la tienda, luego en el castillo y, por último, en la oficina de turismo. Ese día vestía horrorosamente con ese viejo chándal de color indeterminado, tenía el rostro enrojecido, el pelo alborotado en una coleta alta que estaba medio desecha y aún así... Había algo en ella que le llamaba.

«Quizá fuera por la manera en que la conocí», pensó, analizando cada minuto que pasó ante ella.

No lo sabía. Aunque tampoco le ayudaría el seguir dándole vueltas al tema. En esos momentos, solo deseaba tomar un té o un café con ella y poder conocerla un poco mejor.

«Si es capaz de estar diez minutos sin morderme», ironizó para sí mismo, antes de que su mente le jugara una mala pasada y le mostrara una imagen que... le incomodó.

No. No podía estar pensando en eso cuando la tenía delante. No cuando podía hacer “reaccionar” a su soldadito en público, algo que le sucediera en muy contadas ocasiones y era algo que prefería no recordar.

—¿Siempre tienes que tener la última palabra? —se interesó Roderick, mirándola a los ojos. Le sorprendió que fueran tan expresivos. Era capaz de ver que ella estaba molesta con su pregunta, así que optó por comenzar a caminar en dirección a Princess Street, buscando una cafetería dónde poder tomar algo.

Más tarde, cuando acabara de sacarse la espina de esa mujer, regresaría a la oficina de turismo y les ofrecería el paquete vacacional que planeara con su hermano la noche anterior. Era muy importante que aceptaran aquella idea y pudieran promocionarse desde la propia oficina. No podían depender de las ofertas que les llegaran desde la página web, no cuando eran rutas nuevas que querían dar a conocer a cuantos más turistas mejor.

—Si puedo, sí; me gusta tener la razón en todo.

Roderick la miró de reojo al tiempo que se carcajeaba sin poder creer que fuera tan directa, las mujeres que solía conocer intentaban engatusarlo mostrando su mejor cara para luego despojarse de su

careta y rompiendo la magia de los primeros días. Sus padres ya no sabían qué hacer con él, por más que intentaron que se asentara y formara su propia familia, no lo conseguían. Sin embargo, aunque intentó hacerles ver que él era el dueño de su vida, que no era menos feliz por no tener una casa llena de críos ni por no haber pasado por la vicaría, no conseguía hacerles cambiar de opinión. Debía vivir con la etiqueta de que era un picaflor que prefería disfrutar de encuentros casuales con mujeres dispuestas a pasarlo bien como él; sobre todo, si lo comparaban con su hermano. Él ya estaba casado y tenía dos hijos de cinco años.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes un carácter un tanto... especial?

Adela se encogió de hombros, intentando por todos los medios que esa pregunta no le afectara. Desde niña se lo habían dicho, no solo su abuela, también el resto de su familia y hasta en el colegio. ¿Y qué podía hacer? ¿Cambiar para adaptarse a lo que los demás esperaban de ella? ¿Qué querían que fuera? ¿Una mujer que aceptara que el mundo la pusiera de rodillas sin siquiera tener un pensamiento en contra o llegar a protestar por cómo la hacían sentir?

Tenía mucho carácter. Lo reconocía. Eso le había causado muchos problemas. Sin ir más lejos, su abu no dejaba de repetirle que iba a quedarse soltera si no cambiaba.

¿Y? ¿Era algo malo? ¿Debía comenzar a adoptar gatos para que pudieran verla como la solterona amargada que creían que era?

¡No! Ella no iba a cambiar por nadie, solo lo haría por ella misma, para mejorar.

—¿Y? ¿Pasa algo porque tenga carácter? ¿Acaso te sientes atacado en tu virilidad y...?

Roderick se detuvo en seco. Tenían que esperar a que el semáforo cambiara y pudieran cruzar sin que los atropellaran nadie.

—¡No acabes esa frase! ¿Cómo puedo sentirme amenazado porque tengas carácter? Yo también lo tengo, y esos de ahí, o aquellas mujeres de allí. Cada uno somos como somos y no por ello me siento amenazado de nadie. Solo te lo preguntaba por pura curiosidad y porque tengo la maldita manía de emplear el sarcasmo cuando hablo con alguien, sobre todo si no lo conozco.

Cuando acabó su discurso se quedaron en silencio, mirándose. Adela asombrada ante lo que le dijo.

Y Roderick sin palabras al haber sido tan sincero. Pero la insinuación implícita en sus palabras lo sacaron de sus casillas. Él solo quería conocerla un poco, poder sacarse su imagen de su cabeza y continuar con su vida, no acabar discutiendo si iba a ser menos hombre porque ella tuviera carácter.

¡Era absurdo siquiera que le acusara de eso! Si conociera a su madre cambiaría de opinión. En su vida había conocido a una mujer con más orgullo y mala leche que ella. Era capaz de poner firme hasta al más temido ejército.

Adela carraspeó y atrajo la atención de él. Señaló con un gesto al frente al tiempo que le decía con voz nerviosa:

—Ya está en verde.

Roderick asintió aceptando la tregua que se formó entre los dos y continuó la marcha, conduciéndola a una de las cafeterías que más le gustaban cuando viajaba a Edimburgo. Muy pocos turistas conocían que podían acudir al restaurante Cranston aunque no estuvieran alojados en el hotel Old Waverley. Además, aprovecharía que en esta ocasión sí se alojaba él para incluir el importe de la consumición a su cuenta de cliente.

Caminaron en silencio, disfrutando de la cercanía del otro. La calle era un bullicio de turistas y locales que paseaban unos atentos a cada detalle de esa conocida calle, sacando centenares de fotos con sus móviles, y otros, con las prisas propias de un día laboral.

Nada más llegar frente a las puertas del hotel, Adela le soltó la mano y se plantó para observar los escaparates de las tiendas de artículos de regalo que había a ambos lados de la entrada del edificio de piedra en el que leía, en letras plateadas, sobre su fachada «Hotel Old Waverley».

—¿No serás uno de esos asesinos en serie que llevan a sus víctimas a un hotel para descuartizarlas? ¿O es que crees que por salvarme... me voy a abrir de piernas y...?

Roderick volvió a negar con la cabeza sin poder creer lo que estaba oyendo.

—¡Solo te quiero invitar a una tila o un café si lo prefieres, para que estés más tranquila y porque me siento un poco culpable por

haberte asustado! ¡Estuviste a punto de caer por las escaleras! —Se pasó la mano por la cabeza, revolviéndose los cabellos—. ¡No soy un asesino! Ni un psicópata que quiera acabar contigo, ¡ni voy a llevarte a una de las habitaciones para abusar de ti! Por si no lo sabes en este hotel hay un restaurante muy bueno en el que quería invitarte a un té pero, la verdad, es que ya no tengo ganas y...

Adela suspiró antes de tragarse el orgullo e interrumpirle para confesarle:

—Lo siento. Debería pensar antes que abrir la boca y echar sapos y culebras. Estoy nerviosa, llevo unos días horribles y no sé qué pensar. ¿Por qué querrías invitarme a algo si ni siquiera me conoces? ¿Qué esperas de mí?

«¿Qué esperaba de ella?», repitió esa frase en su mente, dándole vueltas.

Con sinceridad, borrar su recuerdo de su cabeza y dejar de buscarla a su alrededor cada vez que acudía a un lugar de la ciudad.

—Conocerte y pasar un buen rato a tu lado —acabó respondiendo, tras unos segundos sopesando qué decirle. ¿Cómo reconocer que desde que la conoció en la tienda, en la que entrara para comprar el periódico, no había podido sacársela de la cabeza?

—Ya... pasar un buen rato —repitió con desconfianza Adela. No podía remediarlo. Era desconfiada por naturaleza. Había un refrán que empleaban mucho en Galicia: «piensa mal y acertarás»—. Que te quede muy claro: no voy a pasar del restaurante a las habitaciones, ni siquiera para...

Roderick negó con la cabeza.

—Me recuerdas a mi tío, Niall.

—¿A tu tío? —se sorprendió por el cambio de tema. ¿Ahora a qué venía lo de su familiar?—. ¿Por qué? —se interesó, mientras lo miraba con atención sin perder detalle de sus gestos y expresiones.

Estaba jodida. Ese hombre le parecía muy sexy, un pastel prohibido al que no podía hincarle el diente. Se quedó mirando sus labios. Su mente le jugó una mala pasada, mostrándole imágenes que deberían estar prohibidas a esas horas del día, sobre todo, cuando se hallaba ante las puertas de un hotel al mediodía, y los

transeúntes pasaban por su lado. Menos mal que no podían saber qué estaba pensando o... se moriría de la vergüenza.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

La voz del hombre la sacó de sus pensamientos, devolviéndola a la realidad, una realidad que seguía siendo una tentación para su libido.

Adela tragó saliva antes de reconocer:

—La verdad es que no. —Se encogió de hombros, enfatizando su respuesta. No podía negarlo. Se había perdido en sus mundos de yupi internos, imaginándose cómo sería desnudarle y...

«¡No! No sigas por ahí, Adela. Tú no eres así. No vas por la calle desnudando con la mente a los hombres que se cruzan en tu vida», pensó, regañándose a sí misma.

Cierto, ella no hacía eso... porque hasta el momento no había conocido a un sueño húmedo con piernas. Ese hombre tenía un aura magnética que la atraía.

Pero no estaba dispuesta a dejarse llevar por el deseo. Nunca había tenido sexo por tenerlo, para ella era muy importante sentir algo más que deseo por su pareja de cama. Necesitaba que el cariño y el amor estuvieran presentes para poder disfrutar de los minutos o las horas que pasaran en brazos de su pareja.

Quizás era una ilusa que debería aceptar la realidad, pero aún creía en el amor, en encontrar una pareja para toda la vida, aunque su experiencia, se había empeñado en demostrarle que una cosa eran los sueños y las ilusiones y otra la vida real.

Recordó lo que le dijeron sus compañeras del F.P de Auxiliar de enfermería, que era una estúpida por soñar con pajaritos, flores y declaraciones de amor eterno cuando veía pasar la vida sin hacer nada para disfrutarla. Se burlaron de ella cuando les confesó que nunca había tenido sexo sin amor y la animaron a probarlo aunque fuera una vez, para disfrutar del momento sin tener que comerse la cabeza después.

Parpadeó al ver que él le tocaba el hombro, consiguiendo que se centrara en lo que le estaba diciendo, abandonando los pensamientos que la devolvían una y otra vez al pasado.

—Igualita a mi tío, en serio. Estoy seguro que te llevarías muy bien con Niall. Sois tal para cual.

—¿Los dos somos únicos e irrepetibles? —ironizó ella, cruzándose de brazos. De nuevo, su lado defensivo hacía acto de presencia. «Ataca antes de ser atacada» era uno de sus muchos lemas.

—Más bien, yo diría... testarudos e intransigentes.

Adela sopesó sus palabras unos segundos, aceptándolas.

—Ese Niall ya me cae bien. Además, el ser testarudo es una virtud.

Roderick rompió a reír, disfrutando de la disputa verbal que estaba teniendo con esa mujer. Le gustaba su forma de pensar, cómo era capaz de devolverle la pelota cuando se la lanzaba a su campo, sin importarle lo que pensara de ella. Le asombraba ver que se mostraba tal y como era, sin importarle nada. Pero lo que más le gustaban eran sus ojos, tan sinceros, directos, mostrándole con claridad lo que pensaba. Era capaz de hacerse una idea de lo que le gustaba o no, con solo mirarla a los ojos. Esa mujer tenía algo que le atraía, y eso que era muy diferente a las compañeras de cama que había tenido a lo largo de su vida. Y, sin embargo, quería follar con ella. Así de claro. Sin palabras de por medio, solo sentir y descubrir su cuerpo.

«Tienes un problema», escuchó una voz en su mente.

«Cierto», reconoció para sí mismo.

Dos meses sin sexo le estaban pasando factura.

Dos meses sin...

—Ahora eres tú el que no me estás haciendo ni caso.

Escuchó la voz de ella. Roderick parpadeó y esbozó una sonrisa, compartiendo el humor que podía ver en el hermoso rostro de la mujer que tenía ante él. Era encantador verla sonrosada, y no podía evitar imaginarla desnuda en su cama, sudorosa, enrojecida por el placer y temblorosa por el orgasmo...

—Vamos a por ese café. —La invitó con un gesto a que entrara ella primero al *hall* del hotel. La llevaría a la cafetería, tomarían algo y...

«Y... ¿Qué? ¿Le dirás que suba contigo a tu habitación para conocerla mejor?».

¿Qué iba a hacer con ella?

—Invitas tú.

Roderick volvió a reír, siguiéndola al interior del hotel.

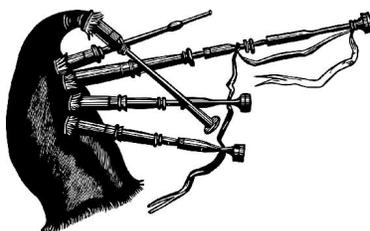
Estaba jodido.

No tenía ni idea de qué iba a hacer.

Lo único que tenía claro era que cada minuto que pasaba con esa extranjera... su "pequeño soldado" quería ganar la batalla... unas cuantas veces.

Y dudaba que fuera suficiente para los dos.

CAPÍTULO 7



—¿Dejas la ciudad, entonces?

Adela asintió con un gesto de la cabeza antes de darle un sorbo al café que estaba degustando. Riquísimo, por cierto. No se parecía en nada al que tomara para desayunar.

Dejó la taza humeante en la mesa y acabó respondiendo:

—Sí, mañana.

Roderick la miró con atención, asombrándose al ver que era un libro abierto. No escondía sus emociones, sino que las mostraba sin pudor. Le fascinaba y atraía que fuera tan cercana, y no ocultara nada, expresando lo que pensaba sin dobleces, sin dudarle, enfrentándose a las consecuencias de sus palabras y sus actos.

—¿Por qué? —se interesó curioso, mientras removía su té con leche. Tuvo que pedir un azucarillo al camarero. Estaba muy amargo y la sacarina no le diera el dulzor que a él le gustaba.

—¿Por qué te interesa? —acabó soltando ella otra pregunta. Sí, era una manía muy gallega responder con otra pregunta pero, de verdad, quería saber por qué a él le interesaba si se iba o no se iba de Edimburgo. No eran amigos, de hecho, ni siquiera se conocían si no contaba las veces en que “tropezaron” de la manera más desastrosa y curiosa del mundo; ¿por qué quería saber el motivo de su “huída” de Edimburgo?

Él alzó las manos antes de responderle:

—Eh, ¡haya paz! Solo era una pregunta inocente. No busco nada oculto en saber por qué dejas la ciudad. Es pura curiosidad y para tener un tema del que hablar mientras disfrutamos de nuestra mutua compañía.

Adela suspiró y cerró los ojos antes de volver a mirarle a la cara. No sabía cuánto tiempo llevaban en la cafetería del hotel aunque estaba disfrutando de esa especie de... cita. *BatKilt* tenía un sentido del humor que le gustaba mucho, ácido, directo y parecía que estaba cómodo con su manera de ser. Reconocía que a veces, en demasiadas ocasiones, era muy borde y mal hablada. Desconfiada por naturaleza, tenía la mala costumbre de responder con otra pregunta y de actuar sin pensar en las consecuencias. Si fuera capaz de pensar fríamente en las cosas antes de actuar, no estaría en aquel lío, no tendría que dejar la ciudad de esa manera y aún seguiría trabajando.

Se encontraba en una época de su vida en la que lo veía todo negro y era incapaz de sacar algo positivo tanto de su aspecto físico como de su situación personal y emocional. No quería ni pensar en lo que le diría un experto... ¿para qué definir lo que estaba experimentando? Era una mala época, solo eso, y estaba segura de que vendrían tiempos mejores. Siempre lo había creído. ¿Acaso no decía el refrán que después de una tormenta llegaba la calma? La tormenta de su vida era una jodida mierda, pero estaba deseando adentrarse en el futuro con optimismo, luchando para ser feliz y cumplir, al menos, algunos de sus sueños.

«Siempre te queda la opción de regresar a casa», escuchó una voz en su cabeza.

Su “Pepito Grillo” particular era muy molesto, apareciendo cuando menos se lo esperaba o, más bien, cuando nadie le pedía su opinión.

«¿Qué casa?», ironizó, mandándole a la mierda. «No puedo regresar a la de mi abuela. Ese ya no es mi hogar y no pienso ser la chacha de nadie. Y menos de esos malcriados a los que tengo que llamar primos».

—Está bien, guardaré la espada —se burló Adela, rompiendo el silencio que se formara entre ellos. Paseó la mirada a su alrededor, admirando la decoración de la cafetería. Era como estar en otra época, con grandes techos blancos, paredes con detalles en tonos oro y vajilla que parecía ser de gran valor.

Nota mental: no tirar nada al suelo y tampoco romper nada por culpa de un descuido. No tenía ni idea de si le harían pagar la

factura de los destrozos y no podía salir huyendo, otra vez, temiendo ser detenida si era denunciada.

Ya veía su cara en carteles de «Se busca», colgados en las farolas de las calles y...

¿Quién dijo que no tenía imaginación para escribir una novela? La pena era que no tenía paciencia, ni ganas para ponerse a escribir.

—No sabes cómo te lo agradezco. No estoy acostumbrado a tener que esquivar golpes directos a...

—Y tú, ¿por qué estás en la ciudad? —le interrumpió Adela, para que dejara de insinuar que ella le atacaba verbalmente porque sí, era borde, pero vamos, él tampoco se quedaba atrás.

Roderick sonrió y optó por dar otro sorbo a su té, paladeando el dulzor de la infusión. Era el único de su familia que disfrutaba de ese pequeño placer, no era nada cafetero y, por más que lo intentara, nunca lo sería. El café era demasiado amargo, con un sabor que se te quedaba pegado en la lengua y que le revolvía el estómago, además de que la cafeína le alteraba y si lo tomaba por la tarde podía desvelarle parte de la noche.

Depositó la taza en la mesa y acabó respondiendo:

—Por negocios.

Adela esperó que desarrollara esa simple frase, sin embargo, al ver que no lo hacía, que se la quedaba observando en silencio con un esbozo de sonrisa en los labios, acabó insistiendo:

—Negocios, ¿qué tipo de negocios?

—Turismo. Toda mi familia se dedica al turismo y, por este motivo, estoy en Edimburgo, para buscar nuevas rutas que ofrecer a nuestros clientes.

—Qué interesante, debe ser muy divertido trabajar en eso.

Roderick rio echando la cabeza hacia atrás.

—Sí, sobre todo cuando te llaman para informarte a la una de la madrugada que la almohada no está lo suficiente mullida o que no saben usar la grifería del baño.

Adela se carcajeó más que nada por las muecas que puso el hombre. Se lo podía imaginar. En el hostel en el que se alojaba, se hospedara una pareja joven de recién casado dos días y consiguieron revolucionar a todos, no solo por sus alaridos mientras

practicaban sexo sino también cuando se encaraban con los dueños por cualquier detalle que no les gustara de su habitación.

—Te comprendo, he trabajado en varios restaurantes y conozco de primera mano cómo hay gente que es mejor... echar de comer a parte. —«Sobre todo, los jefes; he tenido muy mala suerte con los que me han tocado. No valgo para camarera, lo admito. No soporto a la gente ni soy capaz de poner buena cara cuando tengo un mal día», reconoció para sí misma, haciendo memoria de su escasa experiencia laboral en este campo.

Cinco meses trabajando sin contrato y unos quince días en Edimburgo de los que no llegó a cobrar nada. No eran recuerdos que destacaría, más bien, le recordaban lo deprimente que era enfrentarse al mundo laboral en el que no eras nada si no tenías estudios y pese a tenerlos... te hacían sentir que los diplomas no eran más que papel mojado que servían de excusa para no contratarte al estar “demasiado” preparada para el puesto de trabajo.

—Así que eres camarera y...

—Soy cocinera, aunque nunca esperé serlo —murmuró para sí, pero él la escuchó.

Extrañado, Roderick le preguntó mientras la observaba con atención, admirándola. Pese a que lucía ropa deportiva que había tenido días mejores, una coleta alta de la que sobresalían algunos mechones rebeldes, lo que más le llamaba la atención era su expresivo rostro; sobre todo, sus ojos.

—¿No eres cocinera de vocación?

Adela volvió a reír pero esta vez con un eco de amargura en su tono.

—No, nunca he deseado trabajar entre fogones y encerrada en una cocina; aunque no me quedó más remedio que hacerlo. Cuando no tienes dinero debes enterrar tus sueños y enfrentarte a la realidad. Aunque, además de cocinera, soy auxiliar de enfermería y de veterinaria —expuso con orgullo. Quizá para la mayoría de la gente aquello no fuera nada, pero a ella le costó conseguir los diplomas y disfrutó mucho en las prácticas, tanto en el hospital como en la clínica veterinaria. Eso sí... nunca olvidaría que tuvo que

desistir de estudiar Biología, aquel era un sueño que quedara olvidado y enterrado hacía años y que nunca se haría realidad.

Se hizo el silencio tras su confesión, un instante mágico de comprensión que los conectó cuando Roderick la tomó de la mano, acariciándole con ternura.

No pudo mantenerle la mirada, así que la clavó en el pulgar del hombre que la acariciaba con dulzura. Aquel gesto la reconfortó y estuvo a punto de ponerse a llorar al ver que él no la juzgaba, ni se atrevía a agobiarla con consejos que no llegarían a ningún lado.

¿Cómo era posible que un total desconocido pudiera hacerla sentir así y, en cambio, cuando intentaba hablar de esto con su familia... la hacían sentir que era una fracasada que debía dejar de soñar y madurar de una vez?

—¿Qué querrías hacer si pudieras?

Adela sonrió y tragó con dificultad, con la vista clavada en su mano, en esas suaves caricias que no se detuvieron pese a la pregunta.

Ella alzó la cabeza y le miró a los ojos antes de tomar una decisión. Iba a lanzarse a la piscina de cabeza, sin pensarlo dos veces. La vida era demasiado corta. Haciendo un repaso a todo lo que vivió y perdió, estaba cansada de sentirse una fracasada que esperaba sentada a que le sucediera algo que cambiara para siempre su vida. Debía levantarse y luchar con sus propias manos para conseguir lo que pudiera alcanzar.

«¿Qué querrías hacer si pudieras?», resonó esas palabras en su mente, una y otra vez, sin saber realmente qué responderle. No le gustaba pensar en lo que pudo ser; si lo hiciera, su vida habría sido un caos lleno de dolor y amargos recuerdos.

Debía mirar hacia delante sin pensar tanto en el pasado, sin agobiarse por lo que no pudo ser, y centrarse en el presente. Quería ser feliz y ¡coño! iba a serlo.

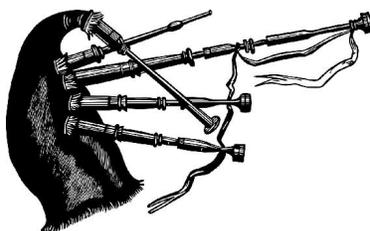
Así que...

—Lo que me gustaría es...

Su respuesta atrajo la atención del camarero que pasaba por su lado y que estuvo a punto de dejar caer la bandeja que llevaba en las manos. Pero no fue el único sorprendido...

La primera fue la propia de Adela que nunca en su vida creyó que sería capaz de pronunciar aquellas las palabras... y que iban a cambiarlo todo para siempre.

CAPÍTULO 8



¿Cómo había acabado así? No se lo explicaba, bueno sí, fue ella quien se lo pidió pero...

Adela chilló cuando perdió el equilibrio al chocar contra el borde de la cama y acabó tumbada sobre la colcha. Respiraba con dificultad y notaba un escalofrío que le recorría el cuerpo y se acumulaba en su vientre exigiéndole que cumpliera su deseo.

—*Cho breagha. Mar a tha mi a 'guidhe dhut boireannach.*

—No te entiendo —murmuró con voz enronquecida ante lo que su escocés le estaba susurrando.

Roderick se pasó una mano por la cara, en un gesto de nerviosismo, mientras intentaba calmarse, algo que le estaba resultando imposible.

—En estos momentos no puedo pensar con coherencia.

—Ya, yo tampoco, así que menos hablar y más besos y caricias. ¿Por qué aún sigues vestido? ¡Quítate la ropa!

Adela estuvo a punto de reír al ver la expresión que puso *BatKilt* ante sus palabras. Lo había dejado sin habla, totalmente sorprendido; y oye, era algo nuevo en su vida. Nunca fue tan atrevida, en cuestión de relaciones tuvo pocas y con finales desastrosos, más bien, eran intentos de relación que no llegaron a ninguna parte y que resultaron una decepción absoluta que la acabó marcando. Pero le gustaba esta nueva faceta de ella. Quizá fuera porque apenas conocía a ese hombre, lo que estaba haciendo era algo que no tenía futuro ya que ella se iría al día siguiente de la ciudad o porque realmente estaba naciendo Adele... daba igual, lo

único importante era que se había atrevido a dejarse llevar por las sensaciones y el deseo, llegando a expresar en alto lo que quería:

«Lo que me gustaría es subir a una de las habitaciones y follar contigo», recordó la frase que le soltó en la cafetería y que fue el inicio de lo que estaba pasando.

No se arrepentía. En cuanto la besó a la entrada del ascensor... todas las dudas que le surgieron al ver que él se levantaba velozmente e indicaba al camarero el número de su habitación para que le cobrara la consumición, se esfumaron de su mente y de su corazón.

Nunca tuvo sexo por el mero hecho de sentir placer. Iba a ser su primera vez. Y creía haber elegido bien al “afortunado” que la iniciaría en el mundo del sexo sin amor.

«¿Por qué siempre me tengo que comer la cabeza con todo lo que hago?», pensó mientras repasaba con los ojos el cuerpo del hombre que tenía ante ella. Le resultaba muy erótico, sexy... un bocadito de chocolate que quería lamer y saborear. Tenía algo que la atraía y eso que no era como esos modelos que salían en los anuncios de televisión y que servían de musos para muchas de las escritoras que seguía por Facebook. Roderick era un hombre real, con una personalidad atrayente, una sonrisa que le producía escalofríos, un timbre de voz muy erótico y un cuerpo que la hacía soñar despierta y suspirar de deseo.

No tenía ni idea de cómo pudo soltarle semejante frase, pero tras ver su reacción, supo que no era la única que tenía eso en mente, que él también sentía la magia que existía entre los dos cuando estaban juntos.

Química. Una simple palabra que englobaba muchas sensaciones, sentimientos y reacciones. Y entre ambos esa química era explosiva, por lo menos, por parte de ella.

Tenía que reconocerlo, desde que lo vio por primera vez, no podía sacárselo de la cabeza, era como un eco que aparecía cuando menos se lo esperaba y la dejaba con el caramelo en la boca, recordándole que no podía morderlo ya que ella no era... ¿un bellezón? No estaba pasando por su mejor momento, sin trabajo, con baja autoestima, con mil y una dudas acerca de su futuro, deseando que le pagaran a inicios de mes la pensión de orfandad

para poder disponer de algo de dinero y con su propia mente en su contra, que no dejaba de decirle que debía regresar a Galicia ya que no tenía futuro en Escocia.

¿Cómo Roderick iba a fijarse en ella si cada vez que se encontraban lo que sucedía parecía sacado de una mala comedia?

Pues se equivocaba. Él lo había hecho, o al menos, eso le dejaba claro por cómo la besaba, con esa pasión que estaba a punto de consumirla.

No pudo evitar jadear mientras era devorada por aquel hombre, sin importarle que no estuvieran solos en el *hall* del hotel frente a los ascensores que los llevaría a su habitación. Qué oportuno que tuviera habitación en ese hotel, si fuera la de siempre pensaría mal, recreando una visión de todo lo sucedido en la que él quedaría como un manipulador que la había llevado a la cafetería con la esperanza de tenerla en su cama. Pero en esos momentos, la Adela del pasado estaba calladita en un rincón de su cabeza, disfrutando de aquellas sensaciones, del fuego que la abrasaba desde dentro, amenazando con hacer estallar por los aires su propio placer.

Antes de que pudiera seguir pensando en lo que estaba sucediendo, su mente quedó en blanco en cuanto él se acercó hasta quedar recostado sobre ella, mirándola con pasión y acallando cualquier vestigio de coherencia en cuanto la volvió a besar.

Resultaba excitante la urgente necesidad de alcanzar la liberación, de ansiar un orgasmo que hiciera temblar toda su existencia. Ya no se acordaba de la última vez que tuvo sexo y desde que llegara a aquella ciudad ni siquiera se había tocado a sí misma, olvidándose por completo de ese tema.

Gimió cuando comenzó a besarla y a la lamer su cuello, un punto muy sensible en su anatomía. Él lo notó porque le mordisqueó la zona cercana a su clavícula, lo que provocó que ella gritara y se arqueara de puro placer, instándole a que avanzara, que le quitara la ropa y le dejara sentir su piel.

Roderick rompió a reír ante la urgencia de las palabras y acciones de la mujer que tenía en sus brazos. No entendía muy bien lo que decía ya que lo gritaba en español, pero se hacía una idea de lo que sería.

Ella era muy clara, se mostraba tal y como era y eso le excitaba. Le resultaba un aire fresco el que no quisiera engañarle, mostrándole solo lo mejor y ocultándole sus defectos. Sus anteriores parejas lo habían hecho y no le gustó descubrir que algunas de ellas eran superficiales, que solo se fijaban en el exterior, desechando lo más importante, lo que guardabas en el corazón y en el alma.

Había estado con mujeres muy hermosas, modelos, azafatas de vuelo, cirujanas de renombre en su ciudad... pero ninguna logro que se sintiera libre para mostrarse como era, ni tampoco quedaran grabadas en su mente, de tal manera, que las buscara cuando iba por la calle o deseara volver a verlas.

En cambio, esta extraña joven consiguió perseguirlo con su recuerdo. Quizá fuera por la manera en que se había conocido, pero lo único cierto era que cuando se reencontró con ella en la oficina de turismo estuvo a punto de gritar de alegría, ya que no iba a desaprovechar esa oportunidad para conocerla mejor.

Y ahora...

Roderick abrió los ojos y se separó un poco para poder contemplarla, admirando el rubor que cubría sus mejillas, sus labios entreabiertos y enrojecidos por sus besos...

—Joder... no tienes ni idea de cómo me excitas —murmuró con voz enronquecida, admitiendo algo que le asombraba. ¿Era posible comportarse como un adolescente que se dejaba llevar por las hormonas? Sí, sí era posible, pese a tener treinta y ocho años.

Ella entreabrió los ojos y le miró. En cuanto sus miradas conectaron notó la tensión que existía entre los dos, y que tenía intención de explorar hasta que ambos explotaran de placer, disfrutando con intensidad de ese encuentro.

«Pero ¿te sentirás saciado con una sola vez?», se preguntó, sabiendo al momento la respuesta.

No, no le saciaría follar una vez con ella, estaba seguro de que querría repetir, hasta que el fuego que esa mujer avivaba en su interior se consumiera y acabara apagándose como siempre le sucedía cuando salía un par de veces con la misma persona.

Nunca se había enamorado y dudaba que pudiera hacerlo.

¿Cómo podía desear estar solo con una mujer cada día de su vida? ¿Qué podía ofrecerle para saciar su mente, su cuerpo y su

corazón?

No creía en el amor para toda la vida y era el típico que odiaba las bodas, considerándolas una pérdida de tiempo y de dinero que solo conducía al divorcio. Un año, dos... diez... daba igual, sus amigos se habían divorciado con el paso de los años.

«¿Y tus padres? ¿O tu hermano?», de nuevo intervino esa vocecilla que se burlaba de él cuando se ocultaba una parte de la verdad a sí mismo para convencerse de que lo que estaba pensando o haciendo era lo mejor para él.

Ellos eran una excepción que ocurría en muy contadas ocasiones, parejas que sobrevivían al paso del tiempo, a los problemas que surgían día a día, a la rutina de los años y a la tentación de los extraños y extrañas que aparecían en sus vidas haciendo tambalear sus matrimonios.

—Tierra, llamando al escocés.

Roderick parpadeó al escuchar la voz de la joven. La miró a los ojos e hizo un sonido que bien podía ser: «¿qué sucede ahora?».

—Te has quedado parado como una estatua. ¿Quieres follar o prefieres que lo dejemos aquí? —le espetó ella, dudando si él realmente la deseaba. Si no, ¿por qué se había quedado quieto sin hacer nada? ¿Quizá no sabía cómo decirle que no tenía ganas? No sería la primera vez que se encontrara con un hombre que al final... se apartaba al no poder... “activar” a su soldadito.

Él negó con la cabeza y acabó confesando:

—Claro que te deseo, ¿no lo notas? Estoy duro por tu culpa.

—¿Y por qué te quedaste...? —Adela no pudo acabar la frase ya que volvió a besarla, buscando jugar con su lengua al acariciarle los labios para que se abriera a él. En cuanto lo hizo, gimió ante la corriente eléctrica que le recorrió el cuerpo al instante en que notó cómo la acariciaba y la excitaba con sus caricias.

Ok. La deseaba.

Menos mal porque estaba caliente y quería tener un orgasmo de esos que describían en las novelas románticas que tanto le gustaban y que, en muy contadas ocasiones, experimentó, y en la mitad de ellas... era porque se acariciaba a sí misma...

No dejaron de besarse mientras comenzaban a despojarse de la ropa, tirándola sin miramientos al suelo. Jadearon ante el primer

contacto de piel con piel, disfrutando de ese instante mágico que era el inicio de un encuentro que los marcaría a los dos.

Adela se estremeció cuando notó cómo le lamía el cuello, descendiendo de manera lenta y seductora por su cuerpo hasta detenerse en sus pechos.

—Tan hermosa —murmuró Roderick, antes de atrapar un pezón entre sus labios y jugar con él, satisfecho al ver la reacción de su amante. Ella era muy sensible y se arqueaba buscando más contacto, indicándole con sus gestos que estaba disfrutando de lo que le hacía.

Necesitaba explorarla más, probar cada centímetro de su piel, memorizar cada uno de sus gemidos y temblores, cada palabra que le gritaba cuando estaba perdida en el placer...

Joder, quería follarla. ¡Ya!

—¡Más! —chilló Adela en castellano con voz enronquecida, arañándole la espalda y empujándola hacia ella para que siguiera torturándola con aquellas caricias. No tenía ni idea de que sus pezones y sus pechos fueran tan sensibles, pero ahora que lo sabía... ¡Anhelaba más!—. No te detengas, ¡coño!

Roderick detuvo sus caricias y se movió hasta encontrarse con su mirada. Le sonrió, disfrutando al ver la impaciencia brillar en sus ojos y le replicó, echándole en cara sus propias palabras:

—Ahora el que no te entiende, soy yo. Me estás hablando en español.

—Jódete —le espetó Adela, regresando al inglés. ¿Cómo le podía pedir que pensara con coherencia cuando se estaba quemando por dentro? Cuando notaba cómo todo su cuerpo se volvía mantequilla y todo por culpa de esos malditos labios y manos que la acariciaban, besaban, mordisqueaban y lamía sus pechos y pezones.

Roderick echó la cabeza hacia atrás y se rio, disfrutando de aquel encuentro. No solo era sexo, esa mujer le ofrecía absoluta naturalidad y sinceridad tanto con sus gestos como con sus palabras.

—Eso es lo que estamos haciendo, preciosa. ¿Quieres que continúe lamiéndote o prefieres que hablemos y...?

No pudo acabar la frase, puesto que, esta vez, fue ella quien le besó, buscando sus labios con desesperación y unas ansias que amenazaban con dejarla sin aliento.

Cuando se separó apenas unos centímetros le susurró, entremezclándose sus respiraciones entrecortadas:

—¿Tú qué crees? —se burló, arqueándose contra él, buscando más contacto. Lo quería desnudo, del todo, para sentir su piel y poder notar el estallido del placer con un orgasmo de película—. ¡Quítate la ropa! Quiero verte desnudo —le exigió, sin desviar la mirada de sus ojos, sintiéndose atrevida, libre, ansiosa por saborear el placer que él prometía con sus acciones.

Ahora que lo pensaba... ¿Por qué antes nunca tuvo sexo sin amor?

«Porque no había conocido a Roderick», se respondió a sí misma.

Y era cierto, *BatKilt* había atravesado el escudo con el que se protegía desde hacía años. No sabía explicar muy bien cómo se sentía, ni qué estaba sucediendo en su mente y en su corazón; quizá fuera el mal momento que estaba atravesando, pero por primera vez en su vida se sentía libre. Quería ser la dueña de sus acciones, de su destino, poder disfrutar de una buena sesión de sexo sin tener nada más en mente, sin esperar flores o una llamada que nunca llegaba.

Cuando aceptó tomar un café con él no tenía en mente acabar en una habitación, desnudándolo con la mirada y ordenándole que se dejara de tonterías y se quitara de una maldita vez los pantalones; pero... ¿por qué no podía dejarse llevar por el deseo? ¿Por qué no dejar de lado la necesidad de encontrar un hombre con el que formar una familia a la que llamar suya? ¿Poder sentirse amada, querida, protegida, tener a alguien a su lado que la hiciera mejor persona, que sacara lo mejor de ella y la acompañara en los buenos y en los malos momentos?

¿Era pedir mucho? Pues, lamentablemente, sí, lo era.

La realidad era muy diferente a los sueños. Los hombres que había conocido eran unos egoístas que solo se preocupaban por ellos, que la usaban y la tiraban cuando ya no les interesaba o

“dejaban” de desearla, buscando a alguien más joven o con más tetas.

No había tenido suerte en el amor, ni tampoco en el sexo. En contadas ocasiones lograra llegar al orgasmo sin haberse tocado a sí misma, animando a su cuerpo a alcanzar ese punto de estallido que era una cresta de placer que durante unos segundos te vaciaba la mente, te alteraba el cuerpo y conseguía que sintieras un éxtasis en el que nada más importaba.

Adela soltó un chillido cuando notó cómo le movía las piernas.

—Ahora quién es la que está en las nubes, preciosa —se burló Roderick, sonriendo al notar cómo las mejillas de su amante enrojecían por la vergüenza. Era hermosa, con una belleza que atrapaba y te hacía desear conocerla más. Le gustaban sus carnosos labios... Ummm... esos labios acogiéndolo, lamiéndolo... Tragó con dificultad y alejó las imágenes que cruzaban su mente, centrándose en la mujer que lo miraba con los ojos entrecerrados.

—*Touché* —susurró ella antes de moverse para poder quitarse el pantalón y la ropa interior, quedando desnuda ante él.

Decir que estaba nerviosa, era quedarse corto. Estaba atacada, a la espera de ver cómo reaccionaba cuando la viera desnuda. No tenía un cuerpo perfecto, y había muchas cosas que le gustaría cambiar, pero era demasiado perezosa para comenzar una dieta o hacer ejercicio para tonificar los músculos y perder esos kilos que le sobraban. Luego estaba el tema de las estrías. ¿Por qué demonios tenían que salir por todos lados? ¡Y eso que se echaba crema hidratante! Bueno... de vez en cuando, sin embargo, no era normal la cantidad de estrías que tenía, pero ya eran blanquecinas y sabía que por más aceites y cremas “milagrosas” que se echara, la acompañarían hasta el último día de su vida.

El momento de incertidumbre por suerte duró poco.

—¡Joder! Necesito tomarte ya —reconoció Roderick, con voz enronquecida, la mirada brillante de agonía y el cuerpo perlado de una fina capa de sudor. Estaba duro, a punto de eyacular y todo por la visión de una mujer que lo acosaba en sueños y a quien buscaba cuando iba paseando por la ciudad. Esa española le había golpeado con fuerza con sus cortantes respuestas, su franqueza, su mirada inocente y a la vez precavida, sus labios... Esos labios...

Con rapidez se desabrochó el pantalón y liberó su miembro, agarrándolo con una mano, acariciándolo lentamente de arriba abajo al tiempo que decía:

—No dudes que no te deseo, mira cómo me tienes. Estoy duro por ti y apenas logro controlarme para no follarte ahora mismo.

Adela tragó con dificultad y admiró el torso musculado de *BatKilt* y su “gran soldadito”. No era de comparar pero... era más grande y ancha que las de sus anteriores parejas. ¡Un punto para el escocés!

Jadeó cuando vio cómo se acarició a sí mismo.

¡Otro punto más para él!

¿Cómo podía ser aquello tan erótico? ¡Quería verlo llegar al orgasmo por sus propias manos! ¿A eso se le podía llamar una fantasía sexual?

Sí, creía que sí.

—Tócate —le murmuró con voz trémula, tomando una alocada decisión. ¿Por qué no hacerlo? ¿Qué se lo impedía? Su vergüenza. Sí, ese era un impedimento, pero lo había sido a lo largo de su vida, convirtiéndola en mera espectadora, viendo pasar oportunidades que nunca volverían a ponerse en su camino. ¿Por qué dudar? ¡No lo haría! Sin pensarlo mucho, comenzó a acariciarse a sí misma, con una mano en uno de sus pechos, amasándolo y pellizcando su pezón y con la otra, sumergiéndola entre sus pliegues encontrándose que ya estaba húmeda y muy sensible—. Quiero ver cómo te corres conmigo. Sin tocarnos —le indicó, esperando a ver qué opinaba él, si le iba a seguir el juego cumpliendo una de sus descubiertas fantasías sexuales.

Roderick se quedó sin habla al ver cómo ella comenzó a masturbarse, arqueándose hacia él, cerrando los ojos y gimiendo con los labios entreabiertos. Se quedó con la mirada clavada en los dedos que se movían entre sus pliegues.

Quería quitarlos, ser él quien la lamiera, quien la tocara, poder sumergirse en su interior de una estocada y bombear hasta que ambos explotaran de placer, pero no hizo nada. Se quedó observando hipnotizado por sus movimientos, por cada sonido que brotaba de sus sonrosados labios.

—Joder, nena, dónde has estado todos estos años —murmuró sin saber realmente lo que decía, mientras comenzaba a tocarse a

sí mismo. Haría lo que ella le pedía. Era excitante ver cómo se masturbaba ante él, sin restricciones, mostrando sin pudor cómo le gustaba tocarse, sin vergüenza, disfrutando plenamente de aquel acto tan íntimo. Le ponía mucho. Era la primera vez que le pedían algo parecido y se sorprendió al sentir que él también lo quería, que iba a disfrutarlo.

Comenzó a bombear su polla, acariciándola desde la base hasta la punta, apretándola levemente cuando llegaba a rozar sus testículos, aumentando el ritmo de las caricias, para volver a uno más pausado; evitando de este modo eyacular antes de que ella llegara al orgasmo.

Quería ver cómo ella gritaba de placer antes de dejarse llevar por el suyo propio y correrse sin restricciones.

Adela entreabrió los ojos mientras dejaba de acariciar el clítoris al notar que estaba muy cerca. Quería disfrutar de aquel instante, alargarlo cuánto pudiese.

Gimió cuando posó los ojos sobre él. ¡Por Dios, qué sexy era!

—Más rápido. Tócate más rápido —le suplicó al ver cómo se acariciaba.

Roderick gruñó y tragó con dificultad, apretando la base de su miembro.

—Tú también. Quiero ver cómo gritas mi nombre cuando te corras. Hazlo, nena. Córrete para mí.

Sin dejar de mirarse, retomaron las caricias, disfrutando de aquel mágico momento, descubriendo nuevas sensaciones, dejándose llevar por el placer, notando cómo el fuego que nacía en su interior se avivaba con la visión del otro hasta explotar y amenazar con consumirlos a los dos.

Adela luchó por no cerrar los ojos mientras masajeaba su clítoris humedecido por sus jugos y se penetraba a sí misma con tres dedos, abandonando sus pechos; centrándose en alcanzar un orgasmo que iba a hacerla estallar. Hacía tiempo que no disfrutaba como lo estaba haciendo, sintiendo esa agonía de querer llegar pero deseando alargar esa espera todo el tiempo que pudiera.

Era una dulce y deliciosa tortura que no deseaba que acabara.

Quería verle. Contemplantarle mientras se masturbaba, mientras bombeaba su gran erección, sonriendo internamente de orgullo al

saber que él estaba en ese estado gracias a ella.

No obstante, no era la única que estaba disfrutando de lo que estaba viendo.

Roderick estaba luchando por no eyacular sobre la mujer. Apretaba los dientes y se maldecía por dentro al notar que estaba a un paso de estallar, que no iba a poder aguantar mucho más. Esa mujer lo volvía loco, debía reconocerlo, aceptarlo y disfrutar de las locuras que le ofreciera, temiendo que no tuviera suficiente con ese encuentro, deseando poder conocerla más. Descubrir lo que ocultaba tras esos desconfiados ojos y...

—¡Joder! —masculló antes de perderse en el brutal orgasmo que sacudió su cuerpo e hizo que eyaculara sobre el vientre femenino. Él estaba de rodillas entre las piernas entreabiertas de ella, que no dejaba de acariciarse frenéticamente mientras con la mano con la que se penetraba a sí misma, abandonaba su interior para tocar su semen y...

Roderick siseó al notar cómo volvía a estar erecto. Ver cómo ella rozaba con los dedos su semilla fue un golpe brutal a su deseo. Quería marcarla con su esencia, correrse en su interior, que ella lo tomara en la boca y...

No pudo continuar. Se quedó sin aliento cuando contempló cómo Adela llegaba al orgasmo. Aquella visión lo torturaría más tarde... aunque esto no lo supiera en esos momentos.

—Eres tan hermosa —reconoció sin dejar de admirarla. Sonriendo al ver que gritó cuando alcanzó la cima del placer y todo su cuerpo tembló antes de quedar lánguida y con los ojos cerrados sobre la cama, luchando por respirar con normalidad mientras los vestigios del orgasmo recorrían cada terminación nerviosa.

—Mírame, preciosa —le indicó. Cuando ella entreabrió los ojos contemplándole con esas brillantes orbes que le recordaban al chocolate fundido, continuó—: Esto solo acaba de comenzar. Ahora voy a lamerte hasta que vuelvas a correrte y cuando lo hagas te follaré, rápido, duro, lento y suave, hasta que pierdas el control. ¿Alguna objeción? —Se sintió tentado a lanzarle aquel reto, disfrutando que ella tuviera carácter y que no dudara en decirle a la cara lo que pensaba en cada momento.

Soltó una carcajada. Cómo no hacerlo.

Como respuesta, ella se movió, entreabriendo más las piernas.

—Llevo con ganas de postre desde que te conocí —admitió Roderick antes de disponerse a cumplir su promesa.

Lamerla.

Follarla.

Repetir.

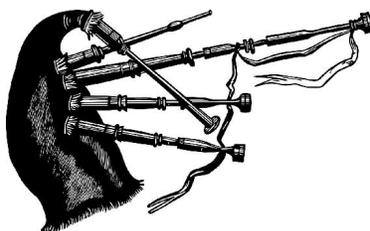
No tenía suficiente de ella.

Quería más.

Temía acabar condenado por culpa de una mujer, de aquella española de lengua afilada, mirada incisiva y cuerpo de infarto que lo volvía loco.

Pero, en esos momentos, no podía pensar en nada, solo... quería sentir.

CAPÍTULO 9



Seis.

Ese era el número de orgasmos que tuvo en menos de dos horas.

No se lo creía.

Adela se estiró en la cama y contempló el techo de la habitación, sonriendo de pura felicidad. Estaba agotada, con el cuerpo relajado y algo dolorido, el corazón le bombeaba alocado en el pecho y no podía dejar de sonreír.

Quién le iba a decir que seguir a su deseo sería tan... satisfactorio.

Pateó el colchón, removiéndose en el sitio, mientras escuchaba el agua de la ducha correr. Roderick debía tener dinero porque la habitación era más bien una *suite* de esas que debían costar un pastón, con un baño tan grande como el antiguo dormitorio en el que creció en el piso de su abuela.

Se tapó la cara con la almohada ahogando un chillido de felicidad al recordar lo ocurrido en las dos horas que llevaba en esa habitación.

Después del primer orgasmo que compartieron, él no perdió tiempo y acabó cumpliendo su promesa, lamiéndola hasta que volvió a estallar.

Lo que siguió era digno de aparecer en el libro del *Kamasutra*. En la cama, en el pequeño sofá que había al lado de la ventana... Ahí, estuvo a punto de protestar ante el temor de que los vieran pero, en el momento en que lo sintió dentro de ella, se olvidó de todo y solo

quería que bombeara duro y fuerte, profundamente, llenándola por completo hasta que volvieran a tocar el cielo.

Y para acabar... en la bañera, o más bien, mini piscina, en la que entraron los dos sin problemas y jugaron hasta que no pudieron aguantar más y acabaron follando de nuevo.

Sí, follando, que aún estaba sorprendida que él fuera capaz de recuperarse de ese modo, deseándola de nuevo nada más acabar.

Nunca en su vida había vivido algo parecido y lo atesoraría para siempre.

«*BatKilt* es un vibrador con piernas», se dijo a sí misma, riéndose en alto de su ocurrencia. Vale, había sonado muy bruta, pero estaba feliz, con las hormonas revolucionando su cuerpo y sintiéndose en una nube, como si fuera una de las actrices que salían en uno de esos anuncios de compresas que eran tan... ridículos. Pues así estaba ella. Con una sonrisa de oreja a oreja, con el cuerpo dolorido por todo aquel ejercicio y con una languidez tal que le entraban ganas de ponerse a dormir, con la esperanza de que al despertar, pudieran volver a la carga, descubriendo nuevas posturas y disfrutando al ver cómo conectaban.

Se incorporó hasta quedar sentada en la cama y buscó con la mirada su ropa, encontrándola esparcida por el suelo. No quería levantarse, eso sería asumir que aquella burbuja estaba a punto de romperse y devolverla a la realidad que era su vida.

¿Y qué podía hacer? Si por ella fuera, se quedaría el resto del día en la cama, disfrutando de otra nueva ronda de sexo, pero debía actuar como una adulta y aceptar que lo que allí había sucedido era solo un espejismo que atesoraría como un recuerdo.

Cuando estaba a punto de levantarse, la sobresaltó el sonido estridente del teléfono de la habitación. Durante un segundo no supo qué hacer. ¿Respondía la llamada o no? ¿Lo dejaba sonar? ¿Quién llamaba allí?

Al final, optó por responder y ver qué sucedía.

—¿Sí? —preguntó con voz dubitativa, mientras miraba de reojo hacia el baño, donde aún escuchaba el sonido del agua. Su escocés se estaba dando una ducha.

—¡Quién eres tú!

Adela se sorprendió ante esa frase. Agarró con fuerza el teléfono y acabó respondiendo:

—Eso debería preguntártelo a ti, ¿quién eres y por qué llamas?

Se escuchó un crujido y un grito en un idioma que no reconoció, antes de que le contestara:

—Soy la novia de Roderick MacKinnon y estoy llamado a su habitación. ¿Quién eres tú? ¿Una de sus putitas con la que intenta darme celos? No eres más que una zorra que se acuesta con hombres prometidos y...

Adela no escuchó nada más. Colgó y se quedó con la mirada clavada en la pared de la habitación, reviviendo una y otra vez aquella extraña conversación.

¿*BatKilt* estaba prometido? ¿Acababa de llamar su novia? ¿Por qué le dolía saber que la había engañado y que era un maldito imbécil que se aprovechara de ella?

¿Por qué se ponía así? Él no le había jurado nada, no mantenían una relación, ni siquiera habían salido juntos, fue ella la que dio pie aquel encuentro, únicamente era un ligue de un día que...

Se tragó las ganas de llorar y se levantó de la cama para recoger su ropa. No sabía por qué la afectaba tanto y tampoco quería analizar sus sentimientos en esos momentos. Lo único cierto era que le dolía ver que él era igual que los demás; te sonreía, te enredaba con palabras bonitas para conseguir lo que quería, para luego devolvarte de golpe a la dura realidad.

Se limpió las lágrimas con rabia y miró a su alrededor. Se vestiría, se iría sin mirar atrás y olvidaría que aquel hombre existía. Era lo mejor. No iba a permanecer ni un minuto más en esa habitación sabiendo que él estaba a punto de casarse. Había engañado a su prometida, la había utilizado a ella, era...

Adela negó con la cabeza y agarró con fuerza su ropa al tiempo que la depositaba sobre la cama, para comenzar a vestirse. Lo hizo con prisas, atenta al ruido que provenía del baño, no quería encontrarse con él, pero, por suerte, él seguía duchándose.

Le entraron ganas de dejarle una nota.

Clara y concisa.

Primero: para insultarle por bastardo.

Segundo: para recriminarle que gastara tanta agua.

Tercero y último punto: para volver a insultarle y asegurarse que supiera que estaba furiosa con él. Tanto que le daban ganas de llorar.

Era una estúpida. Se había liado con el prometido de otra mujer y eso le dolía. Ciertamente, no era ella la que tenía un compromiso, sin embargo, aquello la hacía sentir como la “otra”, la persona que se había metido en medio del proyecto de futuro común de una pareja, de un enlace que para ella era muy importante y que cambiaría la vida de quien se embarcara en él.

No creía en el matrimonio tal y como mucha gente hacía, para ella, era firmar un papel y comprometerse a formar una familia aunque fuera de dos miembros, a envejecer con esa persona queriéndola pese a sus defectos y buscando en todo momento ser feliz y que la hiciera mejor persona, que cada día se sintiera orgullosa de estar a su lado y no tener que pedir ayuda o que la cuidara, lo necesitara o no.

Roderick era un bastardo que merecía que su prometida le diera una patada en el culo y aprendiera así a no jugar con los sentimientos de las mujeres.

Pero antes... ¡Tenía que salir de esa habitación! Alejarse cuanto pudiera. Tal vez, fuera directamente a la estación, después de recoger sus pertenencias en el hostel, y pillaría el primer autobús que saliera para el norte. No podía posponer por más tiempo su viaje.

Sí, eso haría. ¿Por qué permanecer más tiempo en Edimburgo?

Adela estuvo a punto de saltar en el sitio al dejar de escuchar el agua de la ducha. Con puro terror miró a su alrededor para ver si se dejaba algo y fue hacia la salida.

Durante un segundo se le pasó por la cabeza recoger la ropa de él y salir con ella, para dejarlo desnudo pero le pareció una idea absurda. ¿Para qué vengarse de un hombre al que apenas conocía? Con el que aceptó acudir al hotel y acabar en la habitación para tener sexo como una vía de mostrarse a sí misma que había cambiado, que podía vivir sin preocuparse de todo, sin tener presente a la vieja Adela que no dejaba de recordarle todo lo malo que le sucediera en la vida y amargarse por lo que no había conseguido.

¿No quería ser Adele? Pues esa mujer había salido escaldada. Sí que lo había pasado bien en ese cuarto y, sin embargo, en apenas unos segundos... y tras escuchar la voz de su prometida... se había convertido en la otra, sintiéndose desgraciada, engañada y...

«Pero ¿por qué cojones piensas tanto las cosas?», se recriminó a sí misma mientras bajaba las escaleras de dos en dos al no querer esperar la llegada del ascensor, con la idea de alejarse lo más rápido posible.

Adele nunca surgiría, para qué iba a engañarse más.

Nació como Adela, y moriría como Adela, enfrentándose como pudiera a los baches que aparecieran en su camino.

Era necesario que se centrara de una maldita vez, que viera lo que podía alcanzar y lo que no, que se sintiera orgullosa de cada logro y luchara con todas sus fuerzas por ser feliz, aunque eso significara aprender a amarse tal y como era y disfrutar de cada día, pese a que estuviera completamente sola.

Tener a alguien a su lado no era sinónimo de felicidad, lo veía, lo aceptaba y, ahora, había llegado el momento de interiorizarlo y ponerse a sí misma en primer lugar en cada decisión que tomara.

Cuando salió del hotel, echó a temblar. Hacía frío. Observó a su alrededor con nerviosismo y tragó con dificultad, deseando que las lágrimas dejaran de deslizarse silenciosas por las mejillas.

Sabía lo que tenía que hacer, aunque era difícil dar los primeros pasos.

Respiró hondo y sin mirar atrás comenzó a alejarse del edificio, rumbo a la parada del autobús.

Sonrió al ver que estaba a punto de llegar el que le acercaría al hostel, bueno... más bien, la dejaría unas calles más abajo, pero daba igual. Esa línea le valía.

Se dio prisa para llegar a la parada antes de que el bus parara y esperó a que las puertas se abrieran.

Ignoró la mirada de incredulidad y sorpresa de la conductora y pagó el billete, sentándose al final, cerca de la ventana. Fue en ese momento en que soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo. Se quedó mirando sus manos, le temblaban.

Era un manojito de nervios andante que no podía parar de llorar y...

El autobús se movió.

Adela miró hacia la puerta del hotel y estuvo a punto de jadear en alto al ver aparecer a *BatKilt*, vestido únicamente con un albornoz.

«Pedazo de gilipollas, pero qué bueno que estás», pensó con rabia admirándolo. Iba descalzo, con los cabellos mojados, y...

«¡Mierda!», chilló para sus adentros al ver que él miraba hacia el bus. Adela se movió hacia un lado, ocupando el otro asiento para que no la viera.

«¿Qué coño te pasa? Ese imbécil es un infiel con polla. Te engañó, engañó a su prometida, solo quería follarte. Lo consiguió, tú también, ahora tienes que olvidarle», se recriminó deseando que él no la hubiera visto.

Y sí, *BatKilt* era un cabrón, sin embargo, ella era una estúpida porque su corazón latía con rapidez en su pecho al presenciar cómo él salía en su búsqueda.

«Tonta, tonta, tonta...», se insultaba en silencio.

—Perdone, señorita, ¿puede moverse?

La voz de una señora la sacó de ese bucle de emociones en el que se sumergió al verlo.

Se movió y se encontró cara a cara con una anciana que la miraba a su vez como si fuera una loca salida de un psiquiátrico. Le recordó a su abuela, no pudo evitarlo, y al instante, notó como la melancolía la golpeaba con fuerza. La echaba de menos, un día de estos, tenía que llamarla y ver cómo se encontraba pero tenía miedo. ¿Y si conseguía convencerla para que regresara a Galicia? ¿Y si era ella quien se engañaba a sí misma y acababa volviendo a ese hogar con el rabo entre las piernas, sabiendo que no iba a ser bien recibida por el resto de la familia?

No quería pensar en eso, Catuxa era la única madre que conoció mientras creció pero, al mismo tiempo, se convirtió en las cadenas que la ataban a una casa en la que se sentía despreciada. Deseó que volvieran a ser solo ellas dos, pero sabía que no iba a ocurrir, su tío, su tía y sus primos se habían agarrado a esa casa como lapas y no iban a irse del piso. Para ellos les pertenecía sin pensar en que para ella era su hogar.

«¡No pienses más!», se recriminó, alejando los pensamientos que pasaban por su mente atormentándola. Podía regresar en cualquier momento y reconocer que su sueño de iniciar una nueva vida no se había cumplido, pero ahora debía tener la certeza de que sí lo iba a alcanzar.

Su abuela no estaba sola, ella debía entender que necesitaba volar fuera del nido, encontrar su lugar en el mundo y alejarse cuánto pudiera de su tío y sus primos. Podía percibir el odio que sentían por ella y no soportaría tener que vivir con ellos.

No había abandonado a Catuxa, no...

«¡Basta!», se gritó a sí misma al tiempo que se movía hacia un lado, con las mejillas sonrosadas por la vergüenza y siendo incapaz de girarse para no ver la desaprobación en el rostro de esa mujer.

No iba a pensar en nada más que en ella para poder ser feliz, o por lo menos, para intentarlo.

Se quedó mirando el paisaje urbano por la ventana. ¿Cómo había acabado así?

El destino la odiaba.

¿O era el karma? No lo sabía.

Daba igual.

Su sueño de una vida nueva en esa ciudad se había ido al garete.

Ahora...

«Hacia el norte, y... ¡joder! Espero que estaba vez sí», suplicó para sus adentros, con la mirada clavada en el exterior, contemplando la ciudad de sus sueños que, en cuestión de quince días, le había mostrado que su vida parecía más bien sacada de una pesadilla o de una mala comedia de televisión de las que ponían los sábados por la tarde.

—Tome, señorita. Si necesita ayuda, le aconsejo mi doctor. Él me ayudó cuando perdí a mi querido esposo. Las pastillas que recetan son muy buenas y...

«Tierra, trágame», se lamentó Adela al ver que la señora le tendía una tarjeta blanca con letras doradas en las que se leía: «Consulta psiquiatría».

Desempleada. Sin un hogar al que regresar. Mal... bueno eso no, bien follada, pero se había convertido en la otra y ahora... ¿Una loca que necesitaba atención médica?

¿Pastillas? ¡Sí, claro!

Lo que necesitaba era reiniciar toda su vida y...

—No se preocupe, es muy bueno, se lo aseguro. Tome la tarjeta. Si quiere, dígame su nombre y la recomendaré, mañana mismo tendrá cita con el doctor y...

Para evitar tener que responder como realmente quería, Adela le sonrió y comenzó a hablar en español, enumerando los ingredientes que hacen falta para hacer un buen caldo gallego. Total, estaba segura de que la señora no la entendería.

Antes de que acabara de describirle qué hacer con la maicena, se levantó al ver que estaba a punto de llegar a su parada y fue directa a la salida del bus.

En el momento en que el autobús se detuvo y se abrieron las puertas respiró aliviada y dio un paso hacia delante.

—Olla exprés. ¿Por qué esperas dos horas a fuego lento si con la olla exprés lo tendrás en menos de una hora?

Adela miró hacia atrás y estuvo a punto de caer a la acera por la impresión.

—¿Habla español? —le preguntó pese a los gritos de la conductora para que bajara de una vez, y así poder continuar con la ruta.

—Por supuesto, querida, viví muchos años en Valencia. Gracias por la receta y... —Esbozó una sonrisa antes de volver a la carga—. Llame al doctor MacDunn, lo puede encontrar en la guía de teléfonos. Lo necesita.

Sí, bajó del bus antes de que la conductora se levantara y fuera a por ella.

Sí, estuvo a punto de tropezar y pegarse una hostia contra el suelo.

Sí, se puso a reír en medio de la calle sin importarle cómo la miraban los viandantes que pasaban por su lado.

Y sí, estuvo a punto de mirar a su alrededor porque creía que alguien la estaba grabando para un *show* de locuras.

Su vida era una tragicomedia en la que era la protagonista principal.

¿Qué más le podía suceder?

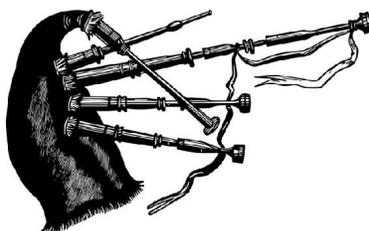
Mejor, no preguntar.

¿Realmente quería saberlo?

No, no lo quería.

¿O tal vez sí?

CAPÍTULO 10



¿Por qué coño tuvo que preguntar? Eso era cómo alentar al destino, al karma o al gilipollas que jugaba con su vida a que le pusiera más trabas con tal de reírse de ella.

Todo fue una montaña rusa de situaciones cómicas. Fue llegar al hostel y ver que su maleta estaba dentro de la habitación, algo que no se explicaba porque se la dejó al cuidado de la dueña. Y claro... los actuales “inquilinos” no estaban por la labor de abrir para permitirle que recogiera sus pertenencias.

Tras una hora, en la que tuvo que esperar a que llegaran los propietarios del negocio, consiguió recuperar sus pertenencias. Menos mal que siempre usaba un candado rosa cuando viajaba; así no se vio en la necesidad de comprobar si le faltaba algo... aunque sí notó que parecía que alguien había intentado abrirlo por la fuerza. Indicó esto, señalando la abertura del candado obteniendo a cambio los gritos e insultos de los ofendidos turistas, quienes no estaban dispuestos a aceptar que les acusara de intentar “robarle”.

Una parte de ella quería seguir insistiendo, ya que le parecía horrible que hubieran intentando romper el candado. ¿Con qué intención? Por curiosidad seguro que no. Pero al final, optó por pasar del tema, sobre todo, cuando los dueños del *Bed&Breakfast* la “invitaron” a abandonar el edificio, deseándole un buen viaje de una manera cortante y forzada.

Tuvo que morderse la lengua pero...

Colgó la mochila a la espalda, sujetó con fuerza el bolso y salió con la cabeza bien alta hacia el exterior arrastrando la maleta de ruedas. Se alejó del hostel sin mirar atrás, ahogándose con la

angustia ante el incierto futuro que tenía ante ella y deseándole a esa gente que quedaba en el *Bed&Breakfast* que acabaran abrazando el wáter durante unos días por culpa de los retortijones y...

¡Qué, coño! ¡Les deseó que tuvieran una diarrea por hijos de puta!

Para qué mentirse o pintarlo de otro color. Habían intentado robarle y los dueños del hostel miraron para otro lado... ¡pues que se jodieran! Bastantes problemas tenía ella como para sufrir además un robo...

Llegar a la estación de autobús y conseguir billete para el primer viaje al norte, fue relativamente sencillo.

Un poco caro... pero muy sencillo. Y aún debía esperar dos horas a que saliera el último viaje del día: el nocturno, el que le llevaría más de cinco horas llegar a su destino. ¿Cómo era posible que tardara tanto en llegar? Muy sencillo, tenía muchísimas paradas, demasiadas, en cada pueblito por el que pasaba, causando que fuera un trayecto eterno.

Bueno, al menos haría turismo. Nocturno y desde el autobús, pero al fin y al cabo, conocería lugares nuevos.

Por desgracia, el autobús salió con retraso, cerca de las once y media de la noche y estuvo a punto de perderlo ya que se quedó dormida, abrazada a sus pertenencias, en uno de los bancos que había en la sala de espera de la estación.

Según les informaron los conductores, llegarían sobre las cinco de la madrugada, una hora que no era normal pero que le daría margen para desayunar con mucha calma y buscar un lugar dónde alojarse.

Y en cuanto al viaje... una odisea. Por no decir otra palabra más fuerte.

¿Por qué narices tienen que descalzarse en medio del autobús? Y de paso... ¿por qué no conocen el concepto de desodorante para pies?

Aquella era una manía que la desquiciaba y le daba un poco de asco, sobre todo cuando estabas encerrada en un vehículo

atiborrado de gente que se descalzaba, con la única ventilación de las paradas para descansar y hacer un cambio de conductor cada dos horas en las que aprovechabas para bajar y estirar un poco las piernas.

Menos mal que viajaba de noche, no quería ni imaginarse cómo sería el trayecto de día, siendo incapaz de dormir para evitar el mareo y, de paso, intentar no vomitar no solo por las vueltas que daba el autobús sino también por las arcadas que le entraban ante el intenso olor a queso.

Sí que consiguió dormir algo pero cuando se realizaba la parada de descanso la despertaban ya que encendían las luces del interior del vehículo e indicaban a través del megáfono dónde se encontraban y que disponían de quince minutos para estirar las piernas y acudir al baño al detenerse en un área de servicio para que pudieran bajar del vehículo sin problema.

Y cuando las cosas parecían que no podían ir a peor, a una media hora de llegar al destino una de las ruedas traseras estalló y a punto estuvieron de tener un accidente; por suerte, el conductor pudo controlar el autobús y lo detuvo a un costado de la carretera.

Nada más detenerse, los mandaron bajar y que recogieran las maletas. Fue un caos. La gente comenzó a chillar, protestando; llegando incluso a empujarse unos a otros mientras intentaban encontrar sus pertenencias entre las montañas de maletas que había en el maletero del autobús.

Fue una situación surrealista, la verdad. Y para colmo, se quedaron plantados en medio de ningún lado, a un costado de la carretera, viendo pasar los pocos coches que circulaban a esas horas de la madrugada. Los conductores, mientras tanto, hablaban por teléfono con la compañía y... los pasajeros... se quedaron quietos, sin saber qué hacer y, de paso, sin perder de vista sus pertenencias por si algún avisado aprovechaba el momento para robar.

Ella permaneció en silencio, congelándose por el frío y agradeciendo que hubiera algo de luz por las farolas de la carretera porque aún era noche cerrada. Eran las cuatro y media de la madrugada según indicaba su móvil. Tenía sueño, hambre, estaba agotada y casi no se tenía en pie.

¿Por qué le tenía que pasar eso?

El tiempo pasó muy lentamente hasta que los conductores les avisaron que esa noche no podían continuar con el trayecto ya que el servicio técnico de la compañía no acudiría a ayudarles hasta las once de la mañana.

Perfecto. Cuando ya creía que tendría que dormir dentro del autobús, Adela suspiró aliviada cuando la informaron que habían conseguido alojamiento para todos en el pueblo en el que se detuvieron accidentalmente.

Adela se giró y buscó algún cartel que le indicara dónde estaban porque no entendió muy bien el nombre del lugar que pronunciaron con rapidez los conductores.

Tuvo que leer dos veces el nombre del pueblo al ver el cartel de bienvenida que había a unos metros de ellos.

Drumnadrochit.

Estaba a menos de media hora de Inverness la ciudad a la que se dirigía para intentar iniciar una nueva vida.

Ni siquiera le sonaba el pueblo pero era una de las paradas de la compañía *Citylink* de la línea de Inverness. Pero no iba a quejarse pues al menos se habían quedado tirados cerca de la entrada de una localidad en la que podían descansar.

Siguió las instrucciones de los conductores quienes los separaron en grupos para poder alojarlos a todos. A ella le tocó una casa rural llamada *Glen Hotel* junto a una pareja que no hacía más que gritar y quejarse por la interrupción de sus vacaciones. ¡Como si fueran los únicos que estaban jodidos por el reventón de la rueda del autobús!

Los conductores comenzaron a trasladar a los grupos al pueblo, ordenando al resto que permanecieran junto al autobús hasta que regresaran a por ellos.

Fue una auténtica tortura escuchar las quejas de la mujer quien no dejaba de pasear de un lado a otro sin perder detalle de sus maletas como si ella fuera a robárselas. Estuvo a punto de mandarla a la mierda pero se contuvo, sobre todo, al ver la cara de agobio del

marido que intentaba, sin conseguirlo, calmarla. No supo cuánto tiempo tuvo que esperar al lado del autobús con la única compañía de esos dos, pero le pareció eterno. Cuando vio llegar al conductor del autobús estuvo a punto de ponerse a bailar.

El trayecto que hicieron a pie hasta la casa rural fue agotador al tener que cargar con el equipaje pero con cada paso estaba más agradecida y aliviada pues quedaba menos para llegar a su alojamiento y poder perder de vista al matrimonio.

Y todo... de noche, con un frío intenso que calaba hasta los huesos y por el que apenas era capaz de caminar sin tiritar, agarrando con fuerza sus pertenencias.

En el momento en que vio dónde se iba a quedar, sonrió. No pudo evitarlo. ¡Era una casa preciosa! De piedra, con apenas dos plantas, con un montón de flores por todos lados y un caminito empedrado que conducía a la puerta de entrada que era de madera oscura con detalles dorados. Posó la mirada en las vallas verdes que delimitaban la parcela en la que se encontraba la casa rural, sin dejar de sonreír, contenta del rumbo que había tomado ese viaje. Lo que parecía que era un bache de mala suerte, estaba resultando un descanso apasionante con el que poder descubrir un pueblo con encanto. Eran las cinco de la madrugada, según le informaba su móvil, y cuando acabara el desayuno, pues esperaba que al menos le dieran algo de comer aunque fuera muy temprano; quizás se animara a dar un pequeño paseo por los alrededores para disfrutar del paisaje y de aquella villa que parecía sacada de una película histórica.

Nada más entrar en la casa rural Adela se detuvo en seco y quedó con la boca abierta. Si por fuera le encantó, el interior le fascinó. Cuadros de paisajes en las paredes, lámparas de estaño colgadas del techo con formas de arañas. Largas alfombras con los colores del que suponía que era el tartán del clan de la zona, o al menos, era lo que quería creer, dejando volar la imaginación al sumergirse de lleno en un cálido lugar sacado de otra época. Prefería eso a los fríos hoteles modernos.

Acompañaron al conductor hasta la recepción donde esperaron a que fueran atendidos. Mientras tanto, este les comunicó:

—Recordad que os esperamos a las diez de la mañana en el punto en que detuvimos el autobús. ¿Sabréis llegar?

Adela iba a responder que no porque la verdad no estuvo atenta al trayecto que hicieron. Ese pueblo era hermoso, con casas de piedra, algunas de ellas de colores que destacaban desde lejos, con calles limpias y sin apenas personas paseando por ellas, con un intenso olor a flores y a aire limpio, muy diferente a las grandes ciudades. Ni siquiera le importó el frío que hacía, estaba tan emocionada con lo que veía que le dio igual lo demás.

Pero apenas pudo articular palabra ya que de nuevo la mujer que los acompañaba volvió a la carga con sus quejas, provocando que tanto su marido como el conductor desviarán la mirada al no querer responder a sus ataques verbales. ¿Cómo era posible que culpara a todos por lo que había sucedido? ¿Acaso los conductores programaron que se produjera un reventón de madrugada en un pueblo con un nombre imposible de pronunciar para fastidiarle el inicio de sus vacaciones?

Sí, claro. El mundo giraba a su alrededor.

—¡Bienvenidos! ¡Qué temprano habéis venido! ¿Tenéis reserva?

La voz de una señora los sorprendió a todos, ya que no la habían escuchado llegar. Adela se giró y sonrió al verla. Le recordó a su abuela.

La señora debía rondar los setenta y tantos años, era más bajita que ella y se notaba que le gustaba comer bien. La gran sonrisa que lucía mostraba las marcas del tiempo en su cara pero le confería una vitalidad que era contagiosa pues se vio devolviéndole el alegre saludo. Tenía el pelo corto, muy rizado y de un color indeterminado que era una mezcla entre gris perla y azul, le quedaba francamente bien y le hacía juego con sus avispados ojos celestes.

Estuvo a punto de reír al fijarse en las zapatillas de peluche que llevaba puestas. Rosas, con cara de cerdito y... Cuando las vio por detrás, Adela no pudo contener las carcajadas. ¡Tenían rabito!

—¿Queréis habitación o...?

—¿Y por qué cree que estamos aquí? —explotó la mujer... de nuevo. Golpeando el mostrador con rabia. A su lado, su esposo le pidió en voz baja que no hiciera una escena y... ¿Por qué narices le dijo eso? Consiguió lo contrario, avivó el fuego de su esposa quien

comenzó a discutir con él sin cortarse un pelo—. Ni se te ocurra ponerme como una loca. ¡Nos han estropeado las vacaciones! ¿Por qué no tienes más sangre en las venas? ¿Es que no eres un hombre? ¿Acaso no te molesta lo que ha pasado? De nuevo tengo que ser yo quien...

Adela desconectó. Le parecía surrealista lo que estaba presenciando. Parecía que estaba en medio de una comedia romántica y solo faltaba que alguien gritara “corten” para que la escena finalizara. En su lugar, se acercó hasta el conductor y le preguntó si de verdad el alojamiento iba a ser pagado por la compañía ya que iba a ser de apenas unas horas. Eran las cinco de la madrugada y solo estarían en ese lugar hasta las diez.

—Sí, los gastos correrán a cargo de *Citylink*. Lamentamos lo que ha sucedido y esperamos que en un futuro volváis a viajar con...

—¡Ni en vuestros mejores sueños volveremos a viajar con vosotros! La próxima vez iremos en avión, tal y como debimos hacer pero... ¡Nooo! “Cariño, lo mejor es el autobús, mucho más barato e iremos de noche. Ni siquiera te enterarás del viaje” —se burló imitando la voz de su marido.

—¡Ya basta! Las vacaciones las estás jodiendo tú con tu actitud —fue la ácida respuesta del hombre quien la miró cabreado.

Ella se giró y le hizo frente, cruzándose de brazos.

—Oh, conmigo sí que eres un gallito pero con los demás no — volvió a mofarse de él sin dejar de mostrar lo enfurecida que estaba.

—No empecemos a discutir, Catherine, no es lugar para airear nuestras diferencias y...

Ella le golpeó en el pecho antes de gritarle.

—¡Es que no puedo contigo! ¡Ya estamos discutiendo! Tienes hielo en lugar de sangre.

—¿Os pongo en habitaciones separadas, jóvenes? —la voz de la recepcionista los devolvió a todos a la realidad, centrándose en la señora quien lucía una amplia sonrisa.

—¿Cómo dice?

Antes de que su mujer continuara con la discusión el hombre asintió con la cabeza al tiempo que decía:

—Sí, será lo mejor. Mañana hablaremos y tomaremos una decisión. Ya no soporto más esta situación.

Las palabras del marido sorprendieron a Catherine. Por otro lado, Adela estaba aplaudiendo por dentro, lamentando no tener palomitas con las que seguir disfrutando del *show*.

—¿Estás rompiendo conmigo? ¿Tú? —Las carcajadas que soltó la mujer sonaron secas, cortantes y muy falsas pues sus ojos enrojecidos indicaban que le habían dolido sus palabras—. Eres ridículo, un maldito...

—Joven, será mejor que haga lo que su compañero le ha sugerido. Tome. —Le entregó una llave—. Tiene la habitación uno. —Se giró y le entregó otra al hombre—. A usted lo he puesto en la número cinco. El desayuno comienza a las siete y dura hasta las nueve. Después podéis registraros. No es lo usual pero comprendo que estáis cansados por el viaje. Además... —Se volvió y miró al otro señor quien permanecía en un segundo plano en completo silencio—. ¿Usted se quedará o...?

—No, solo estoy acompañándolos para asegurarme que encuentren alojamiento. Antes de irme, le pasaré los datos de mi compañía pues la estancia de estos tres la pagaré *Citylink*, debido a una avería en el vehículo. Eso sí, no se quedarán mucho tiempo, a las diez tendrán que abandonar este lugar e ir a dónde se encuentra el autobús para continuar con el viaje.

—Eso si llega a tiempo los que van a arreglar el autobús o si lo llegan a arreglar —puntualizó Adela, interviniendo por primera vez.

De nuevo se hizo el silencio, sobre todo, porque la pareja se alejó discutiendo entre ellos mientras arrastraban sus maletas.

—Esperemos que sí lo arreglen —indicó el conductor antes de entregarle una tarjeta con los datos de la compañía y tomar una de la casa rural—. Llamaré ahora mismo a mis jefes para informarles de que acoge a tres pasajeros. A primera hora de la mañana se pondrán en contacto con usted para arreglar la cuestión económica. —Al ver que la señora asentía con la cabeza, se giró y miró directamente a Adela—. Recuerda, a las diez nos reuniremos. Saldremos en cuanto arreglen el autobús.

Adela no pudo ni responderle ya que lo vio salir con rapidez al exterior, sin llegar a mirar atrás.

—¡Qué noche más peculiar!, ¿no?

Adela rompió a reír, depositando en el suelo la mochila y encima de ella su bolso, junto a la maleta.

—Por no decir algo más fuerte. La verdad es que ha sido una locura, parecía que estaba viviendo una película.

Esta vez fue la señora quien se carcajeó de sus palabras. Al menos la entendió. Ya iba mejorando con su inglés aunque había ocasiones en que se trababa un poco o no sabía cómo decir algo, sobre todo por su escaso vocabulario. Cada día aprendía algo nuevo y lo anotaba en una libreta pequeña que empleaba para repasar lo aprendido cuando disponía de tiempo libre.

En cambio, la anciana sí que tenía un acento muy marcado en el que parecía que se tragaba las sílabas y alargaba mucho las “r”, le resultaba complicado entenderla pero se hacía una idea de lo que le estaba diciendo.

—El amor en ocasiones es una batalla de voluntades hasta que llegan a una tregua, quienes no consigan sacar la bandera blanca... Están abocados al fracaso y lo mejor que pueden hacer es separarse y no seguir haciéndose daño.

—Pues gracias a esos dos habrá dos abogados que se enriquecerán a su costa.

De nuevo, la mujer soltó unas risitas mientras negaba con la cabeza, al tiempo que rebuscaba en uno de los cajones de la recepción.

—Me gusta tu sentido de humor, me recuerdas a mí de joven. Bueno, no te entretengo más, toma. —Le tendió una llave con el número siete en el llavero rojo—. Te he puesto lejos de esos dos. Descansa. Nos vemos en... —Miró el reloj que colgaba de la pared —... apenas una hora y media o dos horas. El desayuno comienza a las siete, pero te atenderé hasta las nueve si prefieres dormir un poco más.

Adela asintió y cogió el llavero, guardándolo en el bolsillo del abrigo. Se colgó la mochila y el bolso antes de agarrar la maleta.

—Gracias —fue lo único que le dijo antes de adentrarse en el pasillo ante ella. Mirando cada puerta, pasando de largo por las habitaciones en las que se escuchaba las voces de la inusual pareja. Ella estaba en la uno y él en la cinco y por los gritos que

salían de cada una parecían que estaban discutiendo a través del teléfono...

Cuando llegó a la número siete comprobó que era la última, no había más habitaciones en esa planta. Lo agradeció. Estaba agotada e iba a intentar dormir algo antes de ponerse en marcha y continuar con el viaje.

Ingresó en la habitación y dejó sus pertenencias en el suelo antes de cerrar la puerta tras ella, manteniendo la llave en la cerradura.

La recibió una hermosa habitación, amplia, con una cama de gran tamaño, cortinas a juego con la colcha, que cubrían una ventana de buen tamaño. El suelo era de madera y estaba cubierto por vistosas alfombras mullidas de colores. Había un armario de madera en un rincón del cuarto, además de dos mesitas de noche con sus sendas lámparas y una mesa de escritorio con una silla.

En las paredes vio tres cuadros de paisajes y un espejo redondo frente a la cama y sobre el escritorio.

Le gustó. La habitación no disponía de lujos y, ni siquiera, había una televisión plasma o un teléfono fijo, pero le resultaba acogedora y muy cálida y era una pena que solo estuviera ahí durante unas horas.

—Ya podían tardar unos días en arreglar el autobús —susurró mientras acercaba sus pertenencias hasta la mesita de noche donde dejó la mochila, el bolso y la maleta.

Se volvió y miró a la cama. Se tumbaría unas horas y...

¿Qué le deparaba el futuro? No lo sabía, pero por primera vez en días estaba animada y expectante.

No debía sumergirse más en la oscuridad de la incertidumbre y el miedo, llegó la hora de luchar para ser feliz.

Pero qué fácil era decirlo, sobre todo, cuando al tumbarse en la cama recordó lo vivido en el hotel de Edimburgo, notando como las lágrimas se deslizaban silenciosas por sus mejillas.

Lloró hasta que se quedó dormida por el agotamiento.

Lloró por lo que vivió, por lo que sintió, por lo que su corazón quiso pero no pudo ser, por una esperanza que no supo que sentía hasta que descubrió la verdad, por la traición de sentirse usada, por...

¿Era posible enamorarse de un extraño? ¿Que este inundara sus sueños y sus pensamientos sin poder controlarlo?

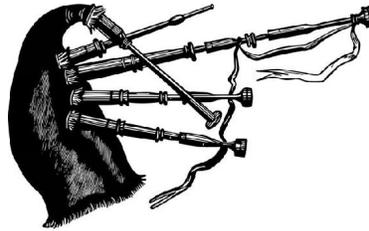
Sí, lo era. El amor era una enfermedad extraña de la que te contagiabas cuando menos te lo esperabas y que su solo disponía de dos curas posibles: ser correspondida o el paso del tiempo, para que los síntomas dejaran de torturar su corazón y sus pensamientos.

Y ella... no le quedaba otra que esperar a que los días borrarán el recuerdo de él.

BatKilt.

Roderick MacKinnon.

CAPÍTULO 11



Unos golpes en la puerta sobresaltaron a Adela. Media adormilada se incorporó en la cama y miró a su alrededor sin comprender de dónde venía ese ruido o a qué era debido. No fue hasta que escuchó la furiosa voz de una mujer que comprendió lo que pasaba.

—¡Apaga esa maldita alarma!

Estuvo a punto de romper a reír al escuchar los variopintos insultos que le dedicó la mujer desde el pasillo, sí que tenía imaginación la señora y por su tono de voz se imaginaba que no había hecho las paces con su marido.

—¡Apágala de una puta vez!

—Ya te oí, no sigas aporreando la puerta —le gritó a su vez Adela, mientras encendía la luz del cuarto y buscaba su móvil. Lo había dejado en la mesita de noche pero... no estaba ahí. Con nerviosismo se acercó hasta el borde de la cama y lo encontró tirado en el suelo, boca abajo, sonando a todo volumen.

Estiró el brazo y lo agarró, apagando la alarma que llevaba sonando...

—¡Ostras, son las nueve! —exclamó con sorpresa, reconociendo que se había quedado dormida. Había puesto la alarma para las ocho y media para que así le diera tiempo a desayunar, darse una ducha rápida antes de acudir junto a los demás para ver si había suerte y podían continuar con el viaje.

Se movió y dejó el móvil sobre la mesa antes de levantarse de la cama. Tenía que darse prisa. Le quedaba una hora para espabilar, desayunar y buscar el lugar dónde los esperaban los conductores y el autobús.

Sin perder tiempo y sin dejar de bostezar, comenzó a moverse por el cuarto hasta dónde dejó las pertenencias. Prefería cambiarse de ropa, porque una ducha no le iba a dar tiempo, si lo pensaba bien; así al menos, se sentiría “medianamente limpia” para poder continuar con el trayecto.

Colocó la maleta sobre la cama y la abrió con cuidado después de poner la combinación en el candado.

Rebuscó en su interior y eligió un chándal acolchado de invierno que era muy cómodo y calentito. Le daba igual lo que pensarán los demás de ella. Solo quería ir cómoda, además... se echó un vistazo en el espejo del armario... Tenía las mejillas enrojecidas y las notaba calientes y con quemazón.

Ok. Brote de rosácea.

Perfecto.

Adela suspiró con resignación y negó con la cabeza. No iba a maquillarse, aquello empeoraría la rosácea, no le quedaba otra que aceptar que hoy iba a lucir sonrosada, con alguna que otra pápula y un molesto ardor que no se iría tan fácilmente, pero agradecía que al menos, no le dolieran como en otras ocasiones.

—Mañana seguro que estaré mejor —se dijo a sí misma. Cuando tenía un brote se decía eso a lo largo del día con la esperanza de que sus palabras se cumplieran. Lo único cierto era que sabía cómo se acostaba pero no cómo se levantaba y era algo que la atemorizaba, después de todo... el aspecto físico era muy importante por mucho que la gente dijera lo contrario.

Alejó los pensamientos de su mente e intentó vaciarla para no agobiarse por la situación. El estrés era muy malo para la salud y ella estaba en medio de una vorágine de preocupaciones sin saber muy bien qué hacer con su vida.

Comenzó a desnudarse, agradeciendo que hubiera calefacción porque si no estaría tiritando a esas horas del día. Pese a que aún era verano hacía mucho frío, o al menos, ella lo sentía así. Daba igual cuánta ropa se pusiera encima que si hacía un poco de viento acababa tiritando.

No tardó en ponerse el chándal y a mayores puso un polar negro como parte de arriba. Se miró en el espejo para poder hacerse una

coleta sin necesidad de peinarse. Esbozó una sonrisa que no llegó a los ojos y se dijo a sí misma que estaba muy guapa, pese a todo.

Antes de salir a desayunar cerró la maleta y la dejó sobre el escritorio junto al bolso y la mochila. No iba a llevar nada al comedor, solo la llave de la habitación.

Nada más salir al pasillo entrecerró los ojos al oler a quemado. ¿De dónde venía ese olor? Avanzó hasta llegar al recibidor y cuando iba a llamar para que la atendieran y le indicaran dónde se encontraba el comedor o el salón dónde se desayunaba escuchó unos gritos, ruidos fuertes y se intensificó el olor a quemado.

Observó con curiosidad a su alrededor y vio una puerta al fondo del salón. Se dirigió hacia ahí y cuando estaba a pocos metros pudo leer el cartel que tenía sobre el marco.

Comedor.

Era ahí. Vería qué pasaba y tomaría algo rápido para desayunar pese a que no tenía mucha hambre. Los nervios le habían creado un nudo en el estómago que...

Adela se quedó sin aliento cuando algo la golpeó directamente en la cara, dejándola atontada unos segundos sin saber qué había sucedido.

Escuchó un sonido metálico y algo cayó al suelo rozando sus pies y... se llevó la mano a la nariz, asustándose al notar que sangraba.

Adela comenzó a reír fruto de los nervios, al mismo tiempo que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y la sangre goteaba de su dolorida nariz. Quería mirarse en el espejo, era lo único que pensaba mientras echaba la cabeza hacia delante, ensuciando el suelo con su sangre.

Ahí fue cuando vio lo que cayó a sus pies.

¡La habían golpeado con una sartén! Esta estaba en el suelo cerca de ella, ennegrecida con un pegote que parecía pan quemado. ¿Pero quién en su sano juicio iba lanzando sartenes al aire?

—¡Oh, pobre! ¿Te encuentras bien?

—¡Mira lo que has hecho! ¡La has golpeado!

—¡No es mi culpa!

De las frases que captó pudo hacerse una idea de lo que sucedió.

Discusión entre el matrimonio, alguien quemó una rebanada de pan en la sartén y... luego... la lanzaron contra la entrada con tal mala suerte que le dieron de lleno, en toda cara; una cara que, por cierto, le ardía ya de por sí por lo que tenía y ahora sentía la nariz dolorida y, para más inri, no paraba de sangrar.

Perfecto. Qué buena manera de comenzar el día.

Ahora sí que le habían quitado las ganas de desayunar, solo quería que la hemorragia se detuviera y mirarse en el espejo para ver el estropicio que tenía y, de paso comprobar si se había roto algo. Si veía la nariz desviada... acabaría desmayada en el suelo.

Se tocó con cuidado el tabique mientras ignoraba los gritos de la pareja que no dejaban de discutir entre ellos, y suspiró aliviada al ver que no se percibía ni rota, ni desviada.

Quería llorar, bueno, eso ya lo estaba haciendo, pero lo que quería era hacerse una bola en el suelo, abrazarse a sí misma y no parar de decirse que todo iba a ir bien, que mañana sus sueños se iban a cumplir y que podría encontrar el camino para sentirse realizada, una mujer independiente, feliz con su situación, con su aspecto físico, con su...

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que llame a Gordon? Está jubilado pero si lo llamo enseguida acudirá a verte.

—¿Quién es Gordon? —fue lo único que acertó a responderle a la dueña de la casa, mirándola a los ojos, esbozando una sonrisa que duró apenas unos segundos. Esta se encontraba frente a ella y se veía muy nerviosa, retorciendo un trapo de cocina en sus manos y moviéndose de un lado a otro sin saber muy bien cómo actuar. Le recordaba a su abuela cuando se enfrentaba a algo y no tenía ni idea de qué hacer para salir del embrollo.

La mujer le tendió el trapo. Adela lo rechazó. Estaba quemado y olía a comida, no iba a usar eso para taponar la nariz. Seguía con la cabeza hacia delante porque recordaba haber leído en algún sitio que era bueno permitir que la sangre saliera, que no era muy recomendable taponar la nariz o echar la cabeza hacia atrás.

Aunque... el suelo parecía sacado del set de una película de terror, ella se mantuvo en esa posición.

—Oh, está bien, tienes razón, es mejor que busque un trapo limpio. No sé en qué estoy pensando. Es la primera vez en mi vida que me sucede algo así. Voy a ir a la cocina a por algo que puedas usar para parar esa... esa... sangre —su voz sonó nerviosa, más aguda de lo normal—. Aprovecharé para llamar a Gordon, es un vecino que vive muy cerca. Él era veterinario pero seguro que podrá ayudarte. ¡Espera aquí! No te muevas.

Sin darle tiempo a responderle, Adela fue testigo de cómo la señora dio media vuelta y fue corriendo hacia la cocina, al fondo de la sala.

—Un veterinario jubilado —repitió ella en voz baja sin poder creérselo. ¿De verdad que iba a llamar a un veterinario para que le revisara la nariz?

—¡Debes disculparte con ella! Mira cómo se encuentra. Tiene toda la cara roja e inflamada.

La voz del hombre sacó a Adela de sus pensamientos. Se incorporó con cuidado, procurando no manchar más la parte de arriba del chándal y... la de abajo también. Sí, encontró unas cuantas manchas de sangre en el pantalón.

Iba a responderle que la cara la tenía así por culpa de la rosácea cuando la mujer, que la usó como diana, intervino en la conversación, dejando claro cómo era:

—¿Por qué debo pedirle perdón? ¿Qué lo haga ella a nosotros? Dejó sonando la alarma del móvil para molestarnos y no es mi culpa que haya entrado cuando tiré la sartén. Si esa vieja supiera cocinar no habría pasado nada de esto, pero no, nos tuvo que enseñar la sartén con la rebanada de pan quemada para intentar convencernos que solo podíamos desayunar cereales porque su cocinera se despidió ayer ya que va a casar con un primo de ella. ¡Qué nos importa eso! ¿Es mucho pedir desayunar en condiciones?

—¿Pero te estás escuchando? —explotó el marido, señalándola con la mano—. Estás mal de la cabeza. No quería creerlo pero ya no puedo negarlo. ¡Se acabó! ¡Quiero el divorcio!

La mujer se quedó blanca, con la boca abierta y...

—¿Qué tú quieres el divorcio? ¡No! Lo quiero yo. Eres un imbécil si crees que vas a encontrar a alguien mejor que yo. Me deberías estar pidiendo perdón por todo lo que me has dicho. Y para que lo sepas, solo estaba contigo por tu dinero, ni siquiera follas bien. ¡Fingía los orgasmos!

Antes de que el marido respondiera apareció en escena la dueña de la casa rural portando en sus manos unos trapos blancos y un bol con agua templada.

—Pues muy mal, joven. Los actos íntimos son muy importantes en la pareja y siempre tienen que disfrutar los dos. Ay, si tuviera veinte años menos. —Negó con la cabeza y siguió avanzando por el acogedor comedor—. Haría todo lo que nunca hice. —No dijo nada más, eso sí, esbozó una sonrisa pícaro que compartió con un guiño a Adela, quien le devolvió el gesto.

Esa señora le caía muy bien, apenas había cambiado algunas palabras con ella pero le hacía sentir relajada, como si estuviera... en casa.

—No se meta donde no la llaman, vieja.

—¡No le hables así a la señora! Este viaje me ha abierto los ojos. Eres una arpía que se esconde tras una sonrisa y varias capas de maquillaje. Siempre preocupada en qué dirán los demás, en cómo luces, deseando tener más y más, cuando lo único importante eres incapaz de verlo.

La aludida se acercó hasta el hombre y le cruzó la cara con un tortazo que resonó en la habitación.

—Eres un hijo de puta que lamentarás esto.

Él le agarró del brazo y le impidió que lo volviera a golpear, echándose hacia atrás, tras soltarla.

—No, créeme que no lo lamentaré. —Se volvió y buscó con la mirada a la anciana—. Creo que voy a quedarme unos días. ¿Estará disponible la habitación que me asignó para una larga temporada?

—¡No puedes hacer eso! Tenemos que continuar el viaje y...

Este la cortó al decir con rotundidad:

—¡No! Quiero el divorcio, lo tengo muy claro. Continúa tú el viaje porque no quiero ni verte en estos momentos. Ya te contactaré a través de mi abogado y ni se te ocurra tirar mis cosas. Avisaré a mi

abogado para que acuda al domicilio a recoger mis pertenencias y me aseguraré que esté todo, si falta algo, te denunciaré. No quiero continuar con este matrimonio. No eres la mujer que creía y veo que no vamos a llegar a ningún entendimiento. Si seguimos juntos nos convertiremos en una pareja tóxica que solo se hará daño. Es mejor cortar ahora.

—¡Maldito hijo de puta! Te vas a...

—A arrepentir, lo sé, ya lo hago, pero de casarme. Tuve que esperar, vivir en convivencia contigo antes de pasar por el altar, pero ya está hecho. Rompamos nuestro matrimonio antes de que nos hagamos más daño. Y ahora... te recomiendo que vayas a tu habitación, recojas tus cosas y vayas hasta dónde el autobús para continuar con el viaje.

La mujer no se mostró dispuesta a hacer lo que le pedía así que se plantó ante él, se cruzó de brazos y gritó:

—Tú no me ordenas nada, y no voy a irme de aquí sin...

—Señorita, es mejor que se vaya. No ve que ya no hay nada qué hacer. Si de verdad quieres continuar con esta relación, daros un tiempo, que se enfríen los ánimos y luego llámale. Es lo mejor para los dos. Además, como dueña de esta humilde casa, le pido que se vaya. No es bienvenida aquí.

Adela se mantuvo como espectadora silenciosa y estaba alucinando con lo que estaba presenciando. ¡Si parecía el guión de una telenovela! Solo despegó la mirada cuando la dueña le tendió los trapos blancos y el bol de agua templada. Los usó para limpiarse la cara, tomando asiento en la primera mesa que encontró cerca. Se restregó con cuidado el paño humedecido para no irritar más la cara, limpiándose como pudo, sin un espejo delante. Con el otro trapo se secó y comprobó agradecida que ya no le sangraba la nariz. Al menos... no se desangraría en medio del comedor de una casa rural de un pueblo con nombre impronunciable.

Cuando ya creía que tendrían que llamar a la policía además del veterinario jubilado... la mujer que provocó todo salió echa una furia del comedor, chillando e insultando a los presentes.

A su marido por ser cómo era y por no hacer lo que ella quería que hiciera.

A la dueña de la casa por metomentodo y chismosa.

A Adela... no llegó a escuchar los insultos que le dedicó porque se acallaron con el portazo que dio al entrar en la habitación en la que pernoctó.

—¿Debería felicitarle por su futuro divorcio?

El hombre rompió a reír con nerviosismo, pese a que tenía los ojos enrojecidos y la voz quebrada. Amaba a su esposa pero no a la mujer que aparecía cuando algo no salía como ella planeaba.

—Me parece que sí, pero ahora mismo llamaré a la compañía para indicarles que me quedo en este pueblo unos días más.

La señora asintió y esperó a que él se fuera para hablar con la joven. Estaba preocupada por ella. El golpe resonó con fuerza y se veía que tenía toda la cara enrojecida, inflamada y la nariz algo amoratada.

—Deberías quedarte también unos días para descansar. Espera a que te vea Gordon antes de ir a la habitación a dormir un poco. Creo que lo necesitas. Y... —Se mordió el labio inferior un por nerviosismo, un gesto que hacía desde que era niña—... te regalo esta noche, por... las molestias causadas.

Adela se quedó sin habla. ¿Le regalaba una noche por recibir un sartenazo en toda la cara? ¿Debería aprovechar esa oferta? ¿Qué le compensaba mejor: una noche en la casa rural y descubrir el pueblo o seguir con el viaje y buscar un nuevo alojamiento al final de la ruta?

—Yo... No lo sé. Debería continuar con el viaje y...

—¿No puedes quedarse un día más?

Adela dudó. Sí, podía pero... ¿no era mejor enfrentarse al futuro de una vez que alargar la incertidumbre?

—Sí, aunque... debería irme. Debo encontrar un lugar dónde alojarme y un trabajo para...

—¿Buscas trabajo? —se interesó la anciana antes de que ella pudiera acabar la frase—. ¿Qué clase de trabajo? Dime que sabes cocinar —casi parecía que le suplicó esta última parte, esperando con ansiedad su respuesta.

—Bueno... sí, sé cocinar, he trabajado de cocinera y...

La anciana golpeó la mesa con las palmas de la mano al tiempo que le decía:

—¡Listo! Ya no tienes que seguir buscando. ¡Te contrato! Serás mi nueva cocinera y el alojamiento entra dentro del sueldo. Te pagaré cada semana para que dispongas de efectivo. ¡Qué alegría tengo! Y qué alivio. Ya puedo respirar tranquila. Espera que voy a mi habitación a buscar el contrato, creo que tengo una copia, así podrás firmarlo y comenzar este mismo mediodía.

De nuevo Adela se quedó sin palabra, sin saber qué hacer o qué decir. Tampoco le dieron oportunidad de contestarle ya que vio salir a su nueva jefa del comedor, dejándola sola.

—¿Pero qué ha pasado? —se preguntó a sí misma sin poder creer lo que había sucedido.

Se quedó dormida. Le dieron un sartenazo. Y ahora... ¿con trabajo y un lugar dónde quedarse?

Se levantó y miró a su alrededor buscando las cámaras. Aquello debía ser una broma, estaba segura de que en cualquier momento saldría el presentador del programa acompañado de un equipo de cámaras y le gritarían: ¡inocente!

Pero no. No lo fue. Y no tomó conciencia de lo sucedía hasta que firmó el contrato, después de leerlo por encima y estar de acuerdo con los términos.

Un buen sueldo, alojamiento, un día a la semana de descanso y...

Se puso a llorar de la emoción cuando volvió a la habitación a descansar un rato antes de que tuviera que ponerse a trabajar a las doce del mediodía para atender la cocina.

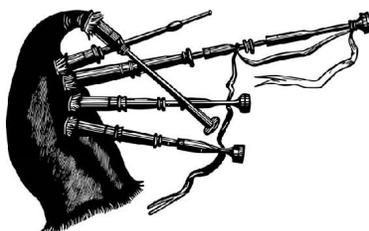
No podía creerse este giro del destino, pero no iba a quejarse ni a decir nada en su contra.

¡Tenía trabajo!

¿Finalmente sus sueños se cumplirían?

En esos momentos no quería saber la respuesta a esa pregunta, solo quería... llorar de emoción y disfrutar de la alegría que sentía al ver que comenzaba a retomar las riendas de su vida.

CAPÍTULO 12



Una semana después

Ese día iban a pagarle.

Adela se levantó con una gran sonrisa y casi estuvo a punto de canturrear mientras se dirigía a la ducha. Seguía en la misma habitación y ya se sentía como si estuviera en casa.

Esos siete días habían sido los mejores de su vida, en mucho tiempo, sobre todo, por la tranquilidad con la que acudía a trabajar y con la que la recibía su jefa.

La señora MacPherson o Maggie, cómo le pidió que la llamara porque con el apellido se sentía mayor y pese a sus setenta y tres años se sentía aún joven.

Quien le iba a decir que una avería del autobús y un sartenazo le iban a conducir hasta ese punto en el que se sentía tranquila y feliz con su vida. Entró en el plato de ducha y abrió el grifo del agua caliente mientras entonaba la cancioncilla de un anuncio de televisión que vio la noche anterior. Sí, Maggie le había colocado una televisión pequeña en la habitación para que se sintiera más a gusto, además de darle la contraseña del *wifi* para que pudiera usarlo cuando se conectara con el portátil.

Era feliz. Y sí, tenía miedo... ¿Cuánto iba a durar esto?

Ese mismo día iba a intentar llamar a su abuela, a ver si esta vez tenía suerte y le cogía el teléfono, porque llevaba dos días llamando al hijo y acababa discutiendo con su tío o su tía, cuando estos

descolgaban y le comunicaban que no le iban a permitir hablar con Catuxa.

¡Cómo se atrevían a hacer eso! Ella tenía derecho de hablar con la mujer que la crió por mucho que sus tíos se interpusieran.

Hoy volvería a intentarlo, a una hora en la que creía que sus tíos estaban fuera del domicilio y sus primos en el instituto. Esperaba tener suerte porque quería escuchar la voz de su abuela y poder contarle todo lo bueno que le había sucedido desde que comenzó a trabajar como cocinera en la casa rural en la que se encontraba.

Se vistió con calma mientras repasaba mentalmente lo que le iba a decir, repitiendo una y otra vez el discurso, hasta casi memorizarlo. Necesitaba su reconocimiento, sus palabras de ánimo y de orgullo, necesitaba... que su abuela viera la mujer en que se estaba convirtiendo y se alegrara de sus logros.

Tomó el móvil y... las manos le temblaron. ¡No podía! No era capaz de marcar el número de teléfono del que fuera su hogar.

¡Necesitaba tomar el aire! Despejar la mente y tranquilizarse antes de probar suerte. Calculó la hora de España y suspiró al ver que disponía de tiempo. Era temprano. Sus primos estarían entrando en el instituto en esos momentos y sus tíos... esperaba que estuvieran lejos cuando hiciera la llamada.

Cuando salió del cuarto, cerró con cuidado y respiró hondo. Hablaría con su jefa antes de disfrutar de su día libre. Iría a descubrir el pueblo, sacaría algunas fotografías y disfrutaría del paisaje antes de hacer la "llamada".

Sí, estaba nerviosa. No sabía si iba a conseguir contactar con Catuxa, ni tampoco tenía claro cómo iba a reaccionar.

Con cada paso que daba hacia la habitación de la dueña en la primera planta vació la mente e intentó relajar la respiración y los latidos del corazón, colocándose una máscara de "tranquilidad" que hacía tiempo que se ponía para que el mundo no supiera cómo se encontraba realmente. Esa máscara la acompañó a lo largo de su vida y era una manera de defenderse y de no aceptar que por dentro sufría un bullicio de emociones, de las cuales muchas de ellas le dejaron marca para siempre.

No tardó en llegar a la habitación de Maggie y esperó a que esta le diera permiso para entrar. En cuanto lo hizo... se quedó sin palabras y estupefacta ante lo tenía ante ella, después de todo... no todos los días veías a una señora que le recordaba a su abuela... con un picardías transparente y apretado que no dejaba nada a la imaginación. Eso sí... la estampa “sexy” iba acompañada de rulos por toda la cabeza, una mascarilla de un color verde aguacate en la cara y unas zapatillas que parecían que en otra vida fueron un hermoso gatito morado aunque ahora eran más bien un revoltijo de pelo... A la zapatilla derecha le faltaba un ojo. ¡Un ojo!

Adela se quedó con la mano en el pomo, la boca abierta e incapaz de articular palabra. ¿Qué hacer? Dar media vuelta y esperar un rato para volver a entrar o...

—Pasa, joven, que me estoy enfriando. Cada año mis huesos sienten más el frío de mi tierra. —Se echó a reír y caminó hacia el tocador que había cerca de la ventana, un hermoso mueble de color blanco que iba acompañado de un gran espejo en el que se veía el reflejo de la anciana. Menos mal que llevaba ropa interior... menos mal—. Aunque no cambiaría por nada el frío, el calor no es bueno para la piel. ¿No te parece?

Tardó varios segundos para que sus neuronas reconectaran y poder captar la pregunta y formular así una respuesta coherente, mientras intentaba mirar directamente a los ojos de su jefa, obviando todo lo demás.

Quien le iba a decir que Maggie era... ¿Cómo calificarla? Peculiar...

—Eh, sí, el calor es muy malo, lo sé por experiencia propia —reconoció finalmente, parada cerca de la puerta la cual atinó a cerrar con cuidado.

—Tengo que darte la receta de la mascarilla de arcilla que estoy usando, es muy buena para la piel.

—Vale, gracias —fue lo único que consiguió farfullar, sin atreverse a hacer o decir nada más. Sí, estaba cortada. Le daba apuro y un poco de vergüenza ver a su jefa así. No estaba haciendo nada malo pero le parecía una estampa muy íntima y personal.

—¿Qué te parece mi nuevo camisón? Me lo regaló mi amiga Pitty. Hace que me sienta joven. —Soltó unas carcajadas sinceras y

se miró en el espejo—. Me parece muy atrevido, si hubiera sabido en mis tiempos jóvenes que existían este tipo de vestimentas las habría usado a todas horas ante mi Robert. El pobre no era muy espabilado en temas de cama, que en paz descanse.

«Socorro», pensó Adela ante el rumbo que estaba tomando la conversación. ¿Cómo había acabado en eso? Ella solo quería saber si la iba a contratar definitivamente o seguía a prueba y, de paso, cobrar el cheque que le diera por su trabajo durante semana. Necesitaba el dinero para comprar alguna crema hidratante para la cara, el jabón de té verde para la rosácea y algo de ropa de abrigo ya que cada día hacía más frío.

—Es... muy bonito —fue lo único que dijo, antes de tragar saliva y desviar la mirada.

—¡Gracias! A mí me encanta. Me lo pondría todo el día pero creo que asustaría a mis huéspedes si me ven así. A ti te lo muestro porque eres una mujer y hay confianza, te veo como a la hija que nunca tuve. Llámame exagerada pero te he cogido cariño. Me pareces una niña muy buena, con un gran corazón y espero que aceptes quedarte. No he tenido ni una queja de tus comidas, es más, hasta vienen a comer los del pueblo porque les sorprendieron mucho tus platos españoles.

Durante todo el discurso, Adela tuvo que hacer el esfuerzo de contener las lágrimas. Le agradecía sus palabras las cuales llegaron directas a su corazón haciéndola sentir orgullosa de su trabajo.

—Muchas gracias —le susurró, esbozando una gran sonrisa que llegó a sus ojos.

—Oh, niña, no digas nada que me entran ganas de llorar —confesó Maggie al verla tan emocionada. La joven siempre lucía un aura de tristeza que la acompañaba a lo largo del día. Por más que intentó averiguar qué le sucedía no consiguió sonsacarle nada, solo que era gallega, de un lugar de España del que nunca oyó hablar hasta que le comentó que se encontraba la Catedral de Santiago de Compostela y que, además, no tenía pareja, ni intención de encontrar una. Esto era extraño porque era una mujer muy guapa y buena, siempre dispuesta a ayudarla. Esperaba que encontrara lo que le hiciera feliz porque se veía que no lo era—. ¡Oh! Se me olvidaba y es lo más importante de hoy. —Se acercó hasta el

armario y abrió la puerta, encontrándose con la caja de seguridad que mandó instalar. Tecleó con prisas el código y la abrió. Rebuscó entre los papeles y los recuerdos que para ella eran sus mayores tesoros y sonrió al encontrar el sobre con el dinero. Contó las libras que le debía a su empleada y le añadió dos billetes más de regalo para agradecerle la compañía que le hacía. Cuando le dijo que sentía que era la hija que nunca tuvo, no la engañó, ni exageró. Adela siempre estaba cuando la necesitaba, aunque la llamara de noche por cualquier excusa. Tenía una paciencia infinita y se veía que hacía las cosas con cariño, no por obligación. Volvió a cerrar la caja de seguridad y el armario antes de girarse para mirar lo que hacía la joven. Sonrió al verla mirar por la ventana, más allá de las finas cortinas blancas que las cubría. Eran apenas unos trapillos casi transparentes que colocó ante las quejas de sus vecinos que le dijeron que había veces que se la veía desnuda por la habitación. ¡Y qué les importaba lo que hiciera en su cuarto! A su edad ya pasaba de todo, su cuerpo se había arrugado con el paso del tiempo y tuvo que aceptar que la imagen que le devolvía el espejo era la suya, que esa mujer era... ella. Los años no pasaban en balde y por mucho que deseara que el tiempo fuera para atrás y tener de nuevo treinta años, nunca iba a ser posible. Si los demás no estaban a gusto ante ella que se fueran a dar un paseo. Le quedaban pocos años de vida, lo sabía, y no iba a preocuparse por la imagen que proyectaba al resto del mundo. Era libre de hacer lo que quisiera y así se lo haría ver a los demás.

Se acercó hasta donde se encontraba Adela y le tocó el hombro, sobresaltándola. Esperó a que esta se volviera antes de tenderle el fajo de billetes.

—Toma, esto es tuyo. Has hecho un gran trabajo y recuerda, hoy es tu día libre. ¡Disfrútalo! Ve a conocer a un buen hombre... o una buena mujer. Lo que prefieras.

Adela aceptó el dinero y se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Ni siquiera lo contó, confiaba en su jefa. En cuanto a lo de encontrar una pareja... sintió un pinchazo en el corazón al recordar lo que vivió junto a Roderick, ese hombre se convirtió en una espinita que seguía hundiéndose y retorciéndose dentro de ella, provocándole un dolor que no quería aceptar, ni ponerle nombre.

—No estoy interesada en tener pareja. Estoy bien sola.

Maggie negó con la cabeza antes de responder:

—La soledad no es buena compañía, créeme, lo sé bien. No pasa ni un día que no eche en falta a mi querido esposo. Discutí muchísimo con él a lo largo de nuestra vida conyugal pero regresaría sin dudarlo a esos días.

—Yo no quiero a nadie a mi lado ahora. De verdad, estoy bien sola.

Maggie pudo verlo: dolor en sus ojos. Sufría por culpa de alguien y... era mejor no presionarla. Necesitaba sanar su corazón antes de abrirlo de nuevo a otra persona.

—Está bien, joven. No te entretendré más. No hagas caso a esta vieja que chochea. Ve a divertirte. Aprovecha el día que hoy hace buen tiempo.

Adela agradeció que no siguiera con ese tema y sonrió ante el inesperado cambio de conversación.

—¿Buen tiempo? ¡Si hace muchísimo frío!

La señora se rio de ella y negó con la cabeza.

—Ay, joven, esto no es nada. Pero ya te acostumbrarás. Cuando pases el primer invierno en esta tierra este tiempo te parecerá muy cálido.

—Eso espero, me estoy congelando. Creo que iré a comprar algo de ropa al pueblo.

—¡Me alegro mucho! Digo, lo de comprar ropa. Disfruta del día. Ve, ve. No te entretengo más. ¡Qué pases un buen día!

Antes de que pudiera reaccionar ya estaba fuera del cuarto, con la puerta cerrada ante su cara y con el fajo de dinero en el bolsillo. Sonrió. No pudo evitarlo y mantuvo esa sonrisa relajada hasta que llegó al cuarto. Dividiría el dinero en tres montoncitos. Uno lo gastaría ese día en ropa y en cremas, otro lo dejaría para otra necesidad que se le presentara y el tercero lo “ahorraría”. No podía depender de lo que le quedaba en la cuenta bancaria.

No se sabía lo que le deparaba el destino y debía estar preparada para afrontar lo que viniera.

Cinco horas después

Estaba reventada. Agotada y un poco irritada. Había recorrido cuatro tiendas de ropa y solo encontró prendas de lana. ¡Y tenía alergia a la lana! Bueno, alergia no era la palabra que emplearía, pero cuando se ponía una prenda de este tejido la piel se le irritaba, enrojecía y tenía que acabar quitándola mientras no podía parar de rascarse.

¿Pero no podía haber alguna prenda de abrigo que no tuviera algo de lana?

Pues parecía que no. Cuatro tiendas y no compró nada. Iría a dos tiendas más antes de tomar algo para comer y a la tarde se acercaría a la oficina de turismo para preguntar qué podía ver y hacer en esa zona, antes de ir a la primera farmacia que encontrara para preguntar por una buena crema hidratante que la protegiera ante el intenso frío que hacía.

¡Yupi! ¡Vivan las compras!

No, en serio. Las odiaba. Odiaba ir de compras. No solo porque no le gustaban las aglomeraciones de gente, si no, porque nada más entrar en una tienda, enseguida se te acercaba una dependienta dispuesta a seguirte por toda la tienda, como si te estuvieran vigilando. Y ya ni que decirnos el tener que quitarse la ropa en los probadores, ¡con el frío que hacía! e intentar ver si te quedaba bien la prenda en esos espejos del infierno que te hacían parecer un orco recién levantado de la cama.

No, no disfrutaba con las compras.

Fue directa a la tienda número cinco pero al ver que estaba llena de gente decidió que había llegado el momento de comer algo. No estaba de humor para seguir probándose ropa.

Cambio de planes: buscar un lugar dónde comer.

Y claro, cuando buscabas algo... no lo encontrabas, así que optó por comprar un sándwich en un supermercado y una botella de agua del tiempo. Comería en el primer rincón que encontrara en el que pudiera sentarse sin ser molestada y disfrutaría de esa soledad, intentando calmar la mente.

Desde que Maggie le recomendó que buscara pareja no dejaba de darle vueltas a lo mismo: ¿cómo iba a hacerlo si parecía que el destino la odiaba? ¿Si había días que tenía la cara inflamada y enrojecida? No se veía a gusto con el reflejo que le devolvía el

espejo y no tenía ánimo para volver a abrir su corazón a nadie. Los hombres eran todos iguales. O buscaban solo sexo o estaban engañando a sus parejas.

Estaba mejor sola.

Una hora después

El sándwich de pollo que compró era una mierda. Esa salsa de un color entre amarillo o verde, según le diera la luz del sol, sabía mal. Era demasiado fuerte y le estaba costando acabarlo, pero no iba a tirarlo.

Entre bocado y bocado le daba un buen trago a la botella de agua, intentando que así bajara mejor la comida.

Lo único bueno era el paisaje y la tranquilidad que la rodeaba. Estaba en un parque en el que había varias mesas y bancos de piedra, a la sombra de un árbol y con la imagen de las espectaculares montañas a lo lejos. Era la única que se encontraba ahí y, pese al intenso frío, se sentía en paz.

Las montañas le recordaban a su tierra: Galicia.

Cerró los ojos y respiró hondo notando el agradable olor a bosque y escuchando el murmullo del agua del río y el trinar de los pájaros que sobrevolaban sobre ella. Estar tan cerca de la naturaleza le hacía sentir relajada y agradecida por estar ahí. Escocia era hermosa, cada rincón que descubría de esta tierra la enamoraba y no podía evitar compararla con el lugar en el que nació notando lo parecidos que eran.

Depositó lo que le quedaba de sándwich en la mesa, sobre la servilleta y se puso a canturrear la melodía de una muñeira que cantaba su abuela mientras cocinaba. Era algo que le hacía mucha gracia porque su abuela era arrítmica total y no cantaba bien pero siempre le encantó escucharla cuando canturreaba y trasteaba en la cocina de un lado a otro, entre los fogones.

Era un recuerdo hermoso que guardaba con cariño en su mente y en su corazón.

—*Ondiñas veñen, ondiñas veñen e van... Non te embarques rianxeira... que te vas a marear...* —comenzó a cantar, sin poder dejar de sonreír con cariño.

Un agudo chillido la sobresaltó y se puso en pie, asustada, escudriñando a su alrededor con nerviosismo. No tardó en encontrar al causante de ese agudo lamento muy cerca de donde estaba ella, medio escondido tras el grueso tronco de un pino.

Adela soltó una carcajada, negando con la cabeza ante el inmenso alivio que sintió, antes decir en alto:

—Tampoco canto tan mal, ¡eh! Qué exagerado eres —se dirigió al pequeño que tenía como inesperado público. Este movió el rabito de un lado a otro y salió de su escondite, acercándose hasta donde estaba trotando con sus patitas.

Volvió a reír cuando el perro aulló nada más colocarse frente a ella.

—¿Quieres que te cante de nuevo o que me calle? —le preguntó sin esperar una respuesta. Le encantaban los perros, desde que era una niña y, siempre deseó tener uno pero su abuela nunca le dejó, poniendo como excusa que era mucho trabajo para ella y que bastante tenía con criarla.

Volvió a aullar mientras ladeaba la cabecita, sin dejar de moverse, como si estuviera temblando a causa del frío o de los nervios. Sin dejar de sonreír, Adela se agachó y estiró la mano con cuidado, temiendo que se alejara de ella. El perro era pequeño, muy pequeño, con los ojos saltones y muy expresivos, una de las orejas le caía sobre la frente y la otra la tenía de punta. Se fijó que poseía una cola larga y curvada hacia arriba, y el pelaje que lo cubría era de una tonalidad que le recordaba a la miel, dorado, con el pelo corto y... olía fatal. El pobre estaba sucio, con pegotes negros por todos lados como si se hubiera revolcado en el barro.

Se sorprendió al ver que este se acercó a su mano. La olisqueó y le acarició con su cabecita, cerrando los ojos con placer.

Sin dejar de acariciarle, Adela miró a su alrededor para ver si encontraba al dueño de ese animal, pero ella era la única que se encontraba en el parque. ¿Qué hacía ese perro solo?

Lo observó con cuidado y le preocupó al ver que se le marcaban las costillas y no dejaba de temblar.

—Igual tienes hambre —reconoció, antes de ponerse en pie e ir hacia la mesa donde dejó lo que le quedaba de sándwich. Dudó si darle o no el contenido, pero si el pobre estaba famélico seguro que

se lo agradecía. Retiró el pan y tomó los trozos de carne. Los limpió un poco con la servilleta, quitándole la salsa, antes de regresar hasta donde permanecía el perrito. Este seguía en la misma postura, sentado y mirándola directamente, siguiendo cada uno de sus movimientos.

Se agachó de nuevo y le tendió la mano, esperando que no tuviera miedo y se acercara de nuevo a ella para comer. No le dijo nada, no hacían falta las palabras, solo que el animal viera que no le iba a hacer daño y que le iba a dar algo de comer.

Este dudó un poco, olisqueó el aire y se fue acercando paso a paso, como si temiera que fuera una trampa. Adela permaneció quieta, esperando, intentando no moverse y respirar con tranquilidad, que viera que era inofensiva.

Sonrió cuando el pequeño comenzó a engullir los trozos de pollo, al principio con duda pero luego con voracidad hasta que en cuestión de segundos acabó con todo, lamiéndole incluso la palma con su rugosa lengua.

Adela se rio y le acarició la cabecita, rascándole por detrás de las orejas, bajando la mano hasta el lomo dónde le masajearon con cuidado haciendo círculos. Se alegró al ver que el perro no le temía y se acercó todavía más a ella cuando alejó un poco la mano.

Volvió a reír y siguió con los mimos, murmurándole lo guapo que era y lo bueno que era, lamentando no tener más comida que ofrecerle.

Estuvo un buen rato con él, acariciándole, hablándole con cariño, disfrutando de su silenciosa compañía y lo agradecido que era, pues cada vez que ella dejaba de masajearle el perro aullaba y acercaba su cabecita hacia su mano, pidiéndole que siguiera.

—¿Y tu familia, pequeñín? No veo que tengas collar ni noto que tengas un chip —murmuró palpando la base del cuello donde se solía colocar este dispositivo de identificación para el animal—. ¿Vives en la calle? Sí, lo más seguro es que sí. Ojala tuviera más comida. Vendré mañana a la tarde, cuando acabe mi turno y te daré un poco de sobras —le prometió antes de incorporarse pese a la tentación de seguir dándole cariño. Le daba pena. Le parecía un perro muy hermoso y tranquilo y no comprendía cómo lo habían

abandonado. ¡Quien era tan desalmado como para abandonar a un miembro de su familia!

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para alejarse de él e ir hacia la mesa para recoger los restos de su comida y la botella vacía de agua. Escuchó de nuevo el aullido lastimero y estuvo a punto de llorar. Caminó hacia la papelera más cercana mientras procuraba no mirar hacia atrás pese a que escuchaba al perro llamarla. No podía hacer nada por él, no podía...

Un golpe en su tobillo la sobresaltó y dejó caer la basura en la papelera antes de mirar hacia abajo.

Eso... la condenó...

—No me hagas esto —le susurró, ahora sí, sin poder contener las lágrimas—. No puedo hacer nada por ti.

El perro siguió observándola con sus grandes ojos, mientras permanecía apoyado en su pierna.

—Yo...

Esta vez no fue un aullido sino más bien un gemido lastimero que le llegó directamente al corazón.

No podía dejarlo ahí.

—Está bien, te llevaré conmigo pero mañana te buscaré una familia que te acoja —aseguró antes de agacharse y atrapar al pequeño que enseguida le lamió la cara, todo emocionado. En esos momentos no le importó nada, ni el desagradable olor que desprendía, ni lo sucio que estaba, ni los problemas que conllevaría llevarlo a la casa rural e intentar esconderlo en su cuarto sin que nadie se percatara... Cada lametazo nervioso era un bálsamo para su corazón.

Ella también sufrió el abandono, comprendía el temor de la soledad y el saber que no eras querido por nadie pese a que luchabas por ser mejor cada día.

No era capaz de abandonarlo, dejarle ahí solo, a la intemperie, sin saber si iba a estar bien o no, pasando hambre, frío...

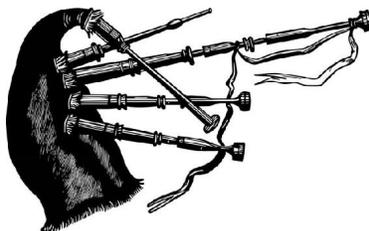
Lo abrazó con fuerza y le juró que le buscaría un buen hogar en el que fuera feliz.

—Te llevaré conmigo, pequeñín, pero debes ser muy bueno. Si nos descubren... perderé mi trabajo y no quiero irme. ¿Me entiendes?

Miró hacia abajo y se lo encontró dormido, acurrucado en sus brazos, con la cabeza apoyada sobre su corazón. Lo tenía jodido. Le estaba cogiendo cariño.

¿Cómo no amar a esa preciosidad? Era tan bueno...

CAPÍTULO 13



*Al día siguiente
Primera hora de la mañana*

—No, ¡perro malo! Eso no se hace —le riñó procurando no levantar la voz, mientras le señalaba la maleta. En algún momento de la noche se había movido del montón de ropa que le dejó como camita en el suelo y acabó marcándole la maleta, meándola.

El perro la miró con sus grandes ojitos y agachó la cabeza como si supiera que había hecho algo mal. Se le rompió el corazón. Era tan pequeñito, tan hermoso...

No pudo permanecer mucho tiempo cabreada con él. Nunca en su vida tuvo perro pero suponía que al no salir de noche, el encontrarse en un lugar que no reconocía... se puso nervioso y...

—¡No! También has meado mis zapatillas —se lamentó encontrando un gran charco amarillento rodeando sus zapatillas de andar por casa—. Pero... ¿por qué lo haces? Perro...

Se quedó en el aire la regañina al ver lo que hizo su nuevo compañero de cuarto. Este se tumbó en el suelo con la pancita hacia arriba, gimiendo, sin dejar de observarla con evidente adoración.

—¡No puedo reñirte! Con esa carita... ¿Cómo voy a reñirte? Pero no lo vuelvas a hacer, ¿vale?

Se agachó y le acarició la cabeza, sonriendo al ver cómo el perro cerraba los ojos y movía el rabito. Con qué poco era feliz. Debía

aprender de ellos, alegrarse por lo bueno que le sucediera y afrontar lo malo que apareciera en su vida.

Cuando se levantó echó un vistazo al reloj que tenía en la mesita de noche. Se sorprendió al ver la hora qué era.

—¡Voy a llegar tarde! Tengo que estar a las siete en la cocina para comenzar con el desayuno —exclamó sin poder creer cómo se le había pasado el tiempo. Miró a su alrededor sin saber qué hacer. Tenía que limpiar, ducharse, vestirse, tendría que sacar a pasear al perro, buscarle una familia...—. ¡¡¡Ah!!! No voy a tener tiempo para todo —acabó estallando, poniéndose muy nerviosa.

Un ladrido atrapó toda su atención.

—Shhh, no vuelvas a ladrar o harás que todos sepan que estás aquí —intentó acallarle acariciándole y tomándolo en brazos.

No le quedaba otro remedio que priorizar. Limpiaría el destrozo que hiciera el perro y lo sacaría de paseo con cuidado que nadie la viera. Estaría poco tiempo fuera y regresaría a tiempo para resguardarlo en su habitación, rezando para que no ladrara, y comenzar a preparar el desayuno para las tres parejas que permanecían en la casa rural. Hacía unos días se había ido James, quien finalmente decidió separarse de su mujer después de los varios encontronazos que tuvo con ella.

Dejó al perro en el suelo y fue directa al armario para ver qué podía ponerse. En todo momento el perro se mantuvo a su lado, atento a cada movimiento que hacía, interponiéndose muchas veces en su camino, llegando incluso a casi pisarlo.

—Perdona, pero es que te pones en medio. Quédate en tu camita —le indicó cuando tropezó con él, causando que gimiera.

No le hizo caso, por supuesto. ¡Hasta la siguió cuando se fue a cambiar al baño! Se quedó en la puerta, mirándola. Le dio un poco de apuro pero no tenía tiempo para pensar en nada, solo podía actuar. Agarró papel higiénico y fue directa a limpiar. Tuvo que emplear dos rollos. Eso sí, agradeció internamente que solo fuera eso y no hubiera hecho otra cosa...

Sin perder detalle del reloj, se agachó y agarró con cuidado al perro, cubriéndole con el abrigo de plumas que se puso. Lo metió dentro e intentó que no se notara mucho que lo llevaba en brazos.

Salió al pasillo y suspiró al comprobar que no había actividad. Las parejas que estaban alojadas eran mayores y solían acudir a desayunar a partir de las ocho y media.

Tenía tiempo.

¡No tenía tiempo para nada! ¡Llegaba tarde!

¿Por qué seguía haciendo planes si siempre se le iban al traste? Salir de la casa rural sin que la vieran fue sencillo, lo que no fue fácil fue conseguir que el perro la obedeciera. No hacía más que husmear y cotillear cada flor, cada arbusto o árbol que se encontraba por el camino. Se alejó del lugar en el que trabajaba con la esperanza de que nadie la viera, y en cuanto lo dejó en el suelo del descampado más cercano a la casa rural fue como liberar a la bestia. Comenzó a correr y a ladrar en círculos, oliéndolo, rascando la tierra, marcando todo lo que veía, arañando la tierra con las patitas traseras cada vez que lo hacía. Era muy divertido verlo disfrutar de esa libertad.

Lo que iba a ser quince minutos de salida se convirtió en media hora y todo porque era incapaz de agarrarlo. Cada vez que se le acercaba el perro se quedaba quieto y cuando iba a rozarlo... salía corriendo. Por más que le dijera, le ordenara, le suplicara, el perro escapaba, huía de ella, regresaba, ladraba, movía el rabo... e hizo que llegara tarde al trabajo, oliendo a perro mojado porque sí... el pequeño acabó chapoteando en varios charcos, y no le daba tiempo a darse una ducha.

Iba a ser su primer día llegando tarde. Ese mismo día tenía que encontrarle una buena familia que le acogiera. No podía arriesgarse a perder el trabajo, además, él merecía un buen lugar dónde quedarse y tener todo el amor del mundo.

En cuanto lo dejó en la improvisada cama, se quedó dormido. No le extrañaba con todo el ejercicio que realizó. El pobre estaba agotado.

Anotó mentalmente que tenía que llevarle algo de comer y un cuenco de agua en su primer descanso, además de volver a sacarlo para que corriera otro poco e hiciera sus necesidades.

Para no volviera a pasar lo de esa mañana, colocó la maleta dentro del cuarto de baño y cerró la puerta. No iba a darle la

oportunidad de que la marcara de nuevo y tampoco podía guardarla en el armario sin limpiarla con alcohol antes, por suerte era de un material duro y no de tela, porque si así fuera, tendría que tirarla.

Se acercó hasta el lugar dónde orinó y extendió unos periódicos ya que recordaba haber leído, en algún lugar de Google, que los animales que marcaban un sitio volvían a hacerlo, así que esperaba que al menos esos papeles absorbieran algo.

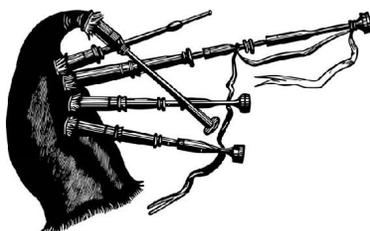
Antes de salir se cambió la parte de arriba por otra que no olierá a perro mojado y tendió el pluma en la barra de la bañera, colgado de una percha.

Abrió la puerta y miró hacia atrás, sonriendo al escuchar los suaves ronquiditos del perro. Le llenó de ternura y le derritió por dentro, pero no podía quedárselo. Por más que le tentara... ¡No! No era posible. Lo mejor para él era que le encontrara una buena familia que le pudiera dar todo lo que necesitara.

Soltó un suspiro y cerró la puerta con cuidado, antes de caminar hacia la cocina, notando los nervios bullir en su interior. Esperaba que su jefa no se cabreara con ella. No podía perder ese trabajo, no ahora, cuando creía que había encontrado su camino y comenzaba a encontrarse a sí misma.

¡Tocaba trabajar y pedir disculpas por llegar cuarenta y cinco minutos tarde!

CAPÍTULO 14



Adela suspiró al ver que el desayuno no fue tan mal. Pudo atender a tiempo a los comensales, y tras una y media de trabajo, le quedaba fregar y dejar a secar los cacharros sucios. Tenía que darse prisa porque ese mismo día comenzaría a buscar una familia para el perro. Le resultaba extraño llamarlo así pero no quería ponerle un nombre, si lo hacía, le resultaría más difícil entregárselo a otra persona.

Mientras restregaba el estropajo por la cacerola en la que calentó la leche para el café se perdió en sus pensamientos recordando lo que había sucedido desde que decidiera dejar atrás a su familia.

Vivía en una burbuja irreal en la que no dejaba de vislumbrar el mazazo que le supuso perder el trabajo en el restaurante de Edimburgo y, a continuación, conocer a Roderick. Debería haberlo olvidado, borrarlo de su mente, pero era incapaz de hacerlo. No creía estar enamorada, ¿cómo iba a estarlo si apenas le conocía? La magia con la que lo conoció, los instantes que pasaron en esa habitación... se rompieron en miles de pedazos, estallando como una bomba ante sus narices. Ella no le debía nada a nadie y, sin embargo, se sentía mal consigo misma por haberse convertido en “la otra”, en la mujer que se interpuso en una pareja que estaba a punto de casarse, por haber creído a un hombre que le había mostrado una cara mientras mantenía oculta su verdadera naturaleza.

—Maldita sea —masculló, mientras depositaba un vaso recién lavado en la encimera—. ¿Por qué no puedo olvidarte? —«Porque hacía tiempo que no sentías lo que sentiste cuando estuviste con

él», se dijo a sí misma, obligándose a vaciar la mente y no seguir dándole vueltas a lo mismo. Era necesario que se centrara en el presente y permitir que fuera el tiempo quien le diera las respuestas que necesitaba.

Tan ensimismada estaba que la voz de su jefa la sobresaltó y estuvo a punto de dejar caer la taza que estaba fregando.

—Adela, ¿podemos hablar?

—Sí, claro, dime... —No pudo continuar. Nada más girarse... Esta vez sí... la taza se escurrió de sus manos y acabó estrellándose en el suelo.

«Tierra, trágame, esto no puede estar pasando», se lamentó amargamente, sin saber qué hacer o qué decir. Estaba paralizada por la impresión.

—¿Tienes algo que decirme acerca de esto? —insistió Maggie al ver que la joven no reaccionaba. Seguía con la mirada clavada en lo que llevaba en brazos, con los ojos abiertos, retorciendo las manos de manera nerviosa y tragando con dificultad como si le costara encontrar las palabras.

Cuando ya creía que le iba a dar una explicación el pequeño gamberro que sostenía saltó de sus brazos y se acercó trotando hacia la nerviosa mujer, poniéndose sobre dos patas y lloriqueando para que esta le hiciera caso.

—¿Cómo es posible que encontrara un perro en tu habitación? ¿Cuándo lo trajiste a mi casa? ¿Por qué no me avistaste?

Adela paseó la mirada desde el animal hacia su jefa, notando los nervios propios del arrepentimiento y la culpa. Se agachó y agarró al pequeño para que dejara de llorar, acunándolo.

¿Su jefa había entrado en su habitación sin su permiso? ¿Cómo la había descubierto? Es cierto, que debería haberle hablado del perro pero...

—¿Cómo lo encontraste? —fue lo único que atinó a decir mientras esperaba la estocada final: perder el trabajo y volver al punto de partida.

—El señor Smith me comentó que oía llorar a un niño. Me acerqué al pasillo a investigar y también escuché ese ruido. No iba a entrar en tu dormitorio pues te prometí que sería tu refugio y gozarías de absoluta intimidad, pero cuando me coloqué delante de

la puerta, el lamento se hizo más fuerte y tuve que ver qué sucedía. En el momento en que abrí, ese se lanzó hacia mí pidiendo que le acariciara. Te informo que tendrás trabajo cuando regreses a tu habitación porque la dejó... —Negó con la cabeza, esbozando una sonrisa que puso más nerviosa a Adela.

—¿No me vas a despedir?

Maggie se cruzó de brazos y la observó con atención.

—¿Por qué debería hacerlo? —le lanzó a su vez la pregunta sin llegar a responderle la suya.

—Por qué te oculté que metí un animal en tu casa, porque...

—¿Sabíais que en mi casa se admiten mascotas?

Adela se quedó sin habla, sin saber qué contestar.

—No, no lo sabía. Yo creí que me echarías si lo descubrías. Iba a buscarle una familia que lo acogiera y...

—No voy a perder la mejor cocinera que ha trabajado conmigo en muchos años por tener buen corazón y salvar a esa preciosidad. Si quieres buscarle una familia, ¡hazlo! Pero si al final decides quedártelo, puedes hacerlo. Eso sí, avísame de tu decisión, no lo vuelvas a esconder. ¡Hasta podría cuidártelo mientras estás en la cocina! Siempre me han gustado los perros pero nunca pude tener uno porque mi esposo, que en paz descansa, era alérgico y se ponía malísimo cuando se le acercaba uno.

—Yo... no sé qué decir. ¡Muchas gracias! —acabó susurrando sin poder evitar que los ojos se le empañaran de la emoción. El peso que sintió en el pecho se desvaneció como por arte de magia al ver que continuaba con esa aventura que inició gracias a la generosidad de esa anciana y de la suerte.

Maggie hizo un gesto con la mano como si le restara importancia a sus palabras, antes de contestar:

—No hay que dárlos, niña. Eso sí, no vuelvas a mentirme, ni a ocultarme nada. Además, creo que te vendrá muy bien cuidar de ese bribón. No he querido comentártelo pero siempre te he visto... triste, sí, esa es la palabra, como si estuvieras huyendo de algo y no supieras qué hacer. —No iba a confesárselo, ya que creía que era una percepción muy personal y que podría estar equivocada, pero sentía que era necesario. La veía como la hija que nunca tuvo y le parecía una mujer de gran corazón, verla con esa mirada de tristeza

le entristecía y preocupaba. Era joven, tenía salud, ¿por qué no era feliz? La felicidad era algo efímero, como el agua que se escurría entre tus manos cuando querías atraparla, y por más que lo intentaras, lo único que conseguirías era que acabara en el suelo, salpicando todo a tu alrededor, dejándote como único recuerdo tus manos mojadas y una sensación amarga en la boca de haber perdido el tiempo.

Esa muchacha debía luchar por conseguir que cada día tuviera un motivo por el que reír.

Adela dudó. ¿Qué podía decir? Durante unos segundos solo pudo abrazar al perro, notando su calor, mientras los recuerdos acudían a su mente en una vorágine de descontrol que le había mostrado todo lo que ocultaba en su interior. Qué sencillo era decir que el tiempo sanaba las heridas y que no había que darle vueltas a los problemas, porque cuando no te afectaba era muy fácil dar ese consejo; todo cambiaba cuando eras el afectado. Ahí se imponía el corazón, la angustia, las emociones, la sinrazón.

¿Podía confiar en su jefa? ¡Y por qué no! No tenía con quién hablar y... sí, el perro no contaba ya que él solo movía la cabeza mientras, y esto era lo que ella creía, se preguntaba qué era lo que le estaba diciendo la loca que lo recogiera de la calle, cuando lo único que quería era que le rascara la barriga o buscar un objeto que oliera a ella para mordisquearlo.

Adela soltó el aire, tragó con dificultad y miró a la señora, asintiendo con la cabeza, dándole la razón antes de comenzar su relato. Era cierto. Ella misma lo percibía cuando se miraba en el espejo. No estaba ciega. No eran solo las rojeces que la acompañarían el resto de su vida, eran... sus ojos, apagados, con ojeras y luciendo a punto de llorar.

Tomó una decisión...

Le contó todo.

Le explicó que era huérfana, criada por su abuela que la quería a su manera y que no deseaba que volara lejos del nido. Su mala experiencia en Edimburgo. Cómo tuvo que huir de la ciudad por temor a que la denunciaran por agresión. Y sí... dudó si contarle o

no lo que vivió junto a Roderick pero se lo acabó confesando, sin entrar en detalles, eso sí.

—¡Oh! Ese Roderick no ha sido muy honesto qué digamos — afirmó Maggie, sorprendida ante lo que le narró la muchacha. Sabía que había algo que le provocaba que siempre luciera triste pero no esperaba hubiera vivido todo eso. No quería ni imaginarse lo que sufrió al perder a sus padres en un trágico accidente cuando era niña. No podía imaginarlo siquiera. Eso sí, no sentía lástima por ella, si no orgullo, ya que, pese a todo, fue capaz de levantarse y luchar por su futuro—. ¿Crees que conoceré a ese Roderick? Si fuera un conocido mío le tiraría de la oreja y le daría una buena reprimenda por portarse contigo de esa manera. Si está comprometido con otra mujer no debió... saltar a la cama... No, eso no se hace. Si fuera mi prometido se la... —Hizo el gesto de una tijera con la mano, consiguiendo que Adela se riera.

—Yo haría lo mismo que tú y no, no creo que lo conozcas.

—Ponme a prueba. ¿Cómo se apellida ese bribón?

—MacKinnon, Roderick MacKinnon.

Nada más pronunciar ese nombre se hizo el silencio entre las dos, algo que sorprendió a Adela ya que esperaba que la otra se riera y negara que lo conociera; pero, en lugar de eso, su jefa se despidió de ella de manera abrupta, saliendo a continuación de la cocina sin mirar atrás, al tiempo que decía:

—Aprovecha tu descanso para llevar a pasear a esa preciosidad. Y... mejor pasa antes por tu habitación para limpiar el... desorden que provocó en tu ausencia.

No le dio la oportunidad de responderle, simplemente se fue, dejándola sola con el perro. Adela le miró quien a su vez la observaba con sus grandes ojos marrones, con la lengua afuera y moviendo el rabito feliz.

—Solo quedamos tú y yo. A ver qué has hecho en mi cuarto. Hoy te encontraré una familia que te acoja —acabó hablando sola, sorprendida por la reacción de Maggie pero sin querer detenerse a analizar sus acciones. Su jefa era una mujer peculiar, con mucho carácter, afable en numerosas ocasiones pero también reservada y muy suya, capaz de hablar claro y sin tapujos sin importarle las consecuencias de sus palabras.

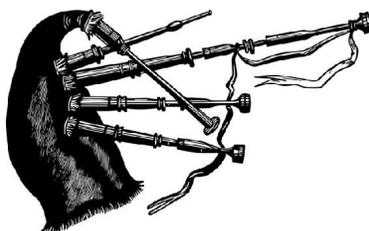
Ahora le tocaba pensar en encontrarle una familia a ese adorable perro. No podía posponerlo por más tiempo. Cada día que pasaba a su lado, le robaría un pedacito de corazón y luego le resultaría más difícil y duro, entregárselo a otra familia.

Esperaba que fuera sencillo encontrar a alguien que lo adoptara pues, pese a que era un poco revoltoso, ese pequeño era muy mimoso, adorable y hermoso con sus peculiaridades.

Esa misma tarde tendría una nueva familia que lo amara y cuidara como merecía. Seguro.

¿O tal vez no?

CAPÍTULO 15



Tres días después

Ese día volvería a llamar a su abuela e intentaría hablar con ella. Llevaba una semana llamando cada día a Galicia y, por más que lo pidiera, sus tíos no le pasaban el teléfono a Catuxa. Sospechaba que ni siquiera la avisaban de que estaba intentando contactar con ella.

Tres días en los que estableció una rutina en la que poder trabajar, cuidar al perro y buscarle una familia, y, la verdad, es que estaba agotada. Y para más inri el perro no hacía más que gruñir a las pocas interesadas en adoptarlo.

No sabía qué pensar. Cuando estaba con ella era un cielo de animal, obediente, cariñoso, pendiente de cada movimiento que hiciera o de que cada palabra; pero cuando se lo presentaba a alguna de las amigas de su jefa, cambiaba completamente y se mostraba gruñón, ladrando sin parar, consiguiendo así que las señoras se desanimaran a acogerle.

Pero... ¿por qué lo hacía? ¿Qué le sucedía? ¿Por qué se portaba así? Quería lo mejor para él, pero este parecía que no se percataba de esto y no hacía más que gruñir a todo el mundo, menos a Maggie y a ella.

Sonrió al verle dormir a su lado, boca arriba, roncando con suavidad y gruñendo de vez en cuando en sueños.

Estaba tumbada en la cama, cubierta con dos mantas, disfrutando de su día libre.

Vio un rato la televisión pero tuvo que apagarla, ya que le resultaba agotador estar traduciendo todo el rato lo que decían. Es cierto, que mejoró su inglés desde que llegó a Escocia, pero le costaba ver las películas y series de televisión en otro idioma que no fuera el español.

Si le gustara escribir hasta se animaría a comenzar una novela con la idea de publicarla, sin embargo, a ella lo que le apasionaba era leer y se veía incapaz de teclear en el ordenador cada día dando vida a una historia.

Adela suspiró y miró su móvil. Llevaba un rato tecleando el número de la casa de su abuela junto con el código de España para que fuera una llamada internacional pero enseguida cortaba la llamada.

Cerró los ojos, dejó el teléfono encima de la manta y respiró hondo, intentado calmarse. Estaba nerviosa. No podía evitarlo. Catuxa era como su madre y... aceptaba que tenía una relación amor-odio con ella, parecía que su abuela no la comprendía o no aceptaba que quería vivir su propia vida y, en muchas ocasiones, cuando se quedaba contemplando el techo del cuarto en la oscuridad de la noche, se ahogaba con las dudas y con la culpa. ¿Debió quedarse con su abuela para cuidarla? ¿La había abandonado? ¿Hacía bien refugiándose en otro país buscando una oportunidad? ¿Cuánto tiempo duraría esta burbuja en la que se encontraba?

Y en esos momentos, en los que estaba a punto de llorar... le recordaba. A *BatKilt*. No podía evitarlo. Era algo que hacía su mente sin poder remediarlo. Le devolvía a cada encuentro, como si estuviera visualizando una película que aún no tenía un final.

Al ver el rumbo que estaba tomando sus pensamientos, tomó de nuevo el móvil y tecleó con rapidez el número de la casa en la que creció, y aguantó la respiración mientras esperaba que cogieran el teléfono.

—¿Diga?

Estuvo a punto de gritar de alegría al escuchar la voz de su abuela, en cambio, mantuvo la calma y respondió:

—¿Abuela? Soy yo.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea antes de que la anciana contestara.

—¿Adela? ¿Eres tú?

—Sí, abu, soy yo. ¿Cómo estás?

—Y cómo crees que estoy. Me duele todo, los médicos ya no saben qué darme. Creo que ya me queda poco tiempo y...

Adela sonrió. Catuxa siempre decía lo mismo, cada año. Quejándose de sus achaques, visitando al médico de cabeza cada semana pese a que no le cambiaban el tratamiento. Casi parecía que lo hacía para pasar esas horas de espera hablando con sus “amigas de consulta”, comparando entre ellas quién estaba más enferma, quién tomaba más medicación o describiendo con pelos y señales lo qué les dolía. Pero, por mucho que se quejara, era una mujer fuerte, que esperaba que viviera más de cien años.

—No digas eso, abu, sabes que aún eres una pipiola.

—Ya no soy ninguna jovencita. Estoy arrugada como una uva pasa y me duele cada hueso del cuerpo. Ya te acordarás de mí cuando llegues a mi edad y dirás: ¡qué razón tenía, mi abuela!

Volvió a sonreír y cerró los ojos, escuchando en silencio todas las quejas de Catuxa, quien comenzó a enumerarle lo que le dolía y el tratamiento qué tomaba, mientras intercalaba algún que otro insulto contra su médico de cabecera por no darle otra cosa que le curara sus dolencias.

Le hizo sentir otra vez una niña.

—¿Con quién estás hablando?

La voz de su tío la sobresaltó y la alteró. Abrió los ojos y agarró con fuerza el móvil, mientras apretaba los dientes con rabia. Ese hombre nunca le gustó. Era frío, distante, autoritario, y parecía que le tuviera envidia o tal vez eran celos por el trato que mantenía con su madre. Nunca en su vida le había mostrado cariño, ni comprensión y la trataba con frialdad y sequedad pese a que era su sobrina.

Antes de que le avisara a su abuela que no le dijera que era ella, esta se le adelantó y confesó:

—Con Adela. Y tengo que decirte que estoy un poco cabreada con ella por no llamarme antes. Lleva un mes sin hablar con su

abuela y...

—Pero, abu, si he llamado varias veces estos últimos días. ¿No te lo dijeron Pablo o Sofía? Llevo tiempo queriendo hablar contigo y...

—No, no me dijeron nada y...

Se escuchó un crujido seco, la voz de su abuela gritando que le devolviera el teléfono antes de que su tío interviniera, advirtiéndole:

—No vuelvas a llamar a esta casa.

—No puedes prohibírmelo, también es mi casa —chilló a su vez Adela, sujetando con tanta fuerza el teléfono que parecía que estaba a punto de romperlo, deseando estar en esos momentos en Galicia para golpear a su tío con algún objeto contundente para acallarle.

—Nunca ha sido tu casa. Te debieron entregar a los servicios sociales. Siempre has sido una carga para mi madre. Que te quede muy claro porque no estoy dispuesto a volver a advertirte. ¡No llames más a este número!

No pudo responderle como quería. Ese maldito hijo de puta colgó el teléfono sin darle la oportunidad de contestarle lo que pensaba de él, de gritarle todo lo que guardaba en su interior, tras años de frialdad y malos modos. ¿Cómo se atrevía a hacer eso? ¿A decirle esas burradas? A...

Se puso a llorar sin poder evitarlo, volviendo a ser esa niña que tenía miedo a dormir por las noches para no soñar con la muerte de sus padres, que tenía pavor a salir de casa por si le sucedía algo, que lloraba cuando se despertaba al ver que sus pesadillas habían pasado de verdad, que lloraba cuando en el colegio se burlaban de ella por ser la huérfana que vivía con su abuela...

Volvió esa pequeña Adela que tenía miedo del futuro y le dolía el pasado, que solo quería que pasaran los días sin disfrutar realmente de cada uno de ellos.

¿Qué había hecho para que le pasara eso?

Un ladrido la sacó de sus pensamientos y miró hacia un lado. El perro estaba sentado en la cama, mirándola fijamente, ladrando para que le hiciera caso. Cuando vio que lo estaba observando se le tiró encima y le lamió la cara, borrando todo rastro de sus lágrimas,

consiguiendo que sonriera y le abrazara, agradecida por el amor que le mostraba.

En ese momento, mientras lo tenía entre sus brazos, lo decidió: se lo quedaría. Ese pequeño había llegado a su vida en el momento justo, cuando lo necesitaba, mostrándole una devoción y un amor que era incondicional. No importaba cómo lucía o qué tuviera un mal día, la recibía siempre con alegría, provocando que sonriera y se sintiera relajada y feliz.

—Creo que llegó la hora de que te ponga un nombre —murmuró para sí misma, pese a que tuvo como única respuesta un ladrido.

Adela soltó unas carcajadas y lo separó de ella, mirándole a los ojitos saltones. No tenía ni idea de qué raza era o si era mestizo, le daba igual. Era perfecto tal y como era. Un loquillo de pocos kilos que la volvía loca con sus travesuras y la derretía con su amor.

—Creo que te llamaré... Thor, ¿qué te parece? ¿Te gusta?

El perro ladeó la cabeza y bufó.

—Vale, no te gusta... Déjame pensar. —Estuvo unos segundos en silencio, fijándose en los detalles del animal. Era pequeño, revoltoso pero a la vez adorable y...—. ¿Loki?

Nada. No hubo reacción.

Adela soltó un suspiro.

—Está bien, creo que lo pensaré bien. Pero antes... vamos — esa palabra fue mágica ya que le activó y comenzó a saltar por la cama, antes de lanzarse al suelo, ladrando y mirando hacia la puerta—. ¡Sí, vamos de paseo! Que listo eres. Cierto que eres un poco loquillo y...

Más ladridos nerviosos y volvió a acercarse hasta ella, saltando y posando sus patitas sobre sus piernas.

Adela se sobresaltó y lo observó con atención. Quizás...

—¿Loquillo?

El perro volvió a ladrar sin dejar de mover el rabo con rapidez, observándola con adoración.

—Creo que encontré un nombre que te gusta, ¡eh! —Sonrió y negó con la cabeza, aceptando que esa pequeña bomba de energía se llamaría Loquillo. Lo había elegido él, o más bien, había reaccionado a ese nombre y la verdad... es que le venía de perlas.

Se agachó y le agarró con cuidado una patita, sacudiéndola, como si le saludara formalmente.

—Encantada de conocerte, Loquillo. Iremos a dar un paseo y mañana te llevaré al veterinario para que te pongan el microchip y las vacunas que necesites; y serás mío oficialmente —«O más bien, desde ese momento seremos familia», pensó, contenta con el paso que había dado. Cuando regresara del paseo se lo comunicaría a su jefa para que dejara de buscarle una ama que lo adoptara, aunque después de preguntar a todas sus amigas no creía que le quedara mucha gente a la que presentar a...—. Loquillo, ¡vamos al parque!

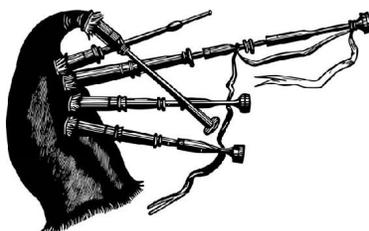
Más ladridos estridentes y ruidosos, aunque esta vez llegaron directos a su corazón. Ese pequeño dependía de ella, la amaba tal y como era y no le importaba que fuera una fracasada que temía al futuro y permitía que el pasado la agobiara con sus recuerdos.

Para él era perfecta y...

Adela le miró con cariño mientras se agachaba para colocarle el collar y la correa que compró hacía unos días y que dejaba encima de la mesa del cuarto.

Él también lo era.

CAPÍTULO 16



Dos horas después

El paseo le sentó muy bien. Consiguió despejar la mente y relajarse, disfrutando de la energía de Loquillo que durante todo el trayecto no dejó de saltar a su alrededor y mirarla cada dos por tres, ladrando cada vez que lo llamaba por su nombre.

Aprovechó para sacarle varias fotos y vídeos para recordar ese día en que se percató que él era un regalo que apareció en su vida. Gracias a él se olvidó de lo sucedido con su tío, llegando incluso a disfrutar del tiempo que estuvo jugando con Loquillo en el parque.

No fue hasta que el sol comenzaba a desaparecer en el horizonte que se percató que el tiempo había pasado velozmente y había llegado la hora de regresar a casa. El camino de vuelta lo hizo en silencio, y con cada paso que daba se sumergía más en sus pensamientos, rememorando la llamada una y otra vez.

—¡Ya basta! —exclamó para sí misma en alto cuando llegó a la puerta de la casa rural. No podía seguir dándole vueltas a lo mismo porque no iba a solucionar nada. Volvería a llamar a su abuela otro día y seguiría haciéndolo, para que ella no creyera que la abandonaba, que no se acordaba de ella. Su tío podía irse a tomar por culo, hablando claro, porque no iba a dejar de hablar con su “madre”.

Entró y cerró la puerta con cuidado, comprobando que no había nadie a la vista. A esas horas seguro que Maggie estaba en su

habitación, los turistas que se alojaban no aparecerían hasta que llegara la hora de la cena y ella disponía de un tiempo de descanso en el que aprovecharía para darse una relajante ducha y, de paso, bañaría a Loquillo ya que el pobre se llenó de barro y olía a perro mojado.

Se agachó un instante para quitarle el collar a su pequeño acompañante. Al pobre no le gustaba nada tener que ir con correa por eso le “liberaba” nada más entrar en la casa. El perro saltó feliz y movió el rabo al notar que esa molesta cinta de cuero desapareció de su cuello y trotó al lado de su dueña rumbo a la habitación que él consideraba que les pertenecía.

Adela abrió la puerta de su cuarto, sin dejar de sonreír por las monerías que hacía, extendió la mano para encender la luz y...

—¡Al fin llegas!

La voz de un hombre la sobresaltó. Sin perder tiempo y dejándose guiar por sus instintos, sujetó con fuerza la correa y golpeó al intruso con fuerza, usándola como si fuera un látigo, consiguiendo su objetivo, darle con saña. Al mismo tiempo, chilló pidiendo ayuda con la esperanza de que alguien acudiera a su rescate.

Los chasquidos de la correa golpeando al hombre se escucharon con claridad por encima de los ladridos enfurecidos de Loquillo, quien al ver tan alterada a su dueña se lanzó hacia delante para atacar al extraño.

—Joder. ¡Ya basta! Mierda... ¡Enciende la puta luz! —No le hizo caso. Sí, debería dar media vuelta y salir corriendo de ahí, pero el miedo era un compañero que nublaba la mente, además... perdió de vista a su perro y no podía dejarle solo con ese hombre. ¿Quién era? ¿Cómo se había colado en su habitación? ¿Sería un turista que se equivocara de habitación? No, eso no podía ser porque cada habitación disponía de una llave única que no abría ninguna otra puerta que no fuera la suya.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Llaman a la policía! —volvió a gritar—. ¡Loquillo ven aquí! —le llamó, temiendo que el hombre le pudiera hacer daño.

Antes de que pudiera reaccionar, el intruso le agarró la correa en el aire y de un tirón se la arrancó de la mano, tirándola al suelo.

—¡Ya basta! Enciende la luz. Esto es una puta locura, desde que te conozco yo... —Adela se quedó congelada al reconocer esa voz. El hombre gritó de dolor y según pudo ver en la oscuridad, gracias a la tenue luz que había en el pasillo, este estaba alejándose de Loquillo—. Agarra a esta rata que me ha mordido.

¡No podía ser verdad! Él no podía estar ahí. Era imposible era...

Escuchó pasos acercándose. Miró hacia atrás y vio llegar a Maggie quien a su vez venía acompañada de dos de sus amigas. Una de ellas aún tenía varias cartas en las manos. Seguro que era la noche de “póker de chicas” y las había sorprendido con sus gritos.

—¿Qué sucede?

Adela iba a responderle, sin embargo, el hombre intervino dejando claro lo enfurecido que estaba:

—Que este maldito chucho me ha mordido. ¡Joder! ¡Qué alguien lo agarre o no respondo!

Toda la escena era muy caótica, en la que apenas se llegó a escuchar la respuesta de él ya que Loquillo aullaba muy alto, atrayendo la atención de todos. Se estaba portando como un lobo defendiendo a su manada sin pensar en que su “presa” era un hombre de gran corpulencia que podía hacerle daño. Él solo quería defender a su dueña, echar de su territorio a ese macho que invadiera su refugio.

Adela ahora sí que estaba segura...

Era él.

Estaba nerviosa. No podía evitarlo. Le temblaba el cuerpo, tenía las mejillas sonrosadas, la boca reseca y el corazón le bombeaba enloquecido en el pecho.

Extendió la mano y... Encendió la luz, encontrándose cara a cara con el hombre que poblaba sus sueños, quien a su vez la miraba con gesto enfurecido mientras sujetaba al perro con sus manos como si fuera una bomba peligrosa que no dejaba de ladrar y de enseñarle los dientes. Lo tenía alejado, a una distancia prudencial de él, agarrándolo del pellejo del cuello.

—¡Oh! —fue lo único que logró murmurar Adela, a punto de desmayarse, echarse a llorar o pedir que la tierra se abriera en dos y la tragara.

—¿Es lo único que se te ocurre decirme cuando he venido a verte y el loco de este... chucho me ha mordido, además de que me has golpeado con esa maldita correa? ¡Joder! Me voy a tener que vacunar de la rabia y...

—No le grites a Adela, lo que deberías haber hecho cuando te avisé que ella estaba aquí es aparecer como Dios manda. Con un buen ramo de flores, una caja de bombones y esperar sentadito en el salón. Te dije que me avisaras cuando llegaras y así prepararía vuestro encuentro. ¡Lo tenía todo pensado y ellas me iban a ayudar! Hemos leído muchas novelas románticas y sabemos lo que hay que hacer. Pero tú lo has estropeado todo con tu impaciencia —le recriminó Maggie, señalándole—. Sobrino, cuántas veces te he dicho que debes cultivar más tu paciencia y...

Hasta ese momento Adela estuvo en silencio sin poder creer lo que estaba pasando. ¿Maggie le avisó? ¿Sabía que iba a venir? Pero todo se resquebrajó dentro de ella cuando escuchó la palabra “sobrino”.

—¿Es... tú...?

Maggie carraspeó y se mostró avergonzada antes de confesar el secreto que llevaba unos días guardando.

—Adela, te presento a mi sobrino, Roderick MacKinnon. Este muchachote es mi sobrino por parte de mi cuñada. Su madre me comentó que estaba como loco buscando a una española que conoció en Edimburgo y claro... Cuando hablé contigo...

Ahora sí que estuvo a punto de caer desmayada al suelo, pero acabó apoyándose contra el marco de la puerta con las lágrimas asomando por sus ojos.

Al ver el estado en que se encontraba la joven, Maggie se adelantó y fue hacia Roderick. Le golpeó en el hombro y le recriminó:

—¿Así es cómo vas a conquistar a Adela? ¡Pídele disculpas! Suelta al perro y asegúrate de disculparte como corresponde con ella. ¡Lo has hecho todo muy mal! Recuérdame que te regale varias novelas románticas para que aprendas a actuar de manera adecuada cuando quieras conquistar a una mujer.

Adela negó con la cabeza al escuchar las palabras de su jefa al tiempo que lloraba en silencio y rompía a reír de lo surrealista que

era su vida. ¿Qué más podía pasarle? ¿Qué su tío se disculpara con ella? ¿Qué Papá Noel apareciera con todos sus renos para preguntarle una dirección?

Sin dejar de reír se sentó en el suelo y se tapó la cara con las manos, ocultando las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Estaba agotada. Perdida. Confundida y ahora... Tenía a *BatKilt* en su habitación y...

Alzó la cabeza y le miró a los ojos, comprobando que todos la observaban a su vez:

—¿Para qué coño has venido? ¿Y tú prometida?

—Creo que es hora de que los dejemos solos —admitió Maggie, tomando las riendas de la situación. Agarró a Loquillo quien dejó de ladrar y aullar y salió con prisas del cuarto, animando a sus amigas que la siguieran por mucho que estuvieran tentadas a quedarse atrás y seguir siendo testigos del espectáculo. ¡Eso era mejor que las películas románticas de la televisión!

En el momento en que quedaron solos, Adela se levantó y estuvo a punto de salir corriendo. No estaba preparada para enfrentarse a ese hombre. No ese día. Estaba saturada. Necesitaba...

Roderick la abrazó, cubriéndola con sus brazos, apoyándola contra su pecho.

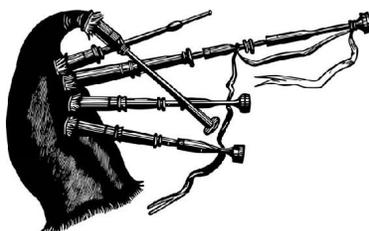
—¡Al fin te encontré! Eres muy escurridiza, preciosa.

Lloró. Necesitaba ese abrazo. Más tarde hablaría con él, le gritaría, le insultaría y, tal vez, lo mandara a la mierda exigiéndole además que se alejara de ella; pero en esos momentos... solo necesitaba un abrazo. Sentir el calor de otra persona, poder imaginar que nada malo le iba a pasar y que no estaba sola.

Unos minutos en silencio, siendo abrazada. No pedía mucho.

En cuanto a lo demás... ya lo enfrentaría más tarde.

CAPÍTULO 17



Varios minutos después

—Si te suelto ¿me prometes que no me darás un puñetazo?

Adela abrió los ojos y rompió a reír mientras negaba con la cabeza. Durante esos minutos en los que disfrutó del abrazo en silencio consiguió relajarse un poco y controlar sus sentimientos, sepultando en lo más profundo de su interior el dolor que sentía ante el rechazo de su tío y el pensar que su abuela creyera que la había abandonado.

—Así me gusta, que te rías. Pero, recuerda que me has prometido no golpearme, eh. Menos mal que tiré lejos esa maldita correa. ¡Eres más peligrosa que Indiana Jones con su látigo!

Adela se carcajeó sin controlarse y se lo agradeció. Lo necesitaba para colocarse la máscara que usaba cuando se encontraba mal y no quería mostrar al resto del mundo cómo estaba. Sin embargo, dejó de reír en el momento en que se separó de él y se encontró con su mirada.

Antes de que él pudiera decirle algo, le preguntó lo primero que se le pasó por la mente:

—¿Qué haces aquí?

—Ahora mismo, estoy deseando que nada me vuelva a atacar, ni morder... Creo que necesito hielo para mi cabeza y tengo que mirar el mordisco de ese chucho. ¡Voy a tener que ir al médico para que me vacunen contra la rabia!

Adela se cruzó de brazos y entrecerró los ojos, observándole con atención. ¡Joder, qué guapo estaba pese a que tenía los cabellos

revueltos y lucía unas ojeras pronunciadas! Le recordaba a Severus Snape a punto de gritar a un alumno que acabara de hacer explotar su caldero.

—Si no vas a responderme, ¡lárgate!

—Quizá debería hacer eso. —Se revolvió los cabellos con nerviosismo y soltó varias palabras en gaélico que sonaban como palabrotas—. No sé qué hago aquí.

—¡En eso estamos de acuerdo los dos! No sé qué haces aquí. La última vez que nos vimos...

—Maldita sea... —bramó él antes de avanzar los metros que los separaban, dejándose llevar por las bulliciosas emociones que sentía cuando estaba ante esa mujer. Esta... se había metido muy dentro de él y no tenía ni idea del porqué. Lo único que sabía era que... ¡Necesitaba besarla! y... eso fue lo que hizo.

Ese beso la tomó por sorpresa y, en un principio, intentó separarse para seguir hablando pero... acabó correspondiéndole; llegando incluso a abrazarle con fuerza, pasando los brazos por su cuello y poniéndose de puntillas para acercarse más a él. Sus lenguas danzaron, se buscaron, se acariciaron, los hicieron gemir y temblar por la fuerza de las emociones que provocaba ese íntimo contacto. Sus corazones latieron con fuerza, sus cuerpos se encendieron y ambos acabaron jadeando cuando se separaron y se miraron a los ojos.

—Puro fuego... —murmuró Roderick con voz enronquecida.

Estaba excitado, a un paso de suplicarle que acabaran en la cama... para devorarla por completo. No podía quitarse a esa mujer de la cabeza, desde la primera vez que la vio... quedó grabada en su mente, atormentándolo con su recuerdo, llegando incluso, a buscarla cuando iba de paseo por la ciudad.

Necesitaba verla y cuando lo hizo... ¡Joder! En el hotel... Esa mujer lo alteraba de tal manera que tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no eyacular nada más entrar en ella. Nunca le había sucedido nada parecido con sus anteriores parejas. Con ellas mantenía una relación hasta que alguno de los dos se cansaba de la rutina y acababan tomando caminos separados. Pero Adela... fue capaz de atravesar las capas de indiferencia con las que se había

cubierto en el pasado y convertirlo en un tonto, quien además, había movido tierra y cielo para encontrarla.

Tenía que volver a verla, hablar con ella y ahora que la tenía delante... ¡necesitaba probar de nuevo su sabor!

Joder. ¡Quería follarla!

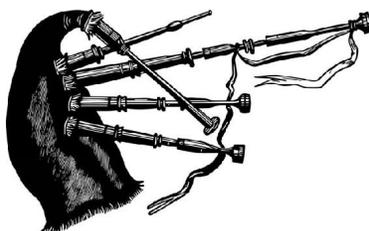
No podía decir que estaba enamorado, pero esa mujer se había colado en su piel, en su corazón, apareciendo en sus sueños...

Tenía tanto que decirle pero...

Volvió a besarla. Lo necesitaba. Y... cuando sus lenguas se reencontraron... se sintió en casa y, recordó todo lo que había vivido para volver a encontrarla.

Tal vez fuera el destino quien los unió, daba igual, ya que en esos instantes lo único que le importaba era que Adela estaba en sus brazos.

CAPÍTULO 18



Sin romper el beso, Roderick recordó los días que pasó ansiando volver a verla. Revivió la angustia que sintió al no encontrarla nada más salir del cuarto de baño cubierto con la toalla, dispuesto a una nueva ronda de sexo.

Llamó a recepción por si Adela hubiera bajado para pedir algo pero le informaron que la vieron salir minutos antes. Y él... acabó bajando en albornoz para ver si la alcanzaba. Hizo el ridículo, cierto. Acabó medio desnudo en la calle ante la puerta del hotel, mirando a un lado y a otro, desesperado y confundido ante su huida.

¿Por qué cojones se fue? ¿Por qué no se despidió de él? ¿Qué había sucedido? ¿No había disfrutado? ¿No... sentía lo mismo?

Se volvió loco cuando regresó a su habitación. Buscó su ropa, se vistió, y volvió a salir, dispuesto a recorrer las calles de Edimburgo.

Fue a la oficina de Turismo. No la encontró.

Estuvo paseando por la ciudad hasta que se hizo de noche y tuvo que aceptar que ella... se había ido.

Esa noche llamó a su hermano y le contó lo sucedido. Este al principio se rio de él pero luego, al notar que iba en serio, le animó a que volviera a salir al día siguiente y la siguiera buscando si creía que tenía una conversación pendiente con ella, si sus sentimientos eran verdaderos.

Días después tuvo que dejar Edimburgo para regresar a su casa, aceptando que Adela se había evaporado para siempre, que esa mujer iba a quedar en su memoria como un recuerdo.

Tras pasar unos días en su casa acudió a comer a la de sus padres, reencontrándose con su hermano, su cuñado, sus sobrinos y su tío Niall, quien iba a estar unos días con ellos puesto que tenía que acudir al médico para realizar una prueba médica y necesitaba ir con acompañante.

Niall era hermano del padre de Roderick y amaba muchísimo a sus sobrinos, sobre todo, porque nunca pudo tener hijos propios; su amada esposa no podía concebir y decidieron que no estaban preparados para adoptar. Gavin, su hermano, le apoyó en su decisión y le indicó que era bienvenido a su casa cuando quisiera.

Roderick estaba muy orgulloso de su familia, aunque había momentos en que le gustaría que dejaran de inmiscuirse en su vida como si quisieran mover los hilos de su destino. Le alegraba que su hermano hubiera encontrado a su media naranja en Evan, ese hombre, de verdad, que era un Santo por aguantarle. Y cuando ellos decidieron adoptar a dos niños, los apoyó y se enamoró de sus sobrinos en el momento en que los tuvo en sus brazos. Esos bebés consiguieron que todo su mundo girara en torno a ellos, pero también le demostraron que tener hijos cambiaba la vida de sus padres para siempre y él no estaba preparado para eso, pero sí, para ser tío.

Y como se temía, él se convirtió en el tema de conversación de esa comida familiar en la que todos, hasta sus sobrinos, tenían algo que decir acerca de lo que le había sucedido. Todos querían dar su opinión y no hicieron más que enredarle, provocarle dolor de cabeza, que acabara estallando y casi mandando a la mierda a su propio hermano.

¿Por qué se metían en su vida? ¡Él no le hizo nada a Adela para que huyera así de él! No lo entendía. Era incapaz de encontrar una causa a que ella se fuera de esa manera del hotel. ¡Ni siquiera le dejó una nota de despedida! Nada.

No fue hasta que llegaron los postres cuando Niall, que hasta ese momento se mantuvo en silencio, intervino, sentenciándolo todo.

Él fue quien le comentó que su mujer le había contado que su cuñada había contratado a una española como cocinera y todo por pura casualidad porque su autobús se averió en el pueblo y se acabó hospedando, de ese modo, en su casa rural.

Antes de que los demás comenzaran a interrogar a Niall, este continuó con la historia. Narrando con detalles lo que recordaba. Por mucho que su mujer creyera que no le hacía caso cuando le hablaba porque estaba pendiente del periódico, sí que lo hacía.

Les contó que la española era una buena mujer, pero que según su cuñada siempre lucía triste, además era huérfana y huía de una pareja que la traicionó en Edimburgo.

Ahí sí que Roderick prestó más atención, llegando a interrumpirle para preguntarle lo que más deseaba saber:

—¿Cómo se llama esa mujer?

Niall le miró fijamente durante unos segundos. Él era diez años mayor que Gavin y la vida no le había tratado bien. Fue pescador desde que era niño, trabajando toda la vida para ayudar a su familia y procurar que su hermano pequeño pudiera estudiar, algo que él nunca había hecho. Pero no se arrepentía. Tuvo una vida difícil pero era rico en recuerdos que lo acompañarían cuando exhalara su último suspiro. Y, sin embargo, ahora... dudaba si ayudar o no a su sobrino.

—No sé si ayudarte —acabó confesando este, sin dejar de mirarle a los ojos buscando encontrar una respuesta a las dudas que tenía.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —se preocupó Roderick, sin poder creer que su tío dudara de él.

—Mi Megan me contó que esa joven le confesó a Maggie que huyó de ese hombre porque recibió una llamada de su prometida. Que ella no podía estar junto a un hombre que ya tenía pareja.

—Dime su nombre, por favor. Necesito saberlo —insistió él.

—Adela, se llama Adela, es pelirroja y española, de unos treinta y pocos años.

Se hizo el silencio en el comedor y a los segundos todos hablaron al mismo tiempo, expresando en alto lo que pensaban. El único que permaneció callado fue Roderick, quien rumiaba las palabras de su tío.

—¡Maldición! Estoy seguro que es ella. Creí escuchar el teléfono cuando estaba en la ducha y luego... ella se fue —estalló finalmente.

—¿Pero te vas a casar y no nos has avisado? —se interesó Liam sin poder creer que su hermano hubiera ocultado ese dato a su familia.

Roderick se giró y se quedó mirando al otro hombre, mostrando una mueca de incredulidad.

—Pero... ¿de verdad crees eso? ¡Por supuesto que no voy a casarme! Ni siquiera tengo pareja, hace mucho que dejé a... —No terminó la frase, entrecerró los ojos, golpeando a continuación la mesa con un puño—. ¡Joder!

—¿Qué sucede, hijo? —esta vez fue su madre quien intervino. Hasta ese momento, Leslie se mantuvo en un segundo plano, prefería escuchar y luego opinar cuando tuviera todos los datos.

Su hijo mayor siempre fue muy celoso de su intimidad y solo les presentó una pareja en toda su vida, la hija del mejor amigo de Gavin; y por lo que sabía según lo que le contó Liam, no habían acabado muy bien.

—Me temo que fue Astrid quien llamó a mi hotel y le contó ese cuento de que es mi prometida para espantar a Adela.

—No puedes estar seguro de que fuera ella.

Roderick se levantó y comenzó a pasear por el comedor, apretando los puños con fuerza. Estaba furioso.

Nunca debió aceptar salir con la hija del mejor amigo de su padre. Esa chica estaba mal de la cabeza, además, la conocía desde que era una niña. Crecieron juntos y siempre la vio como una más del grupo. Pero al final, acabó cayendo y aceptó salir una noche con ella. Sí, acabaron en su casa y tuvieron sexo. Un acto que fue... mejor no recordarlo porque ni siquiera disfrutó plenamente. Eso sí, fue... revelador, ya que le había mostrado que él tenía razón. No la veía como una pareja, ella era la hija del mejor amigo de su padre, nada más.

Astrid, no lo vio igual. Siguió llamándolo pese a que le dejara muy claro que no quería verla. ¡Hasta acudió a su casa para informarle que no le atraía y que era incapaz de ser su pareja!

No consiguió que esta dejara de insistir. Aparecía en su puesto de trabajo, le llamaba a todas horas, incluso fue a llorarle a Leslie y a Gavin, indicándoles que su hijo se había aprovechado de ella y ahora la dejaba tirada.

¡Si hasta insinuó que estaba embarazada! Algo que era imposible ya que usó protección y solo fue una vez. Aún así, ante la duda, le exigió que acudiera al ginecólogo. Ya le dio qué pensar cuando ella se negó, pero al final... no le quedó otro remedio que acudir junto a sus padres y el propio Roderick, descubriéndose su mentira.

No estaba embarazada.

—¡Tiene que ser ella! No hay nada más quien pueda hacer eso — insistió Roderick, deseando haber hecho lo que su cuñado Evan le recomendó: denunciarla por acoso.

—¡Llámalala y asegúrate que fue ella! —le recomendó su padre, soltando un suspiro—. Y si lo es... Tendré que hablar con mi amigo para que detenga a su hija.

—No pienso llamarla. Voy a cambiar de número, ¡estoy hartos! Nunca debí aceptar salir una noche con ella. Está loca.

—No digas eso, hijo, ella es...

—Una puta loca, papá. ¿Quieres que te enseñe las veces que me ha llamado o los wasaps que tengo? Es preocupante la obsesión que tiene por mí. Nunca hemos sido pareja. Solo salimos un día. Nada más. Y ha sido el mayor error de mi vida.

Al ver el cariz que estaba tomando la conversación, Evan se levantó y le indicó a sus hijos que le acompañaran, que era hora de la siesta. Los niños protestaron pero acabaron obedeciendo, siguiendo a su padre al piso superior de la vivienda en la que tenían una habitación para ellos para cuando iban de visita a los abuelos.

—Llámalala tú, papá. Cuéntales lo sucedido. Estoy hartos. Si vuelvo a tener una llamada de ella, ¡la denuncio a la policía! —Se giró y se acercó hasta su tío, quien permanecía en silencio, asimilando toda la información—. ¿Dime que Adela aún sigue en *Glen Hotel*? —casi suplicó. Necesitaba hablar con ella, contarle todo, pedirle... No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar cuando estuviera delante de ella. Solo sabía que necesitaba verla—. Por favor.

Niall asintió y le confirmó que seguía en Drumnadrochit.

—No me esperéis para cenar. Voy a ir ahora mismo a hablar con Adela.

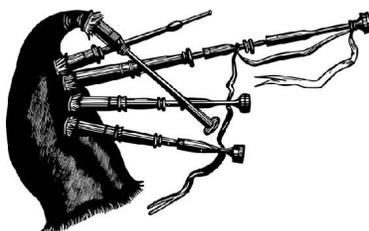
Sus padres no le detuvieron.

Su hermano no realizó ni una broma de su situación.

El único que hizo algo fue Niall, quien llamó a su mujer para que esta avisara a Maggie de que Roderick iba de camino para reencontrarse con su española.

¿Cómo iba a terminar todo eso? Nadie lo sabía. Solo esperaba, por el bien de su sobrino, que acabara bien. Merecía ser feliz.

CAPÍTULO 19



De regreso en la habitación número siete de Glen Hotel

—Puro fuego.

Adela se perdió en el beso, ignorando la vocecilla en su interior que no hacía más que gritarle que era una estúpida por volver a caer en los brazos de ese hombre.

En esos momentos, no pensaba en nada, solo se dejaba llevar por las emociones, confirmando que tenía debilidad por él. No quería aceptarlo, ni siquiera ponerle un nombre a lo que sentía por ese hombre, pero no podía negar que la alteraba de tal manera que, pese al paso del tiempo, seguía en sus recuerdos, en sus sueños; y ahora... al volver a estar en sus brazos... todo el fuego de su interior estalló con brusquedad, dejándola jadeante y ansiando sentir su piel.

Como si el otro le leyera la mente, una de sus manos descendió con lentitud hasta apoyarse en su trasero, acariciándolo con suavidad y acercándola más a él.

Al notar su erección... ahí decidió que había llegado el momento de alejarse. No podía dejarse llevar. Necesitaba respuestas.

Se echó hacia atrás y cortó el beso, ignorando la protesta de Roderick, quien la miraba con un ardor en los ojos que era más que evidente.

—No podemos... hacer eso... —optó por decir. Era muy vergonzosa con todo el tema del sexo pese a que fuera ella quien inició el primer encuentro—. Tenemos que hablar.

Él permaneció unos segundos en silencio antes de que diera un paso hacia atrás y suspirara, aceptando aquella “tregua”.

—Tienes razón, tenemos que hablar, necesito contarte lo que sucedió y...

—¿Por qué te acostaste conmigo si estás a punto de casarte? — le interrumpió Adela, espetándole lo que la carcomía. Él no le debía nada pero no le gustaba sentirse usada, y no podía dejar de pensar en la otra mujer.

Roderick masculló unas cuantas palabras en gaélico que ella no entendió, antes de contarle lo que había acontecido.

—La mujer que llamó al hotel se llama Astrid, es la hija del mejor amigo de mi padre. La conozco desde que éramos niños ya que nuestros padres siempre se juntaban en vacaciones para pasar unos días. Hace un año acepté salir una noche con ella. Una cosa llevó a otra y acabamos acostándonos, aunque al día siguiente le dejé muy claro que no quería mantener una relación con ella. No la amo, nunca lo he hecho y no lo haré. Ella no lo aceptó. Desde ese día no hace más que llamarme, seguirme al trabajo, aparecer por mi casa y hasta incluso ha ido a la de mis padres para ver si ellos conseguían convencerme de que le diera una nueva oportunidad.

—Si eso es verdad, ¿por qué no la denunciaste por acoso? No tengo muy claro si en este país se puede denunciar esa actitud pero...

—Yo quería hacerlo, pero mi padre me pidió que no lo hiciera. He hablado hasta con sus padres para que actuaran. Astrid, no está bien. Está obsesionada conmigo. Y...

Adela vio que él dudó, así que, preguntó:

—¿Y?

—Cuando mi tío Niall me comentó que su cuñada había contratado a una mujer española... tenía la esperanza de que fueras tú. Necesitaba volver a verte. Cuando le pregunté cómo se llamaba y me dijo que era Adela... —Levantó la mirada y buscó la de ella, contemplándola con determinación—. Lo preparé todo para venir a verte. No estoy prometido, no tengo pareja desde hace años. Mis padres han hablado con los suyos para que la lleven a un psicólogo ya que necesita ayuda. Hasta he llegado a cambiar de número de

teléfono. No quiero saber nada de ella. Solo quiero... que me creas, que podamos...

Adela dio un paso hacia delante. Podía ver la verdad en su angustia. Tenía ante ella a un hombre que se estaba abriendo en canal y... tenía dos opciones por delante; creerle o no y, de ser así, mandarle lejos con una buena patada en el culo.

—¿Por qué estás aquí? Sí, sé que necesitabas decirme la verdad pero... ¿Realmente que quieres de mí? —volvió a preguntar, necesitando que él pusiera nombre a lo que deseaba.

Roderick le acarició la mejilla con suavidad al tiempo que decía con voz enronquecida:

—Quiero conocerte. Desde el día en que te vi en la tienda... no he podido olvidarte. No haces más que torturarme con tu recuerdo. No puedo decir que te amo, o que esté enamorado de ti, solo te puedo jurar que deseo conocerte, poder pasar tiempo juntos, ver si esto que siento por ti es...

No pudo acabar la frase ya que Adela le besó. Capturó sus labios y le lamió para que le diera la bienvenida, sintiéndose en casa cuando sus lenguas se encontraron.

«¡Gracias!», murmuró Roderick para sí mismo sin necesidad de especificar a quién se las daba, al destino, a Dios, daba igual. Estaba tan feliz por el inesperado giro en su camino que solo tenía ganas de gritar: «¡Gracias!».

Era lo único que necesitaba escuchar. Que él quería conocerla más. No necesitaba palabras de amor, porque apenas se conocían. El amor se cocía a fuego lento. Lo que ellos sentían era una conexión especial que esperaba que tuviera futuro, pero, mientras tanto... disfrutaría de cada minuto que pasara a su lado.

No iba a tener miedo de perder, ni tampoco agobiarse por algo que aún no había sucedido. Había llegado el momento de lanzarse al vacío y actuar, permitiéndole a su corazón a hacer lo que deseaba con locura.

Sin dejar de besarle se movió hacia delante, indicándole que la siguiera. Él captó enseguida el mensaje y acabó tomando el control de la situación. La condujo hasta la cama y sin romper el contacto, se tumbaron sobre la colcha, provocando que el colchón crujiera por

el peso. En ese momento, se alejaron y se rieron por el ruido. Un instante que aprovecharon para observarse a los ojos, para transmitir con la mirada que lo que sentían era algo único que ambos querían saborear.

—Juro que...

—Shhh, no jures nada. No pensemos en el futuro, solo vivamos el...

—Presente —acabó él la frase antes de atacar de nuevo sus labios, besándola con pasión, acariciándole el pecho por encima de la ropa, descendiendo hasta que le rozó con suavidad para que abriera las piernas y pudiera así acomodarse entre ellas.

El beso se cortó en el momento en que ella soltó un grito cuando él se movió hacia delante, rozándola. Estaba sensible y notaba con claridad que él estaba más que dispuesto a continuar lo que habían comenzado.

—Joder, quiero que grites mi nombre cuando te corras —confesó Roderick, sintiendo que estaba a punto de estallar. Necesitaba poseerla ya, volver a sentir su calor, sumergirse en su interior y explotar cuando ella llegara a rozar el cielo con las manos.

—Si quieres eso... llevas demasiada ropa, escocés —se burló Adela, sonriendo abiertamente al ver el estado en que él se encontraba.

—Celebro que hayáis hecho las paces, pero, sobrino, te recomiendo que antes de que continúes con lo que estáis haciendo, cierres la puerta.

El aludido cayó de la cama al moverse con rapidez para enfrentarse a quien le interrumpió. Estaban tan pendientes, el uno del otro, que no se habían percatado que ya no estaban solos en el cuarto.

Ni en sus más locos sueños había vivido algo parecido, ya que desde el suelo se enfrentó con la mirada jocosa de su tía, acompañada de dos señoras que no reconoció y que cuchicheaban entre ellas.

—¿Qué haces aquí? —le espetó a Maggie, mientras se incorporaba—. Cerré la puerta —se excusó, sin dejar de mirar a su familiar. Estuvo a punto de cubrirse con las manos ya que pese a lo

sucedido seguía erecto pero no iba a darles más motivos para que siguieran cotilleando acerca de ellos—. ¿Qué es lo que quieres?

Antes de que ella pudiera responderle, vio como la maldita rata, que su tía llevaba en brazos, saltó al suelo y fue directo a la cama, para posicionarse al lado de Adela.

—¡Oh! Loquillo, ven aquí. ¿No ves que tu mami está ocupada?

«Sí, ahora le dices eso cuando has traído a esa rata aquí. Estoy seguro que lo has usado como excusa para cotillear a ver qué sucedía», pensó Roderick, cruzándose de brazos y fulminando al perro, quien se colocó frente a él gruñéndole, mostrándole los dientes, como si le quisiera dejar claro a quién pertenecía la mujer que permanecía petrificada en la cama.

—Puto chucho —masculló entre dientes—. Llévatelo lejos, tía, o no respondo. No voy a compartir cama con ese saco de pulgas.

—¡No tiene pulgas!

—No lo defiendas, ¡maldita sea! Ese perro está a un paso de orinarte encima para marcarte. Quiero acabar lo que hemos empezado y... Tía, por favor, podrías salir del cuarto junto con tus... amigas y llevarte a ese... engendro del diablo. Necesito hablar con Adela.

Maggie lo contempló en silencio antes de esbozar una gran sonrisa. Asintió con la cabeza y fue directa a la cama para intentar agarrar al perro.

—Ya, hablar... Ahora los jóvenes lo llamáis así. Ya les diré a tus padres que has conseguido..." hablar" con la mujer que buscabas. Estoy segura de que se van a poner muy contentos.

—Sí, seguro. Pero que ni se les ocurra venir aquí.

Su tía consiguió finalmente agarrar a Loquillo con la ayuda de Adela, quien lo sujetó y le acarició con cariño para que no huyera, y al girarse, con el perro en los brazos, se plantó frente a su querido sobrino.

—No te preocupes por nada, querido. Solo debes asegurarte de... hacer feliz a esta mujer. La quiero como a una hija, así que no creo que sea preciso que te diga lo que debes hacer. Pórtate bien y cólmala de alegría. ¡Ah! Y no salgas de esa cama hasta que esté satisfecha y...

—¡Tía, por Dios! —la interrumpió Roderick, muerto de la vergüenza—. No es el momento, ni el lugar para hablar de esos temas.

—Cierto, sobrino. Es lo que debes hacer, menos hablar y más actuar. —Dejó sin palabra al hombre, quien se le quedó mirando con la boca abierta de la incredulidad.

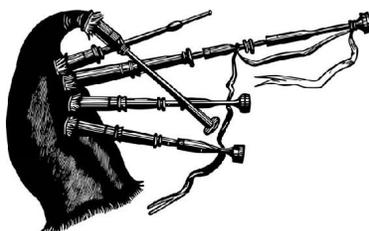
Contenta con el resultado de aquel encuentro, decidió que había llegado la hora de regresar a su habitación junto con sus amigas y cotillear de lo que habían visto. Tenían temas para hablar unas cuantas semanas.

En cuanto llegara a su cuarto invitaría a sus amigas a una buena copa de *whisky* y hablarían de lo que vieron, antes de que hiciera una llamada tanto a su cuñada, como a los padres de Roderick. Ellos necesitaban saber lo que estaba pasando. ¡Roderick estaba enamorado! ¡Había que celebrarlo!

«Tengo que llamar a Megan y contárselo todo», anotó mentalmente mientras cerraba la puerta del cuarto con cuidado.

«Me alegro mucho que se hayan arreglado, merecen ser felices y espero que pronto... haya boda», murmuró para sí misma mientras escuchaba a su espalda hablar a sus amigas. Estas estaban emocionadas. Hacía tiempo que no vivían algo parecido. Además... no veían el momento de contar al resto del pueblo lo que allí había sucedido... iniciándose de esta manera una leyenda sobre la figura de Roderick MacKinnon que perduraría en el tiempo; llegando a convertirse en el sueño de las jóvenes que deseaban conocer a un *highlander* que estuviera dispuesto a todo por mostrarle su amor a su amada.

CAPÍTULO 20



—Joder, esto no puede estar pasado.

Hasta ese momento, Adela se mantuvo en silencio, sin saber qué hacer o qué decir. Estaba en *shock*. Pero cuando escuchó el lamento de Roderick, rompió a reír. Desde que lo conoció su vida era una locura y siempre sucedía algo que la colocaba en una situación absurda. Sin duda, no se iba a aburrir a su lado y sentía curiosidad por lo que les deparaba el futuro.

Este se giró y la miró.

—Sí, ríete. No conoces a mi tía. En estos momentos estará llamando a todos sus conocidos para contarle lo que ha pasado, y mis padres... —Negó con la cabeza; mientras pasaba una mano por sus oscuros cabellos, revolviéndolos.

—¿No quieres que sepan que...?

Adela no pudo acabar la pregunta ya que Roderick la cortó:

—¡No! Claro que quiero que sepan que te he encontrado y que...

—Él la contempló en silencio antes de expresar en alto lo que pensaba—... has aceptado conocerme.

Ella se levantó de la cama y avanzó hacia dónde se encontraba él. Le acarició la mejilla y esbozó una gran sonrisa antes de comentarle:

—Es asombroso.

—¿A qué te refieres?

—A que hace unos minutos me decías que querías que gritara tu nombre cuando me corra y ahora te da vergüenza decir que estamos saliendo.

Roderick la estrechó entre sus brazos y la besó, disfrutando de probar su sabor, estremeciéndose ante la química que notaba cuando sus lenguas se encontraban, como su cuerpo reaccionaba al tenerla tan cerca, al notar sus pechos, sus curvas...

—Joder —murmuró cuando se separaron, susurrando, entremezclándose sus alientos—. No me da vergüenza, simplemente no quiero poner nombre a lo que tenemos. Solo puedo asegurarte de que te has grabado a fuego en mi mente, en mis sueños, en mi cuerpo... Es besarte... y ¡joder! ¡Necesito follarte!

—Oh, no lo había notado —se burló ella mientras le acariciaba con suavidad por encima de la ropa, comprobando que estaba duro.

Él siseó, cerró los ojos ante esa íntima caricia y, se movió hacia delante sin percatarse de lo que hacía. Necesitaba más.

—Yo...

—Ni una palabra —le ordenó ella, agarrándole con fuerza la erección, consiguiendo que él soltara un gemido y volviera a cerrar los ojos—. Voy a jugar contigo un ratito y cuando acabe... —Volvió a apretarle, sonriendo ante su reacción. Jadeaba, mantenía los ojos cerrados e intentaba moverse para tener más contacto—. Te asegurarás que disfrute. *Quid pro quo*, escocés.

Este abrió los ojos y rompió a reír.

—Joder, no voy a volver a ver la película de El silencio de los corderos de igual manera —aseguró, reconociendo la frase.

Adela le devolvió la sonrisa, disfrutando de aquel momento. Quien le iba a decir que iba a estar así, que tendría ante ella al hombre que la perseguía en sueños desde que lo conoció. Quería creerle. Necesitaba hacerlo y solo el tiempo le demostraría si decía la verdad, si estaban hechos el uno para el otro, si el amor... podía nacer de lo que estaban sintiendo. Pero mientras tanto, disfrutaría de lo que le ofreciera. Debía pensar menos y saborear más el momento.

—Pues al igual que Hannibal... te voy a comer... entero...

Roderick tragó con dificultad al ver que ella se agachaba, quedando de rodillas. Estuvo a punto de gemir cuando bajó la cremallera. Contuvo el aliento, sin llegar a moverse mientras ella le miraba. Gritó cuando ella le acarició al liberarle de sus pantalones.

—Nada de dientes, esas cosas no me van —se burló, siguiendo el juego que ella inició; y de paso, para procurar no perder el control sobre su cuerpo y acabar corriéndose con apenas unas caricias.

—No puedo prometerte nada si no eres bueno. Recuerda. — Cerró la mano alrededor de su erección, apretándosela un poco para luego soltarle y comenzar a acariciarle de arriba abajo, bombeando con suavidad—. Si tú disfrutas, yo también. Cuando acabe contigo, seguiremos en la cama y ahí...

Él apoyó una mano en su cabeza y le acarició el cabello.

—Voy a follarte, varias veces. Tenemos que recuperar el tiempo perdido. Y sí, antes de que me preguntes, he traído una caja de condones. Vamos a usarlos todos.

—A ver si es verdad...

Sí, le iba a responder, pero no pudo hacerlo cuando ella lo atrapó con sus labios y comenzó a jugar con él, torturándole con su lengua, sin dejar de acariciarle con la mano.

Tuvo que hacer acopio de todo su control para no moverse, para no sumergirse en su cálida boca, para no comenzar a bombear y perderse en la locura que era sentir cómo lo acogía y lo chupaba. Pero ella llevaba la batuta, ella tenía el control.

Más tarde... se vengaría.

Lo hizo. Se vengó con creces. Y, sí, usaron toda la caja de condones.

Consiguió que ella llegara muchas veces. Gritó su nombre y hasta se acordó de sus muertos al notar que estaba escocida tras varias horas de sexo duro y salvaje, suave y dulce.

Y cuando la saboreó, cuando la lamió disfrutando de la dulzura de sus jugos... Se vengó, deteniéndose cuando ella le exigía que fuera más rápido, que le acariciara con más ímpetu, que...

No le hizo ni caso. Disfrutó lamiéndola, despacio, jugando con su clítoris, penetrándola con la lengua y los dedos, hasta que ella explotó, estremeciéndose y gritando su nombre.

Al día siguiente

Eran las ocho de la mañana.

Cuando bajó a la cocina no encontró a su cocinera y eso le preocupó. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué no estaba en su puesto de trabajo? ¡La necesitaba! Ese día era muy importante. En unas pocas horas llegaría el resto de la familia. Iban a venir todos, los padres de su sobrino, su hermano su esposo, los niños... ¡hasta se acercaba Niall y Megan!; así que, era necesario que lo preparara todo para recibirlos. Además... ¿y el desayuno a sus huéspedes? Ya fueron a protestarle la pareja que se alojaba en la habitación dos desde hacía unos días. Tuvo que pedirles disculpas y asegurarles de que la cena corría de su cuenta.

¡Pero necesitaba que Adela se pusiera manos a la obra!

Con esto en mente fue al cuarto de su cocinera. Golpeó la puerta con suavidad y esperó, pero... no obtuvo respuesta. Estuvo a punto de dejar caer al perro que llevaba en sus brazos porque este no paraba de moverse. El pobrecillo estaba nervioso desde que lo llevó a su cuarto para que la pareja tuviera privacidad. Tenía que reconocer que se portó muy bien pero con el paso de las horas se mostraba cada vez más ansioso al no estar con su dueña.

Volvió a golpear la puerta y sonrió al escuchar ruidos y pasos. Se alejó un paso y estuvo a punto de reír en alto al ver a su sobrino entreabrir la puerta con cara de dormido y los cabellos revueltos. Se escondía en las sombras para que no lo viera tal y como lo trajo su madre al mundo.

—¿Qué pasa?

—Lo que sucede, querido sobrino, es que Adela debería estar en la cocina preparando el desayuno para mis huéspedes. Además... este pequeñín aún no ha ido a dar un paseo, y como ves está... ¡Oh! —chilló Maggie ante el salto que dio el perro para acabar en el suelo e ir directo al interior del cuarto, pese a que Roderick intentó impedirselo.

—Puto chucho —masculló este al mirar hacia atrás y verlo sentado al lado de Adela, quien permanecía dormida sin enterarse de nada. El perro, al ver que lo miraba, le gruñó amenazante, mostrándole los colmillos. El mensaje era claro: ella es mía, no te acerques.

—Despierta a Adela, querido, y ve a dar un paseo con Loquillo. Es un cielo de perro si le das una oportunidad. —Al ver que su

sobrino le iba a responder, continuó, alzando una mano—. Además, si tu intención es formar una familia con ella... el perro está incluido. La joven lo quiere mucho y no le pidas que le encuentre otro hogar. Tendrás que aprender a quererlo y a conseguir que te acepte. Comienza con un paseo por el parque, así... podrás despejarte un poco. No es por meterme contigo, Roderick, pero parece que no has dormido en toda la noche. Tendrías que verte la cara.

—No hace falta, querida tía, tienes razón, no hemos dormido en toda la noche. Teníamos que ponernos al día.

—Me alegro por vosotros, sobrino, pero... es hora de regresar a la vida real y Adela tiene que...

Se escuchó unos ladridos y la voz adormilada de la joven que se despertó en esos momentos, sorprendiéndose al ver a su perro sobre ella, lamiéndole la cara de pura felicidad.

—Oh, mi bebé. Perdóname. Me olvidé de ti. Debería sacarte a dar un paseo. ¿Qué hora será?

—No hay tiempo, querida. Es mejor que sea mi sobrino quien lo lleve a dar un paseo.

Adela se quedó sin habla al ver que Roderick mantenía la puerta entreabierta desde dónde podía vislumbrar a Maggie.

¡Mierda! Había perdido la noción del tiempo. ¿De verdad era tan tarde? ¡Su trabajo! ¡Su perro! Y todo por culpa de ese hombre que....

«Ummm, por Dios, que bueno está», pensó, admirándole de arriba abajo, sonriendo al ver que él comenzaba a ponerse duro ante su escrutinio.

—No me mires así —le masculló él, moviéndose para ocultarse mejor tras la puerta. Lo único que le quedaba era que su tía le viera... duro y dispuesto a otro nuevo asalto pese a que habían acabado la caja de preservativos que comprara en una farmacia nada más aparcar en el pueblo.

—¡Jóvenes, no empecéis! Ya tendréis tiempo para “poneros al día” o “hablar mucho más”. Roderick, saca de paseo a ese pequeño. Adela, cariño, hoy a la noche tendremos invitados y me gustaría que hicieras unas lentejas, estoy segura de que a los niños les encantará.

Maggie parpadeó al ver que su sobrino le cerró la puerta en las narices, sin comprender qué había sucedido. Estuvo tentada a volver a golpear la puerta para exigirle que le abriera pero no podía perder tiempo, era necesario que ventilara las habitaciones de arriba para que los invitados se quedaran a dormir esa noche. Estaba emocionada. Hacía mucho tiempo que no llenaba la casa rural y tenía muchas ganas de volver a ver a los pequeños. Esos dos angelitos que habían sido adoptados por el hermano de Roderick eran dos pequeños bribones capaces de engatusar a cualquiera. Ella los quería muchísimo. Y sí, los iba a abrazar y a besuquear las mejillas, por mucho que ellos protestaran que ya eran mayores para esas muestras de cariño.

Maggie se puso a cantar entre susurros la sintonía de un anuncio de televisión que vio la noche anterior y que se le quedó metida en la cabeza, mientras se alejaba por el pasillo, rumbo al piso de arriba. Tenía mucho que hacer.

«¡Oh! Tengo que buscar mis joyas buenas, quiero que las demás las vean», se dijo a sí misma mientras enumeraba en su mente todo lo que tenía que hacer a lo largo de ese día. Estaba emocionada.

Hacía tiempo que no se sentía así y todo gracias a Adela. Ella apareció como un ángel de la guarda que cambiaría para siempre la vida de su familia.

—¿Qué sucede? —preguntó Adela al ver que Roderick comenzaba a recoger su ropa del suelo. Se le veía nervioso.

—¡Ellos vienen!

—¿Quiénes?

—Mis padres, mi hermano, mis sobrinos, ¡todos! Sabía que mi tía les iba a informar pero no esperaba que se atrevieran a venir y...

Adela siguió acariciando a Loquillo, quien no perdía detalle de cada movimiento del hombre. El perro estaba tumbado a su lado, muy pegado a ella. Debería levantarse y ponerse en marcha, pero le sorprendía la reacción de él al saber que les visitaba su familia y, pese a lo sucedido a lo largo de la noche anterior, le daba vergüenza que él la viera desnuda con la luz del día. Sí, era contradictorio pero no podía quitarse esa sensación de que él la vería cómo era y se arrepentiría de lo que había pasado.

—¡Vístete! Nos vamos. Te llevaré a mi casa en Glasgow.

Esto sí que no se lo esperaba. ¿Quería que se fuera con él?

—Pero... ¿por qué? No puedo dejar tirada a tu tía. Recuerda que me ha contratado y...

—Ellos...

Adela soltó un suspiro y decidió que había llegado el momento de levantarse. Comprendía su reacción. Si tenía que conocer a la familia de él... iba a sentirse muy nerviosa, ansiosa y temía que no les cayera bien. ¿Y sí no estaban contentos con ella? ¿Y sí decidían que no era lo suficientemente buena y comenzaban a insinuarle a Roderick que buscara a otra mujer?

Tenía muchas dudas, pero como dijo Maggie antes de irse, había llegado el momento de regresar a la realidad y enfrentarse a las consecuencias de sus actos.

Loquillo la siguió, moviéndose por la cama. Era evidente que no se fiaba de Roderick y estaba celoso.

Adela tiró de la manta que tenía a los pies de la cama y se envolvió con ella.

—Buen chico —murmuró con cariño a Loquillo, mientras le acariciaba la cabecita, sonriendo al ver que este cerraba los ojitos y movía la cola con efusividad—. Quédate aquí, vale —le ordenó, esperando que descansara un poco antes de que lo llevaran de paseo. No volvería a olvidarse de él, el pobre llevaba horas sin salir y... —. Cuando regreses del parque te haré una pechuga de pollo a la plancha, como a ti te gusta y...

—¡Lo que faltaba! ¿Le haces de comer? ¿Por qué no come pienso? Además, ¡hazme caso! Es urgente que nos vayamos ahora.

Adela suspiró y negó con la cabeza. Ahora el que se mostraba celoso era él.

—Primero, sí, le hago de comer porque el pienso no le gusta mucho. Segundo, no nos iremos a ningún lado. También me da apuro conocer a tu familia de esta manera pero no voy a fallar a Maggie. Ella me ayudó cuando ninguna otra persona lo hizo y no voy a dejarla tirada. Si tú quieres irte, hazlo, ya nos volveremos a ver cuando te vaya bien. Pero si quieres quedarte, hazme un favor y saca a pasear a Loquillo, el pobre lleva horas sin salir. Yo tengo que ducharme, vestirme e ir a trabajar.

Dejó de acariciar al perro y se acercó hasta el baño, pasando al lado del estupefacto hombre. Le comprendía. La familia a veces... abrumaba, hacían daño eran... ¿Qué iba a decir ella si sus tíos y primos la odiaban? Aún así, no podía dejar el trabajo y necesitaba ver si Roderick apostaba por ella ante su familia, ante el mundo, si... lo que sentían era algo más que sexo.

—Créeme si te digo que te comprendo, aunque, tengo que reconocer que también te envidio.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo una familia que vive con la esperanza de meterse en mi vida? Que no son más que unos cotillas que quieren saber lo que sucede y no perder ni un detalle.

—Por eso también, te admiro porque tienes una familia que se preocupa por ti y veo que, por mucho que protestes, los quieres y ellos a ti. Yo no puedo decir que tenga esa suerte.

Roderick percibió el dolor en su voz y eso le preocupó. ¿Qué le había sucedido? Se movió por el cuarto hasta quedar frente a ella, abrazándola.

Se contuvo para no besarla como deseaba hacer y le preguntó:

—¿Tu familia? —no quiso añadir nada más. No, cuando era evidente que ese tema le dolía. Su rostro era muy expresivo y... La abrazó, maldiciendo por dentro lo que le hubiera sucedido al presenciar como rompió a llorar, enterrando su cara en su pecho.

No supo qué decirle, solo la abrazó con fuerza, deseando que notara que él estaba ahí para ella. Roderick cerró los ojos y se perdió en ese abrazo, lamentando ser el causante de su llanto. Si él no hubiera sacado el tema...

—Estoy aquí contigo, preciosa. Y ahora que te he encontrado, no te dejaré escapar.

—¿Me lo juras? —murmuró con voz rota Adela, mientras seguía con la cara pegada a su pecho. No quería alejarse. En sus brazos se sentía segura, y... no podía parar de llorar. Él era muy afortunado por mucho que protestara. Tenía una familia que se preocupaba por él y lo quería. Ella... solo tenía a su abuela y a Loquillo. Por el momento, cierto, pero nunca tendría lo que tenía él.

Él apoyó las manos en sus hombros y la separó para que le mirara a la cara.

—Mírame, Adela —le indicó al ver que permanecía con los ojos cerrados. Se veía hermosa pese a que tenía las mejillas enrojecidas y surcadas de lágrimas. Esperó a que ella le mirara a los ojos y cuando lo hizo, dijo—: Estaré a tu lado mientras tú desees que lo esté. No puedo decirte que te amo. Nunca me ha gustado cuando la gente usa esa palabra a la ligera y luego, pasados los meses, se percatan que no era amor lo que sentían. Te deseo, estás en mis sueños, en mis pensamientos, necesito estar a tu lado cuando estoy lejos de ti. Te juro que no seré el causante de tus lágrimas, me aseguraré de hacerte feliz, sacaré a esa rata que llamas Loquillo aunque me muerda los tobillos y no deje de gruñirme, te apoyaré en las decisiones que tomes, yo... Mi vida es una locura desde que te vi esa noche en la tienda, pero no cambiaría nada.

Adela soltó unas carcajadas y se limpió las lágrimas.

—He luchado en vano. Ya no puedo más. Escocés, le deseo ardientemente.

Él se carcajeó sin dejar de maravillarse por sus expresivos ojos.

—¿Y ahora de qué película es? —le preguntó al ver que ella le dijo esa frase poniendo un tono de voz ronca, como si estuviera imitando a alguien.

Adela negó con la cabeza y le golpeó en el pecho en broma, al tiempo que decía:

—No me puedo creer que no conozcas a la gran Jane Austen.

—Ni idea de quién es.

—Imperdonable. Te regalaré por tu cumpleaños la novela para que puedas leerla y...

Roderick la besó, mientras notaba cómo su corazón se estremecía al escucharla hablar del futuro. Aún no podía creer la suerte que tenía de que ella le hubiera creído, que aceptara iniciar un futuro a su lado, sin ponerle nombre a la relación; simplemente, disfrutando el uno del otro.

En cuando se separaron, él le murmuró, metiéndose con ella:

—No te prometo leer esa novela pero si hay una película, sí que la veremos juntos.

Adela volvió a golpearle el pecho, compartiendo el momento, agradeciendo que él no le preguntara acerca de su familia; aún no estaba preparada para contarle todo. ¡Necesitaba volver a contactar

con su abuela e intentar convencerla para que fuera a visitarla a Escocia! Aunque no saliera bien la relación con Roderick esperaba que Maggie no la echara y pudiera tener a su lado a su abuela, cuidarla. Era cierto que muchas veces se sintió agobiada en el pasado pero... no podía negar que Catuxa era mayor y... no quería pensar cuando ya no estuviera. Debía dejar de lado el pasado e intentar convencerla para que la visitara y estuviera un tiempo con ella.

—Eso es una herejía. La película es buena pero el libro le da mil vueltas. No me explico cómo no conoces a Jane Austen. ¡Es una de las grandes autoras de la historia! Todas sus novelas son hermosísimas pero mi favorita, sin duda, es Orgullo y Prejuicio. La frase corresponde a Darcy declarándose a Lizzy.

—Es como si me hablaras en chino, no me suena nada. Pero si quieres que en mi cumpleaños veamos la película, lo haremos.

Ella le tendió la mano y esperó a que él se la estrechara.

—Prometido. Por cierto, ¿cuándo es tú cumpleaños? No me digas que es mañana, que me da algo.

Él volvió a reír, algo que hacía mucho gracias a ella. Esa mujer era muy diferente a las que había conocido en el pasado. A su lado se sentía libre de mostrarse tal cual era y estaba seguro que ella lo aceptaría pese a sus muchos defectos y, si alguno no le gustaba, se lo dejaría bien claro. Era lo que más le gustaba de ella: lo sincera que era con sus sentimientos.

—No, tienes suerte. Queda un mes para mi cumpleaños, así que tenemos tiempo.

—Perfecto. Ahora, dame un beso de película que debo ducharme e ir a trabajar.

Roderick la atrapó en sus brazos y la alzó, acercándola, murmurándole a escasos centímetros de ella:

—Como ordenes.

—Cómo me pone que me digas eso.

El beso tuvo que esperar porque Roderick se carcajeó ante esa respuesta, siendo acompañado de Adela quien no creía la suerte que tenía.

«¿Y si todo es un sueño?», pensó, sin poder creer lo que estaba pasando. En menos de un día su vida había dado un giro

inesperado que lo cambiaba todo. No podía dar crédito que ese hombre estuviera dispuesto a mantener una relación con ella. Su autoestima no era muy... buena, nunca lo fue. No era falsa modestia era... timidez, mucha crítica hacia sí misma, dudas, complejos, un pasado doloroso que la marcó en su manera de ser; todo eso se juntó y provocó que no diera crédito a que un hombre como él se fijara en una mujer como ella. Eso solo sucedía en las novelas románticas y ella no creía en esa clase de amor.

Hasta ahora.

Pero no le quedaba otra que esperar.

El futuro era incierto.

En cuanto al presente...

—Vamos.

—¿A dónde? No me digas que a Glasgow que no pienso ir.

Roderick le quitó la manta y la dejó caer al suelo, admirando el hermoso y curvilíneo cuerpo de Adela.

—¿No tenías que ducharte? Pues nos ducharemos juntos. Por diez minutos que espere mi tía y esa rata con collar, no se morirán.

Ella le pasó los brazos por el cuello y se pegó a él, permitiéndole que la alzara y la llevara hasta la ducha.

—¿Solo diez minutos?

—No me dejas otra opción al no querer huir conmigo.

Adela sonrió cuando se encontró en medio del cuarto de baño. El plato de ducha era pequeño, sí que entrarían los dos aunque fuera un poco apretados.

—Y acuérdate de comprar más preservativos.

Roderick soltó una maldición al no acordarse de ese pequeño gran detalle.

Él tenía intención de follarla bajo el chorro de agua pero... tocaba cambiar de planes, jugarían el uno con el otro y a la noche... se reencontrarían dando rienda suelta a la pasión.

—A qué esperas, preciosa. ¡Abre el grifo! Voy a enjabonarte bien. No podemos perder tiempo.

—Más rápido —gruñó Roderick, moviendo la cadera hacia delante, siguiendo el ritmo que impuso su pareja. Le estaba acariciando, abarcando toda su polla con la mano, bombeándole con fuerza.

Estaba a punto.

—Más fuerte —le instó de nuevo, cerrando los ojos y disfrutando de las caricias. Llevaban más de diez minutos y él se había asegurado de enjabonarla bien, y de paso... que se corriera con sus dedos y ahora...—. Joder, Adela. Estoy a punto, yo...

Roderick se dejó llevar, siendo consumido por el fuego que estalló en su interior y que se expandió por todo su cuerpo, provocando que acabara contra la pared del estrecho lugar, jadeando entrecortadamente y con el corazón latiendo furioso en el pecho.

Se corrió con fuerza, disfrutando de la mágica sensación de que el cuerpo no le pertenecía y se rompía en miles de pedazos para luego regresar de golpe a la realidad, dejándole agotado, jadeante y relajado.

—Joder, nena, eres... ¡Mierda! ¡Pero qué coño haces!

Adela se movió y miró hacia abajo siguiendo los gestos de su pareja. Los dos se quedaron sin habla al ver a Loquillo gruñir tras haber levantado la patita y marcar a Roderick.

—¡Me ha meado! Esta puta rata me ha meado. ¡Cómo se atreve! Debí cerrar la puerta.

—Bueno, mírale el lado bueno.

Roderick pasó de fulminar con la mirada al perro a buscar los ojos de Adela, antes de preguntar:

—¿Qué lado bueno?

—Ya estás en la ducha.

Las carcajadas de los dos se escucharon desde la planta de arriba.

Maggie sonrió antes de enviar el wasap que estaba escribiendo.

Lo releyó en alto mientras se movía por la habitación buscando las joyas buenas que se pondría esa noche para cenar.

—Creo que habrá boda el año que viene. —Abrió el cajón de su cómoda y sacó una vieja caja de madera, ahí encontró el collar de esmeralda que buscaba—. Tendré que elegir un buen vestido para la celebración, si mi sobrino no mete la pata —murmuró para sí misma, mientras dejaba el móvil sobre el mueble para poder sacar la joya. Se la puso por encima de la ropa para ver cómo le quedaba. Era un recuerdo de su madre, el cual, usaba en muy contadas

ocasiones, aunque su intuición le decía que esa noche era el comienzo de algo muy especial.

—No la fastidies, Roderick —volvió a repetir, sin poder evitar sonreír al imaginar el futuro.

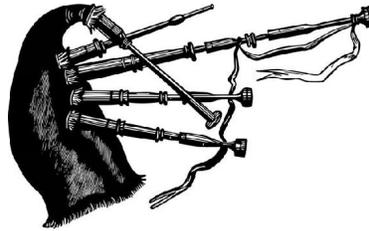
Una boda era una celebración muy hermosa que unía las familias y luego...

¿Niños? ¿Niñas?

Tal vez. Esperaba que sí.

No sabía lo que iba a suceder en el futuro, no nació con ese don, pero se aseguraría de estar ahí para enterarse de todo y... de paso, contarlo después a todo aquel que quisiera escuchar una buena historia de amor.

EPÍLOGO



*Un año después
Cocina del Glen Hotel, Drumnadrochit*

—¿A qué hora llegan?

Adela se alejó de la olla en la que estaba cocinando caldo gallego. Se aseguró de apagar el fuego para que terminara de hacerse con el calor y miró a su pareja. Había pasado un año desde que decidieran vivir juntos. Una decisión que le cambió la vida para siempre y de la que no se arrepentía.

Recordó con cariño cuando Roderick se trasladó a vivir a ese lugar, compartiendo habitación con ella desde el primer instante. Fue a los dos días de haber reaparecido en su vida. Tras pasar por el centro de salud para que le vacunaran contra la rabia, pese a que Adela le asegurara que Loquillo no estaba enfermo, decidió que había llegado la hora de regresar a su casa para coger unas mudas de ropa, el portátil con el que trabajaba y trasladarse a vivir junto a ella.

Ni en sus más locos sueños se imaginó que algo así le podía suceder. ¿Vivir con un completo desconocido tras pasar unos días junto a él? ¡Era una locura! Pero vaya locura más placentera... de la que ya había pasado un año. Doce meses en los que sucedieron de todo, desde discusiones por tonterías, candentes reconciliaciones y noches enteras en las que se dormían abrazados tras horas de charla en la oscuridad.

Maggie, al ver que su sobrino tenía intención de residir con su cocinera, le pidió ayuda y después de varios meses... permitió que

fuera él quien llevara la casa rural para poder hacer el crucero de sus sueños. Estuvo fuera un mes, viajando por todo el mundo en un barco de crucero de lujo, cumpliendo una de sus ilusiones que no pudo hacer cuando era joven porque su esposo se mareaba al viajar por el mar. Y cuando regresó a su casa... no lo hizo sola. ¡Quién le iba a decir que volvería a encontrar el amor en el viaje!

Ahora, tanto Maggie como George, vivían cerca de la casa rural, disfrutando de una segunda juventud, comportándose como adolescentes, sobre todo... porque no pasaba ni un día en que no fueran pillados en público haciendo... cosas... de las que después cotilleaban los habitantes del pueblo entre comentarios jocosos.

Por más que Roderick habló con ella para que se “cortara” un poco a la hora de demostrar el amor que sentía por su pareja, su tía le ignoraba y solo le respondía que no le importaba lo que dijeran los demás; ella se lo estaba pasando muy bien y estaba segura de que su querido esposo estaría muy contento al verla volver a sonreír, aunque fuera junto a otro hombre. La vida era muy corta como para contenerse, arrepentirse, para no tocarla, saborearla, hacer locuras... Que hablaran de ella no era lo peor, lo peor era lamentar no haber vivido, no haberse atrevido a cumplir todos y cada uno de sus sueños.

Ante esas palabras, Roderick tuvo que darle la razón y desde ese día, no le insistió más para que no fuera tan abierta con sus sentimientos.

—Tierra llamando a Adela. ¿Me has oído?

Adela se sonrojó y dejó el cucharón sobre la mesa. Miró hacia atrás y comprobó de nuevo que había apagado el fuego, no quería que volviera a pasar lo que le sucediera hacia unos meses. ¡Casi quemó la cocina! Y todo por culpa de ese hombre que la devoraba con su mirada. Se dejó llevar por el beso, el beso inició el fuego que siempre sentía cuando estaba en sus brazos y acabaron en la habitación... olvidándose por completo de la paella que estaba haciendo. Y claro... las llamas no tardaron en aparecer y, si no fuera por Loquillo, la cocina habría ardido por completo. Lo único bueno de esa desagradable experiencia era que ahora era una obsesa en

la cocina y comprobaba varias veces que apagaba tanto el horno como los fogones cuando acababa de cocinar.

Soltó un suspiro de alivio y regresó su atención a Roderick, respondiéndole con total sinceridad:

—Pues no.

—¿No sabes a qué hora llega o es un no, no te estaba escuchando?

Adela se carcajeó y asintió con la cabeza, mientras se acercaba a él.

—Un no a las dos preguntas. No tengo ni idea a qué hora van a llegar. Tu madre solo me dijo que iba a llevar a mi abuela de compras por el pueblo junto con Maggie y los niños.

Roderick la atrapó entre sus brazos y depositó un tierno beso en sus labios, unos labios que adoraba y que eran pura tentación.

Llevaba un año al lado de esa mujer y no se arrepentía ni un minuto de todo ese tiempo, ni siquiera, cuando discutían por tonterías, llegando a estar un rato sin hablarse. Las reconciliaciones tras esas discusiones eran explosivas, ardientes, unos estallidos de puro placer que los consumía a los dos.

Un año de relación.

Una familia que no dejaba de aparecer cuando nadie los llamaba, entremetiéndose en la calma y la rutina que apareció entre ellos y que no cambiaría por nada del mundo.

La primera vez que tuvo que alejarse de Adela, por motivos de trabajo, tras varios meses conviviendo con ella, le resultó muy duro. No quería hacerlo pero era necesario que regresara a Edimburgo para concretar las nuevas rutas turísticas, que la empresa familiar, iban a ofertar, y de paso, para hablar con su abogado quien llevaba el tema legal del acoso de Astrid. La familia de esta cambió varias veces de opinión después de que Gavin les llamara y les informara de lo que sucedía; llegando incluso a culpabilizarle a él por las acciones de su única hija. Fue en ese instante que decidió denunciar por la vía penal y solicitar una orden de alejamiento. El juicio se iba a celebrar en breve y agradecía el apoyo de Adela, ya que si no fuera por ella, se volvería loco. Las llamadas no acabaron, y tras cambiar de número de teléfono, tuvo que presenciar cómo Astrid intentaba hablar con él a través del teléfono de contacto del

negocio que regentaba y de la web que montó para publicitar la casa rural. Era una auténtica pesadilla de la que esperaba que hubiera un final feliz para todos. Astrid necesitaba ser ingresada para que la trataran de su obsesión y era lo que solicitaba en el juicio, además de las medidas preventivas para mantenerla alejada física y telefónicamente de él. Necesitaba confiar en su abogado, quien le aseguró que tenían ganado el juicio y que debía ser paciente. Mientras tanto, Adela le ayudaba en cada paso que daba, avivando el amor que sentía por ella.

Adela le había cambiado la vida. Cada mañana, cuando se despertaba a su lado, la contemplaba hasta que ella se levantaba por culpa de la estridente alarma del móvil. Esos minutos en silencio, en los que la contemplaba en penumbra, le llenaban de paz y orgullo.

Amaba a esa mujer. Con locura, pasión, admiración, agradecimiento, compañerismo, humor y un deseo irrefrenable que no disminuía con el tiempo; al contrario, cada día la deseaba más.

Era mirarla a los ojos, ver su sonrisa y querer sumergirse en su interior hasta que los dos estallaran de placer.

Sí, la amaba, aunque aún no se lo hubiera dicho.

La amaba.

¡Si hasta aceptaba que el maldito chucho durmiera en la cama con ellos!

—Ahora, ¿quién es el que no hace caso?

Roderick parpadeó al escuchar la irónica voz de su pareja.

—Cierto, lo siento —aceptó, mientras la buscaba.

Necesitaba besarla.

Y lo hizo. Un beso que se tornó pasional en cuanto sus lenguas se encontraron, sus cuerpos se restregaron por pura necesidad y comenzaron a acariciarse por encima de la ropa.

Estaban tan sumergidos en las explosivas sensaciones que sentían que no escucharon como la puerta de la cocina se abrió.

—Papá, los tíos vuelven a estar pegados. ¡Puaj! No hacen más que besarse.

Roderick se sobresaltó al escuchar el grito de su sobrino Graham. Se alejó de Adela y ambos miraron hacia la entrada,

encontrándose con el pequeño que los miraba con una mueca de asco.

—Tiene razón mi padre, sois muy pegajosos.

—No dirás lo mismo cuando seas mayor y quieras besar a tu pareja —le comentó Roderick, sonriendo al niño. Amaba con locura a sus sobrinos pero había momentos que eran agotadores. «Ya verás cuando seas padre», recordó la voz de su hermano, burlándose de él. No quería ni pensarlo. En esos momentos, solo deseaba disfrutar de Adela. No iba a preocuparse por el futuro.

—Graham, ¿han llegado los demás? —intervino el amor de su vida, aunque ella aún no lo supiera, acercándose a su sobrino.

Su familia la adoraba. ¡Y cómo no iban a hacerlo! Desde la primera vez que la vieron. En seguida se formó un vínculo muy fuerte con su madre y con sus sobrinos, llegando incluso a que Kendric dijera que cuando fuera mayor se quería casar con ella, algo que provocaba que los adultos se rieran y que él se mostrara celoso y nervioso, besándola delante de todos.

—Sí, tía Adela. Están en el salón, han traído regalos para todos. La abuela Cat me ha dado dinero para que compre lo que quiera, ¡mira! —El niño metió la mano en el bolsillo delantero del pantalón y sacó un billete que movió en el aire, con orgullo.

Adela compartió su alegría, dándole un beso en la frente y abrazándole.

—Es que te lo mereces, pequeño. Tanto tu hermano como tú sois muy buenos.

—¿Eso se lo dirás a mis padres? Este año quiero que me traigan muchos regalos Papá Noel pero mi padre dice que no me he portado muy bien. ¡No es mi culpa que a mi profesora le den mucho miedo las ranas! Era una broma.

Adela tuvo que morderse la lengua para no echarse a reír al recordar lo que había hecho el niño la semana pasada. Había llevado una rana a clase para gastarle una broma a su profesora pero todo se le fue de las manos, ya que la señorita Smith le tenía pavor a esas criaturas verdosas y acabó en Urgencias con un ataque de ansiedad. Ahora se reían de lo sucedido pero Graham estuvo expulsado tres días del colegio y tuvo que pedirle disculpas a su profesora.

—Por supuesto, Graham. Se lo diré. Pero ahora regresa junto a las abuelas y diles a todos que iremos ahora. ¡Ah, por cierto! ¿Loquillo se portó bien?

—Sí, lo llevé yo, tiró un poco pero no solté la correa tal y como me dijiste. Jugó mucho en el parque mientras esperábamos a que las abuelas y tía Maggie acabaran con las compras. Es muy aburrido ir de compras con ellas, no hacen más que entrar en las tiendas, mirar y ¡no compran nada! —Movi6 los brazos en el aire dibujando un círculo, recalcando sus palabras. Aún no comprendía a la abuela de Adela, no hablaba inglés y las pocas palabras que aprendió él en español no le servía para tener una conversación con ella, pero esa señora le abrazaba mucho, le daba besos y muchos regalos, siempre sonriéndole y hablándole con ese acento tan divertido que le hacía reír.

—Muy bien, pequeño. Espera... —Adela se movió por la cocina y fue directa al tarro de las chuches de Loquillo, el cual nunca quedaba vacío ya que Roderick siempre acababa rellenándolo. Este, por mucho que siguiera llamándolo rata con collar, era el primero en sacarlo a pasear por la mañana, en darle regalos y acariciarle la cabeza cuando nadie miraba—. Toma, dale esto. Hoy no ha comido ninguna. —Le entregó una barrita de comida para perros que volvía loco al pequeño de la familia el cual era malcriado por todos.

El niño no necesitó que se lo dijera dos veces, salió corriendo de la cocina sin mirar atrás, gritando que tenía un regalo para Loquillo.

Adela disfrutó de la alegría del niño, riéndose de su reacción. Era feliz. No podía ocultarlo.

Tenía a su abuela a su lado. Aún no podía creer que Catuxa hubiera aceptado acompañarla a Escocia, pero no se arrepentía de haber ido a por ella.

Tardó semanas en contarle a Roderick lo que le sucedía, su pasado, el dolor que guardaba en el corazón y que la había marcado para siempre. Él fue quien la animó a que volviera a llamar a su abuela y hablara con ella. Pero por más que lo intentó, no lo consiguió; así que, decidió regresar a Galicia para verla. Roderick la acompañó y se lo agradecería el resto de su vida. Él fue quien se

enfrentó con su tío cuando este se negó a abrirle la puerta de su antigua casa. Y... le dolía recordar lo que allí sucedió. Cómo vio a su abuela, cómo se fundieron en un abrazo que duró horas y sin necesidad de grandes palabras se pidieron perdón entre lágrimas.

No regresaron solos a Escocia, Catuxa los acompañó, emocionada por la aventura de viajar a otro país por primera vez en su vida. Llevaba tres meses en la casa rural y no tenía intención de regresar a Ourense, por el momento, sobre todo, cuando su hijo discutió con ella por teléfono días después de su llegada ahí, echándole en cara que siempre antepusiera a Adela a él. Catuxa, tras asegurarle que lo quería, le indicó que le permitía residir en su piso hasta que él y su familia encontrara un nuevo hogar. No quería verle cuando regresara, si seguía con esa actitud. Amaba a su hijo pero este necesitaba liberarse del odio hacia su propia sobrina que guardaba en su corazón.

Catuxa llevaba tres meses acomodada en la habitación de al lado de Maggie, convirtiéndose las dos en grandes amigas. Una quería aprender inglés, la otra chapurreaba un poco español y con apenas pocas palabras conseguían entenderse muy bien.

—¿Retomamos dónde lo dejamos?

Adela se sobresaltó al escuchar la voz de Roderick. Se giró y le sonrió.

—Mi corazón es, y siempre será, tuyo.

Roderick la abrazó y se quedó en silencio unos segundos antes de esbozar una gran sonrisa.

—Esa la reconozco. Es de Jane Austen, de esa sensiblera película que me obligaste a ver estas Navidades pasadas.

Adela volvió a reír y le pasó los brazos por el cuello.

—No lo pasaste tan mal, escocés. Si mi memoria no falla te hice un favorcillo y...

No pudo acabar la frase. Roderick la volvió a besar, plasmando con ese contacto el amor, la necesidad, la confianza y el deseo que sentía por esa mujer.

Su vida era una locura desde que la había conocido, pero... ¡bendita locura que lo hacía sentir vivo!

Ella era la mujer de su vida y si sus planes se cumplían y la familia de ambos lo permitía, esa misma noche le pediría que se casara con ella.

Lo quería todo con ella.

Y... ¡joder!

En esos momentos, su familia tendría que esperar, ya que antes de regresar al salón se detendrían en el cuarto. Era una pena que tuvieran que conformarse con diez minutos.

«Al menos esta vez no tendremos de espectador a Loquillo », se dijo a sí mismo mientras cortaba el beso y le susurraba al oído lo que quería hacerle.

Ella asintió, sin dudarle ni un segundo y salieron corriendo de la cocina, directos hacia el dormitorio que compartían.

La familia... que esperaran.

Mientras llegaban a la habitación, Roderick miró hacia atrás, encontrándose con los brillantes ojos de su pareja, quien aguantaba las ganas de reír.

—Te amo.

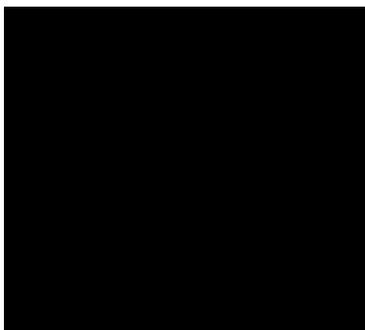
El que acabó riendo fue él al ver que ella perdía el equilibrio y estuvo a punto de caer al suelo. La tomó en brazos y así entró en la habitación en la que le iba a demostrar cuánto la quería.

Aquella fue la primera vez que se lo dijo, pero no sería la última.

Se amaban y tenían toda la vida para disfrutar de ese mágico sentimiento.

Y todo... por un viaje para encontrarse a sí misma, un atraco fallido y un perro alocado, que se convertirían en anécdotas que contarían a sus nietos cuando llegaran de visita por Navidad.

El sueño de Loquillo



Me llamo Loquillo. Me gustó mucho el nombre desde que mi mami me lo dio. La hacía reír cada vez que le labraba cuando me llamaba así, por eso acepté que me pusiera ese nombre.

Por suerte, ella me entendió. ¡Y menos mal! Porque ella no habla mi idioma. No es capaz de comprender mis ladridos o gimoteos. Al contrario, hace muchos ruidos raros que no entiendo, pero siempre consigo salirme con la mía.

Cuando quiero dar un paseo, solo tengo que acercarme a la puerta y ladrar.

Cuando quiero comer, me planto ante mi plato y ladro.

Cuando estoy enfadado, rompo algo que no me gusta, además que esto me divierte mucho. Me gustan sobre todo las cosas blanditas. No me detengo hasta que le hago un agujero y consigo quitar todo el relleno. Pero no suelo hacerlo mucho, porque cada vez que lo hago me riñen y me pongo triste.

Mi mami es la mejor. No la cambiaría por nadie. No quiero recordar cuándo no estaba con ella. Algunas noches tengo pesadillas, regreso a los días en que vagaba solo por la calle, tiritando de frío, hambriento y lloriqueando al sentir que nadie me veía, que nadie me quería.

Mi mami, me da mucho cariño, siempre consigo que se ría y que me abrace fuerte. Me permite tumbarme a su lado y consigo que me

acaricie mientras está mirando esa caja en la que salen más personas como ella y a veces animales.

Esa ruidosa caja no me gusta nada. Cuando está apagada veo a otro perro, golpeo con mi nariz la dura superficie para darle, pero ese intruso sigue ahí, y cuando se va... ¡Se escucha un crujido y aparecen las otras personas haciendo mucho ruido con sus voces!

Prefiero el silencio y que mi mami me haga caso solo a mí.

Quería que mi vida fuera así siempre, mami y yo, pero llegó... ÉL.

Y mira que intenté echarle un montón de veces, pero no me hizo caso. Le mordí, marqué mi territorio, le miraba mal dejándole claro lo que pensaba de él... ¡pero no me hacía caso!

Si hasta se vino a vivir con nosotros.

Fue horrible tener que compartir la cama con él. ¡Esa cama era de mi mami y mía!

No me gusta nada que me quite la atención de mi mamá, o que la haga reír. Y no os quiero contar lo que siento cuando veo que la abraza y se quedan pegados juntos mucho tiempo haciendo ruidos extraños. Cuando pasa eso me echan de la cama y se la quedan para ellos solos.

Al principio me dolió mucho pero... Hace ya dos años que está en nuestras vidas y... Tengo que reconocerlo. Ya no me cae tan mal. Hace feliz a mi mamá y... bueno, me gusta que me acompañe cuando doy un paseo o que me ofrezca muchas golosinas. ¡Las que más me gustan son las más largas! Las otras redondita que me ofrecen a veces no me gustan tanto, saben raras.

Sí, ese macho me cae bien, pero no voy a demostrárselo. Sigo ladrándole, sigo mordiéndole los tobillos de vez en cuando y orinándole lo que deja en el suelo, consiguiendo que grite mi nombre y me persiga por toda la casa. ¡Es muy divertido!

Lo mejor de todo es que me regala muchas cosas. Igual cree que soy tonto y no me doy de cuenta de que lo hace para que me lleve bien con él, pero no voy a ceder. Bueno, no del todo... después de todo... Mami es mía. Yo llegué primero.

Aunque, no me queda otra que aceptar que él ya forma parte de la familia... eso sí, no se lo voy a poner fácil.

Además... me gustan mucho las chuches que me regala. ¡Son muy ricas! Y los juguetes que me trae... no tardo en romperlos para que me compre más.

¡Quiero más peluches!

Hace semanas que mami está rara. La veo cansada y ya no me saca a pasear, además... le está creciendo la pancita. Antes podía ponerme encima de ella pero ahora ya no, me aparta y me indica que me tumbe a su lado.

Un día apoyé mi cabecita en esa gran panza... ¡y había algo ahí dentro que se movía! Me asusté. ¡Qué comió mami para que esté ahí dentro! Le ladré nervioso preguntándole qué le pasaba pero no me entendió, así que decidí que tendría que ayudarla. Cuando llegué del parque le dejé un puñado de hierba a sus pies para que la comiera y pudiera vomitar. Si estaba mal de la panza era lo mejor. Yo lo hacía muchas veces cuando me sentía enfermo.

No tomó la hierba. El macho la recogió y la tiró a la basura. ¡Cómo se atrevía!

Le meé todos esos... ¿Cómo los llamó él? ¡Ah, sí! Todos esos zapatos.

Todos.

Tuve que acabar toda el agua de mi cuenco, pero lo conseguí.

Mami no está.

Estoy muy preocupado. ¿Dónde está? ¿Por qué no está conmigo? Me han dejado en casa de gente que no hace más que gritar, y lo que es peor. ¡Huelen al macho! ¿Dónde se han llevado a mi mamá?

Estoy nervioso. No consigo dormir por las noches porque tengo miedo. No me dejan dormir con ellos, tengo que hacerlo en el salón y hace frío. Estoy solo, echo de menos a mi mami. ¿Y si ya se cansó de mí?

Lloro mucho de noche y apenas duermo. La echo mucho de menos.

Esas personas no me entienden como ella, no hacen más que reñirme. ¡No quieren que lllore! ¡Cómo no voy a hacerlo! Mami no está conmigo. ¡Quiero irme a casa!

¡Hoy estoy feliz! El macho ha venido a por mí. ¡Hasta me he alegrado de verle! Le he lamido la cara, pero que no se acostumbre. No lo volveré a hacer. Él es mi enemigo es... ¡Oh! ¡No! ¡Hay que ir en ese trasto que va tan rápido! Un coche lo llaman. Me mareo... me duele la barriga. Yo... Puaj. Vomité por todo el asiento.

No me encuentro muy bien. El viaje ha sido muy largo y me siento mareado. Voy a ir directo hacia la cama de mi mami y... ¡Espera! Sniff. Sniff. Algo huele... Mi casa huele rara. Tengo que investigar.

Ya sé que era ese olor extraño. Mami ha tenido una cachorra. Es muy pequeña. ¡Más pequeña que yo! Huele dulce y solo duerme. Me gusta. Es blandita. Me dan ganas de lamerla, sobre todo, cuando llora. No quiero que lo haga. También es mía. Es de mami, es de la familia.

Duermo en la habitación con ella. Ya no importa que el macho se quede mi sitio en la cama. Tengo que vigilar a la cachorra porque llora mucho de noche. No quiero que se sienta sola. Sé muy bien lo que es sentirse solo y duele mucho. Voy a protegerla. Ella no estará sola nunca más.

Mi cachorra está creciendo mucho. Ya me sigue por la casa y juega conmigo. Mami está muy contenta con nosotros. Nos da muchos besos, abrazos y muchos mimos. El macho... bueno... lo comencé a llamar "papi" hace poco, pero menos mal que no me entiende y aún cree que me cae mal, porque así, me sigue comprando juguetes.

Estoy en el sofá al lado de mami y papi, mi hermana está durmiendo en su cama. Miro a mamá. Vuelve a estar redonda. Ya no me preocupo. Sé que tiene un nuevo cachorro ahí dentro que se mueve porque quiere salir y jugar con sus hermanos.

Cierro los ojos. Me acomodo mejor en el sitio y noto como mis papás me acarician la cabeza. Suelto un suspiro y...

Sueño.

Soy feliz. Muy feliz. Tengo todo lo que un perro desea: una familia que me quiere.

AUDENTES FORTUNA JUVAT

¿Por qué todas las mujeres extranjeras que conocí a lo largo de mi vida siempre me preguntaron lo mismo? ¿Llevas algo bajo el *kilt*?

Era algo que no comprendía. El *kilt* es un símbolo que nos identifica a los escoceses y nos llena de orgullo al llevar los colores de nuestro clan. Antiguamente, no era tal y como es ahora, consistía en una tela de tartán de varios metros de largo con el que el guerrero se cubría la cintura y parte del hombro, sujetándolo con un broche de metal con el emblema del clan, en nuestro caso: *Audentes Fortuna Juvat*. La fortuna favorece a los audaces, el lema de los MacKinnon.

Pero de nuevo, Adela me sorprendió, ya que nunca me lo preguntó. No fue hasta el día de nuestra boda en que...

Pero no voy adelantar acontecimientos. Os quiero contar todo lo que sucedió, tal y cómo lo recuerdo.

Mientras la esperaba ante el altar de la iglesia, los nervios me estaban comiendo por dentro, no sabía ni dónde colocarme o qué hacer. Pero, en el momento en que ella apareció... desaparecieron por completo: los nervios, las dudas, la incertidumbre... Todo.

¡Joder! Estaba tan hermosa. Con un vaporoso vestido blanco, los cabellos sueltos, las mejillas sonrosadas, unos labios rojos que me hicieron imaginar... lo que quería hacerle... Sí, lo sé, no era el momento, ni el lugar, pero ¡coño! Poneros en mi lugar.

Tenéis ante vosotros a la mujer de vuestra vida, caminando con lentitud hasta dónde estáis parados y... ¡No soy de piedra!

Estaba tan excitado y nervioso que no le di importancia al modo en que ella me miraba. No fue hasta que finalizó la ceremonia, en el coche que nos acercó a las carpas dónde se celebró el convite, que me confesó que se había “puesto cachonda” cuando me vio vestido de esa manera.

Y si os preguntaréis ¿cómo ibas vestido?

Con el traje típico de mi clan, luciendo con orgullo los colores de mi familia: blanco, rojo y verde.

Descubrir que le excitaba el *kilt* lo cambió todo, sobre todo, para ella, porque... la sorprendí en numerosas ocasiones vistiendo como un "salvaje *highlander*" que estaba dispuesto a secuestrarla para hacerla suya.

Aquello se convirtió en una de las muchas fantasías de mi esposa, y yo... bueno, ¿qué os puedo decir? Disfruto de cada una de ellas, pero tengo que reconocer que esta, sin duda, es una de mis favoritas, después de todo...

Soy el *highlander* que capturó el corazón de Adela MacKinnon y, a cambio, le entregó el suyo para siempre.

RECETA CALDO GALLEGO

Adela en un momento en la novela describe cómo hace el caldo gallego. No sé si sabéis que también soy gallega y este plato tan nuestro, lo hago mucho en otoño.

Por este motivo, he decidido añadir a esta novela cómo hago el caldo gallego. Espero que os animéis a hacerlo.

De nuevo, gracias por haber leído la alocada historia de Adela, espero que os haya gustado. ¡Ya me diréis!

¿Qué necesitamos para hacer el caldo gallego?

—1 manojo de grelos o nabiza. (El grelo es un poco más amargo que la nabiza y más ácido, yo voy intercalándolos; un día hago caldo con el grelo y otro con la nabiza)

—1 laconcito bueno y desalado. (Hay gente que usa unto para darle sabor al caldo, yo no. Prefiero poner lacón que le da más sabor. Uso dos trocitos pequeños o uno grande. Uno para cocer con las alubias –luego tiro este trozo, por eso suelo usar el “descarte” es decir, la zona que tiene grasita, sin la piel, trozos pequeños, recortados cuando limpio el lacón- y otro para añadir al caldo cuando meto todos los ingredientes.

—un buen puñado de alubias. Empleo unas 150-180 gramos. Alubia blanca. (Hay que dejarlas en remojo unas doce horas. Lo que hago es ponerlas a la noche y así al día siguiente, cuando se cumplan 12 horas de remojo, tiro el agua y me pongo a hacer el caldo)

—3 patatas medianas o grandes. Yo las voy poniendo a ojo, hay días que pongo más patata que otro, pero bueno, suelen ser unas 3 patatas grandes. Uso patata blanca, escoged una que sea para cocer.

¿Cómo lo hacemos?

Como ya indiqué, lo primero que hago es poner en remojo las alubias blancas (las compro secas) Las dejo en remojo toda la noche y al día siguiente las pongo a cocer.

En una cacerola mediana o grande, pongo las alubias. Previamente, hay que tirar el agua dónde estuvieron en remojo. Las lavo dos o tres veces, es decir, meto agua, tiro, meto agua, vuelvo a tirar... Porque las alubias... provocan gases y es mejor limpiarlas.

Para poder cocerlas le meto agua y los trozos de lacón. Primero lo limpio, le quito la piel. Los trozos que compro son de una marca específica asturiana que me encantan. Vienen empaquetados en trozos pequeños con poco hueso y piel. Pero podéis elegir cualquier lacón que encontréis en el mercado.

Tras quitarle la piel, corto trozos de carne cercanos a la grasita blanca que tienen, esas tiras son las que voy a usar para cocer la alubia. Así le doy un sabor a la alubia y se nota mucho.

El resto de lacón lo reservo en un plato. Es todo carne y lo que haré es cortarlo en daditos que añadiré junto a la patata y al grelo, pero cuando la alubia esté hecha.

Porque sí, primero hay que cocer bien la alubia. Lo hago a fuego lento, cambiando el agua cuando comienza a hervir, así “asustas” a la alubia. Es un truco que me enseñó mi yaya. Cuando hierva, retiras el agua y vuelves a añadir agua fría. Lo pones al fuego y ahí te pones a limpiar el grelo.

Como las alubias suele tardar una hora en cocerse, es decir, en ablandarse lo suficiente, me pongo a limpiar el grelo, que es un proceso lento, tedioso y necesario.

Al lado del fregadero pongo un bol con agua muy caliente, iré metiendo los trocitos del grelo en esa agua, así los escaldo, un proceso que es necesario para hacer el caldo.

Voy lavando hoja a hoja con cuidado, en agua fría o templada, tras lavar la hoja, la voy cortando a trocitos y los voy metiendo en ese bol de agua caliente. Sí, es un coñazo, hablando claro, limpiar el grelo pero bueno, no queda otra.

No solo meto las hojas del grelo, también los tallos si son finitos, si se rompen con facilidad. Los gruesos, las hojas amarillas no las incluyo que amargan el caldo y no se hacen bien.

Cuando tengas todo el grelo limpio, troceado y en el bol de agua caliente, ve a la olla y mira si la alubia ya está blandita. Si está blandita, llegó el momento de pelar la patata.

El truco para que suelte fécula y se ponga el caldo blanquito es que en el momento en que estés cortando la patata le hagas un corte y antes de que se rompa del todo, muevas el cuchillo de tal manera que la patata se parte sola. Yo pongo la patata en trozos medianos porque cuando el caldo lleve una hora lo que voy a hacer es buscar esos trozos y machacarlos con un tenedor, me gusta que la patata se disuelva en el caldo y no se perciba a simple vista. Si prefieres que se vea, sáltate lo de machacarla con el tenedor.

Las alubias ya están, así que metemos los trozos de patata, añadimos un poco de agua fría, metemos los daditos de lacón y vamos incluyendo poco a poco los trozos de grelos, poco a poco, remojándolos bien. También recomiendo añadir un poco del agua del bol donde escaldamos la verdura, que veréis que se ha puesto verde y tiene todo el sabor de los grelos.

Cuando tengas todo metido en la olla, comprueba que el agua lo cubre todo. Añadimos entonces el aceite de oliva y la sal. Aquí es a ojo. Yo suelo añadir unos tres chorritos buenos de aceite y un puñado de sal.

Remueve y pon a fuego lento. Estará así una hora. Remueve de vez en cuando.

A la hora, comprueba si la patata se rompe con facilidad. Si aún no se rompe, déjale media hora más. Si se rompe, machácala con un tenedor ayudándote de una espátula de madera plana. Ve rompiendo todas las patatas y algunas de las alubias para que el caldo comience a ponerse blanquito y tenga consistencia.

Cuando acabes de machacar todo (no importa si dejas algo), le tienes que añadir un puñadito de maicena. Sí, es otro truco de mi

abuela. La maicena lo que va a conseguir es que engorde el líquido, el caldo y tenga más consistencia.

En el momento de añadirle ese puñado de maicena remueve bien para que se disuelva. Cuando lo haga, vuelve a añadirle otro chorrito de aceite de oliva y un poco de sal. (Comprueba cómo sabe y así lo haces con más o menos sal, a gusto)

Si no quieres consumir carne animal, no añadas el lacón. Si por problemas de salud no puedes comer con sal, no la añadas.

Remueve todo de nuevo y hay que dejarlo otra media hora a fuego muy lento.

Sí, es un proceso lento, me gusta hacerlo así porque queda riquísimo. Mi madre lo hace en olla exprés y sí, sabe bien, pero no me recuerda al caldo que hacía mi abuela.

Cuando pase esa media hora, en la que has removido de vez en cuando, verás el caldo con consistencia, si no tiene mucha no os preocupéis porque con la maicena al día siguiente el caldo engorda y no está tan líquido.

En el momento en que esté frío lo guardáis en la nevera. Aguanta dos o tres días sin problemas en la nevera, eso sí, hay que calentar cada plato en el micro o en una pota/olla pequeña, no hay que calentarlo todo.

Está más rico al día siguiente, como le sucede a las lentejas.

¿Qué son los grelos y la nabiza?

Los grelos provienen del nabo, son los brotes que aparecen justo antes de la floración. Las nabizas provienen del nabo también pero tienen la hoja muy grande, apenas tienen tallo o son gruesos y se recogen a lo largo de la floración. Los grelos por el contrario tienen las hojas más pequeñas, tallos tiernos y tiene un olor muy peculiar, a verde, ácido, más fuerte que la nabiza. El sabor se diferencia porque el grelo es más fuerte que la nabiza, más ácido y amargo, y el caldo se pone más verde, sobre todo, cuando escaldas la hoja.

Yo prefiero el sabor del grelo, pero voy intercalando las dos verduras para no cansarme.

Y hasta aquí la receta del caldo gallego, tal y como lo hago yo, y un poco de información acerca de esta verdura que consumimos mucho en Galicia. Así podéis elegir si hacer o no esta receta y de paso descubrir un poco de la cultura gallega.

Gracias a todas por haber leído hasta aquí.

Hasta mi próxima novela.

Table of Contents

AGRADECIMIENTOS:

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

EPÍLOGO

El sueño de Loquillo

AUDENTES FORTUNA JUVAT

RECETA CALDO GALLEGO